



JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1431

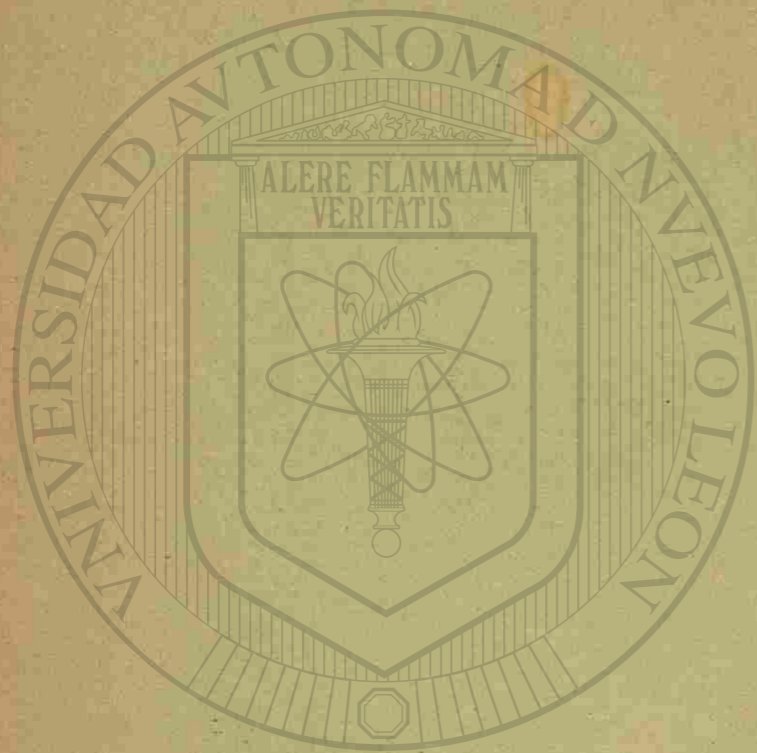
2
1
1

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

5843



1080019643



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El Colegio de Guadalupe.



LO IDEAL.

POR FRAY

Angel de los D. Fiscareño.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
FONDO DE ESTUDIOS
VALVERDE Y TELLEZ

Lejeune, Flores y Compañía: Editores.

Imprenta Económica de Mariano R. de Esparza Sucs.
Callejón de Prieto. Zacatecas,—1905.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

42874

Bx 1431

22

T 51



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Oh Margil Venerable!

*Carón justo, esclarecido, apóstólico:
Siervo de Dios fidelísimo y Amigo suyo
muy amado!*

*A tus benditos pies vengo á colocar mi
pobre libro como una humilde y tímida plegaria
que se eleva al Eterno á fin de que, antes de
descender al sepulcro, goce la dicha inefable de
verte reverenciado en los altares*

El último de tus hijos.

005243



El Colegio de Guadalupe.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BX1431

.Z2

T51

c.1

005843



7
¡Mi Claustro!

*¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas!
Dulces entonces, cuando Dios quería,
Juntas estáis en la memoria mía;.....*

GARCILASO.

A paso lento y sumergida el alma
En cruel melancolla,
Recorramos ¡oh Delio! estos lugares
Dó sus cristianos lares.
Alzaron nuestros padres en un día.
Mira el templo; vé el claustro; allí está el coro;
Mas allá estuvo el huerto:
¡Ay! ¡Cuán triste está todo! ¡Cuán desierto!...
¡Delio! tu amargo lloro
Ven á mezclar al llanto que yo vierto.

*
*
*

Esas calladas, elocuentes ruinas,
Ese recinto santo,
¡Cuántas veces oyeron el gemido
Que en su duro quebranto
Vino á exhalar el pecho adolorido!
Esos sepulcros tristes, olvidados,
Sarcófagos sagrados
De los que fueran de virtud ejemplo;
Esas columnas casi derribadas
Y estatuas mutiladas,
Con tantos ¡ay! fragmentos lastimosos
Robados sin piedad por los curiosos,
El paso destructor de raza impia
En su mudo pavor van pregonando;
Y el exclaustrado pobre y desvalido
Suspira, al verlos de dolor transido

* * *

Aquí la celda está dó el cenobita
 Habitó en dulce paz; de aquí su mente
 En oración ferviente
 Volaba al cielo en éxtasis divino.
 Aquesté fué el altar que de contino
 Regaba con su llanto.
 Esas paredes ora enegrecidas,
 (Cual de luto vestidas)
 Presenciaron lo austero, y penitente
 De su vida inocente.
 De la piedad la mano allí colgadas
 Las reliquias sagradas
 De algún mártir cristiano mantenía
 O la adorable efigie de María:
 Mas hoy ¡oh duro cambio! ¡oh cruda suerte!
 La infanda obscenidad ó la blasfemia
 Mote desvergonzado
 En ellas ha trazado
 Con sacrilego afán, con torpe empeño.
 ¡Y tanta santidad solo fué un sueño!.....

* * *

¡Cual mirábase allá en bosques y prados
 Larguísimas hileras de cipreses
 Y de árboles copados
 Fresca sombra á prestar aparejados!
 En sitios ¡ay! tan gratos otras veces,
 Ora tan devastados lobregueces,
 El jóven religioso,
 En recreo afanoso,
 Efímero y fugáz, embebecido
 Cogía gayas flores
 Para tejer guirnaldas
 De nardos y de gualdas
 Al nítido ideal de sus amores.
 A veces fatigado,
 Orillas de una alberca recostado,
 La flauta, en dulce son, tañer solía
 Arrancándole notas celestiales.

Que en los cañaverales
 El eco repetía
 Redoblando tan grata melodía.
 Hoy el sordo gemido de los vientos
 Zumbando en los zarzales
 Parece el precursor de nuestros males.

* * *

¿Ves aquella pared desmantelada
 Y aquella vasta cóncava techumbre
 Sostenida por altos capiteles,
 Que, cediendo á la inmensa pesadumbre,
 A desplomarse van? fué el Noviciado;
 De virtudes ayer modesta cuna,
 Hoy, por fuerza del hado,
 Del ateísmo y la impiedad tribuna.
 Y aquí, donde la planta del profano,
 Con menosprecio insano
 Cruza en todos sentidos y atraviesa,
 Aquí es la humilde huesa
 Que encubre cuanto fuera en lo pasado
 Gloria á la Religión, lustre al Estado.
 Hoy acaso sus sombras venerables
 Contemplan tal estrago
 Y al tibio rayo de la luna umbría
 Giran en torno de su tumba fría.

* * *

¡Oh claustro! ¡oh bello Edén! ¡oh dulce nido!
 ¡Oh feliz cautiverio! ¡Oh desdichado
 Aquel que no suspira adolorido
 Lejos de tí, mi albergue idolatrado!
 Santa melancolía
 Vierte tu soledad y todavía
 Repite entre su lúgubre quejido
 El nombre de Margil esclarecido.
 Si en alas de los vientos
 Se oye sonar su nombre bendecido,
 El eco le repite entre lamentos.
 Si en su destino bárbaro, angustioso,

"¡Margil!" clama doliente el religioso,
 Al dejar para siempre aquel seguro
 Puerto de salvación abandonado,
 El ángulo apartado
 De dormitorio obscuro
 Y el antro pavoroso
 Y el insensible muro
 Repercuten el nombre venerado.
 Y Margil, entre tanto, glorioso
 Reputando dichoso
 Al que en la tierra gime en desconsuelo
 A sus hijos bendice desde el cielo.

Guadalupe, 1867.

F. A. Tiscareño.



EL COLEGIO DE GUADALUPE

LO IDEAL.

Solo las almas libres comprenden y saben apreciar el valor de la libertad. Los esclavos se complacen en la esclavitud. El que después de haber andado errante en el bullicioso torbellino del mundo, después de haber aprendido á conocer el verdadero valor de los hombres, juzga de todo con imparcialidad, y penetrando en los diversos senderos de la vida, busca su felicidad en sí mismo, ese es libre.

El camino es en verdad sombrío, áspero y escarpado; mas cuando se ha llegado, aunque con trabajo á la cima, conduce de seguro á pacíficos asilos, á encantadoras riberas, al espacio libre y puro. La soledad nos proporciona una completa independencia cuando de buen grado hemos reconocido sus ventajas y cuando de ellas nos encariñamos. Deseo indicar el camino de esta felicidad á los jóvenes, á los hombres sencillos y honrados, á quienes deseo ser útil. No quiero que acepten la soledad arrastrados por el despecho, y si por la indiferencia á inútiles distracciones, por el alejamien-

"¡Margil!" clama doliente el religioso,
 Al dejar para siempre aquel seguro
 Puerto de salvación abandonado,
 El ángulo apartado
 De dormitorio obscuro
 Y el antro pavoroso
 Y el insensible muro
 Repercuten el nombre venerado.
 Y Margil, entre tanto, glorioso
 Reputando dichoso
 Al que en la tierra gime en desconsuelo
 A sus hijos bendice desde el cielo.

Guadalupe, 1867.

F. A. Tiscareño.



EL COLEGIO DE GUADALUPE

LO IDEAL.

Solo las almas libres comprenden y saben apreciar el valor de la libertad. Los esclavos se complacen en la esclavitud. El que después de haber andado errante en el bullicioso torbellino del mundo, después de haber aprendido á conocer el verdadero valor de los hombres, juzga de todo con imparcialidad, y penetrando en los diversos senderos de la vida, busca su felicidad en sí mismo, ese es libre.

El camino es en verdad sombrío, áspero y escarpado; mas cuando se ha llegado, aunque con trabajo á la cima, conduce de seguro á pacíficos asilos, á encantadoras riberas, al espacio libre y puro. La soledad nos proporciona una completa independencia cuando de buen grado hemos reconocido sus ventajas y cuando de ellas nos encariñamos. Deseo indicar el camino de esta felicidad á los jóvenes, á los hombres sencillos y honrados, á quienes deseo ser útil. No quiero que acepten la soledad arrastrados por el despecho, y si por la indiferencia á inútiles distracciones, por el alejamien-

ese enjambre de maestros insípidos y enervados. Más si el jóven no se presentase franco y dócil, si no se amoldase á las maneras sociales, le dejaría á veces chocar contra las rocas, y le vería tranquilamente caer, en ciertas ocasiones, donde un hombre de experiencia ni aún vacila, aunque él no pueda ya hacer lo que el jóven.

La libertad y el sosiego: hé aquí lo que se necesita cuando se aspira á desplegar en el retiro toda su actividad. Dejad á tal hombre solo; todas sus fuerzas se pondrán en movimiento; dadle libertad y descauso, y producirá sin comparación mucho más que si se agita-se todos los días, fatigada su alma en el centro de vuestras reuniones. Sabios que jamás piensan, que no pueden encontrar en sí idea alguna y que solo conservan la memoria, se ponen á compilar y son felices. Más para el espíritu es una satisfacción-mucho más elevada poder, en la soledad, hacer algo que contribuya al bien público. El silencio y la oscuridad calman una cabeza ardiente, reconcentran los pensamientos á un mismo punto é infunden al alma un valor que nada la detiene y que todo lo emprende. Los enemigos, por muchos que sean, no inquietan al hombre que tal alma tiene; sabe que puede conseguir su objeto cuando quiera, y lo único que desea es: que tarde ó temprano se haga justicia á todos. Ve en verdad con dolor los horrores de este mundo, honrado el vicio por la muchedumbre, reinando aún la preocupación sobre las masas, y oirá decir á veces: Esto debía ser así, y no lo es; airado entonces, con una simple plumada amilanará al malvado, y con otra aterrará al ignorante preocupado.

En el retiro es donde mejor se descubre la verdad á los grandes pensadores, á los hombres de genio. Un escritor, que es muy citado, Blair, ha dicho que una ocupación constante en las pequeñas cosas diarias de la vida, indica un alma vulgar y vana. El patriota pide á la soledad un asilo para formar en él proyectos de utilidad general; el hombre de genio, para entregarse á sus ocupaciones favoritas; el filósofo para continuar

sus descubrimientos; el santo, para progresar en la gracia.

Numa, ántes de dictar leyes á Roma y ejercer el supremo poder, habiendo perdido á su mujer, se retiró solo al campo. Pasaba sus días en los lugares más desiertos, en los bosques, en los valles, consagrados á los dioses, diciendo la voz pública que no huía de los hombres por melancolía ni por desesperación, sino porque él mismo aseguraba que tenía una noble y grata compañía; que la ninfa Egeria le amaba, se habia casado con él y le colmaba de felicidad, iluminando su espíritu y dándole lecciones de alta sabiduría. Se hablaba también entre el vulgo de druidas que, así en la cima de las montañas, como en el interior de los bosques, enseñaban á los nobles de su raza la sabiduría y elocuencia, la naturaleza íntima de las cosas, el curso de los astros, los misterios divinos y las leyes de la eternidad. Si esta tradición de los druidas, así como la historia de Numa, no son más que un cuento, demuestra sin embargo cuán noble idea se ha formado en todos tiempos de la sabiduría, que se adquiere en la calma de la soledad.

Muchas veces, sin ningún recurso extraño, sin estímulo alguno, se despierta el genio del hombre y se manifiesta por su propia fuerza en la soledad. En medio de los horrores de la guerra civil, habia en Flandes muchos pintores célebres, pero pobres. El Correggio se vió tan mal pagado por sus trabajos, que la alegría que experimentó, al recibir en Parma una suma de diez doblones, le costó la vida. El sentimiento de su propio valor recompensaba á estos artistas; pintaban para el porvenir.

Profundas meditaciones en sitios solitarios dan á veces á la inteligencia, á la imaginación, el más rápido y el más enérgico vuelo, haciendo brotar en aquella los más grandes pensamientos. En aquellos sitios tiene el alma una satisfacción más pura, más duradera, más fecunda, allí, vivir es pensar. A cada paso avanza el alma más hácia el infinito, palpita de entusiasmo en este libre goce de sí misma, y se eleva más y más en la

reflexión de grandes pensamientos y en el apego á resoluciones heroicas. En un lugar solitario, sobre una montaña de los alrededores de Pymont, se decretó uno de los acontecimientos más memorables de la historia moderna. El rey de Prusia, que habia ido á aquel sitio á tomar las aguas, se ocultaba con frecuencia á la sociedad, y se dirigia solo á esta montaña que hoy se llama Koenigsberg (Montaña del Rey); allí concibió el joven monarca el proyecto de su primera guerra de Silesia.

En la soledad, se aprende mejor que en la vida agitada del mundo lo que el tiempo vale, que el ocioso no aprecia lo bastante sin cierta actividad de espíritu. Aquel que trabaja con ardor, á fin de no llevar una vida inútil, no puede pensar sin espanto en la marcha de un reloj de segundos, imagen patente y horrible de nuestra existencia y de la carrera rápida del tiempo.

Un solo día es un abismo insondable de hastío para la vieja mundana que languidece toda la mañana, hasta que aprende por sus ruegos y preguntas de qué manera sus amigas deben pasar el tiempo. Más ¡con qué rapidéz se deslizarían sus días si pensara en los resultados que cada minuto tiene en la eternidad!

Petrarca nos enseña la ventaja más preciosa del tiempo, y nos muestra el objeto que quisiera dar á conocer con mis reflexiones. Si queremos, dice, servir á Dios, que es el acto mayor de libertad y el mejor medio de ventura; si queremos elevar nuestra inteligencia por el estudio de las letras, que después de la religión es la más dulce alegría: si por nuestros pensamientos y por nuestros escritos queremos dejar una obra que nos dé un nombre, que detenga el curso rápido de nuestra vida y prolongue la duración de esta existencia tan fugitiva, ¡ah! huyamos, yo os lo ruego, y pasemos en la soledad el poco tiempo que hemos de vivir en este mundo.

Estas consideraciones ideológicas acerca de la Soledad nos conducen como por la mano á hablar de los monasterios, los monjes, los frailes y todos aquellos

que, huyendo del bullicio del mundo, han buscado la soledad de los claustros.

Algunos escritores afirman que el origen de los monasterios es casi tan antiguo como el de la religión cristiana, fundados en que desde los primeros siglos de la Iglesia hubo hombres y mujeres que, huyendo de los peligros del mundo y de las persecuciones de los Emperadores romanos, y especialmente de la séptima en tiempo de Decio, y por los años 249 al 251, abandonaron sus casas y haciendas, y se ocultaron en los subterráneos, y cavernas de los desiertos, pasando los días en soledad, y haciendo una vida penitente. Pero si bien es cierto que desde los primitivos tiempos del cristianismo existieron *solitarios*, *anacóretas*, *ermitaños* ó *monjes*, igualmente lo es que no hubo verdaderos monasterios, hasta que San Antonio, hacia el año 280, hizo prosélitos y constituyó en el Egipto superior hermandades de varios individuos que habitaban celdas inmediatas, observaban un mismo método de vida y seguían unos mismos preceptos; siendo el santo su primer superior con el nombre de abad que le dieron sus compañeros.

Así como las comunidades de hombres debieron su origen positivo á San Antonio, las mujeres tuvieron por su primera fundadora á una hermana de este cenobita, que buscándole se retiró á su lado en compañía de otras mujeres vírgenes, ansiosas de dedicar su vida á la penitencia. San Pacomio, sucesor en la Abadía de San Antonio, hizo construir en las márgenes del Nilo un monasterio para aquellas piadosas doncellas, y en él se dieron á una vida austera, practicando toda clase de virtudes.

Más aunque desde el siglo III se conocieron estos monasterios, su número no fué muy crecido hasta después que Constantino dió la paz á la Iglesia. Entonces se fundaron en el Oriente innumerables y extensas casas de varones y de hembras, adoptando los primeros por regla el código de preceptos que con este objeto escribió San Basilio el Grande. Los monasterios de mugeres se rigieron por la misma regla, porque su

to de frívolos placeres, por una sabia desconfianza de preocupaciones equívocas, por el temor de llegar á ser el juguete de engañosas seducciones.

Muchos deben á la soledad su fuerza y superioridad de espíritu. Semejantes al cedro, que sobre las montañas desafía á las tempestades, han arrastrado en el retiro el soplo de las malas tentaciones. Algunos quizá habrán conservado en este último asilo las debilidades propias de la humanidad. Pero ¡cuántos han dado pruebas de una firmeza inquebrantable! Todo esfuerzo sincero y generoso para conseguir la virtud; todo cuanto tiende á elevar el espíritu; toda empresa atrevida excita en nosotros un sentimiento de admiración. Un monje á quien anima un pensamiento noble y enérgico es también un héroe; una religiosa, cuya alma, sostenida por un sentimiento ideal, consigue adquirir una tranquilidad comprada con sacrificios, excita en nosotros una emoción más profunda que cualquiera otra mujer dotada de las mejores prendas.

¡Cuántas veces he reconocido yo lo digna de estimación y benevolencia que es una religiosa sincera! ¡Cuántas veces me he sentido penetrado de un profundo respeto hácia los héroes de esta profesión por su tierna piedad, su fé religiosa y su perseverancia en vencerse á sí mismos! ¡Cuántas me ha parecido un convento un grato asilo lleno de dulces consuelos para las aflicciones de nuestro corazón! En estos silenciosos y sombríos retiros jamás he podido menos de ver la eficacia de tal género de vida para infundir en el espíritu una verdadera virtud. Con frecuencia me ha ocurrido estrechar con verdadera simpatía la mano de un pobre monje; y jamás he salido de un convento de religiosas, sin enternecerme hasta derramar lágrimas.

Empero mis consideraciones acerca de la soledad no deben limitarse al recinto de los claustros; intento adaptar la benéfica idea que tengo de la soledad, al mundo en que vivo, que influye sobre mí, al par que yo pueda influir sobre él, porque hay en verdad corazones jóvenes en los que éstas reflexiones pueden dar opímos frutos.

Hay épocas en la vida en que es necesario estar solo: en la juventud, para adquirir la instrucción y los conocimientos que son de desear á fin de formarse un modo de pensar que se conserva mientras vivimos; en la vejez, para recordar el camino que se ha recorrido, para reflexionar sobre todo lo que nos ha sucedido; en las gratas flores que en nuestra ruta hemos recojido y en las borrascas que nuestro destino nos ha hecho pasar.

«Lord Bolingbroke dice que en las obras del canceller Bacon no hay pensamiento mas bello y profundo que el siguiente: Debemos desde luego prescribirnos siempre, en la vida y en nuestras acciones, un fin honesto, virtuoso y posible y aplicarnos á él con todas nuestras fuerzas, con el objeto de predisponer nuestra alma á todas las virtudes. Mas al formar nuestro caracter moral no debemos seguir los procedimientos del escultor, cuyo cincel concluye bien una cabeza al paso que deja lo restante del cuerpo en el estado de grosera é informe piedra; debemos, por el contrario, imitar á la naturaleza, la cual, en la conformación de una flor, de un animal, desarrolla á la vez y bien todas las partes de su cuerpo.»

La soledad no es solo una necesidad, sino una precisión para todos los que, efecto de una sensibilidad muy exquisita, ó de una suma impresionabilidad nerviosa, no pueden soportar la vida del mundo y tienen siempre queja de los hombres y de las cosas. El que se deja aterrar por un incidente que á cualquier otro no causaria la menor emoción, el que se crea dolores quiméricos, el que se desconsuela porque no consigue inmediatamente lo que desea, el que se atormenta sin cesar con los sueños de su imaginación, que se cree desgraciado porque no ve correr ante sí la dicha, el que ignorando él mismo lo que quiere pasa á cada momento de un deseo á otro, el que todo lo teme y de nada goza, este no ha nacido para la sociedad, y si la soledad no le cura no hay remedio para él en el mundo.

Estar solo, lejos del ruidoso torbellino social, es el primero y el más ardiente deseo del alma, cuando no halla en el teatro del mundo mas que hombres que no

comprenden la desgracia tímida y silenciosa y solamente se aperciben de aquel sufrimiento cuyos gritos resuenan en su oído.

Estar solo, en un profundo y desierto retiro es un consuelo para aquellas penas que desgarran el corazón. Cuando ha sido preciso separarse para siempre de un ser querido, dolor más horriole que el que podamos sentir cuando la mano de la muerte viene á apoderarse de nosotros, solo la soledad puede mitigar nuestra desesperación. En vuestra alma trémula creéis ver á veces hundirse la tierra bajo vuestros piés; en este momento terrible, en que es forzoso dar el último adiós á los que durante largos años han sido el todo para vosotros, y que jamás olvidareis un solo instante, se necesita retirarse á la soledad, pero esforzándose en crearse en ella una ocupación, y consagrar la mente á diversos y variados pensamientos.

¡Ah! cuántos profundos dolores hay que el mundo no vé, cuyo peso solo nosotros debemos soportar, y á los que no podemos resistir mas que en la soledad.

Figuraos por un momento que llegais inquietos á un país donde todo os es extraño, donde la desgracia doquier os abruma, donde á cada instante correis el riesgo de caer en la desesperación, donde sin cesar teneis á vuestra vista la agonía de la muerte, donde nadie os comprende ni puede comprenderos, donde no encontráis en vuestro camino sino zarzas y espinas, donde por último, estáis condenados á perder lo más querido que tengais en el mundo: cuando hé aquí que de repente, en este país de desolación, en este luto de vuestra alma, se os tiende una mano cariñosa, y que una voz que parece venir del cielo, os dice: Ven, quiero enjugar tus lágrimas, quiero infundir valor á tu espíritu abatido, quiero ser el confidente de tus penas y ayudarte á soportarlas. Quiero sacarte de tu tristeza, hacerte gustar aun las bellezas de la naturaleza y los beneficios de Dios, que derrama tambien en esta comarca sus dulces consuelos. Quiero sentir, pensar contigo, abrirte un nuevo horizonte, recojer para tí las flores que se encuentran en el camino de la vida, hablarte de cuantos te aman,

de cuantos se ocupan de tí con estimación y confianza, probarte que todos los hombres no son tan malos como tú los crees, y que algunos te lo parecen porque no te conocen. Quiero apartar de tí todos los cuidados, hacerte gozar de una existencia grata y pacífica y trabajar en corregir tus defectos. Tú tambien corregirás los míos, formarás mi corazón y me enseñarás lo que sabes. Si despues de haber saboreado durante muchos años el encanto de esta existencia que así se os ha ofrecido; si despues de haber probado tan dulce consuelo en las más terribles adversidades de la vida; si después de haber esperado que en el último momento esa mano compasiva os cerraría los ojos, os teneis que ver privados de semejante afecto, de tal desinterés, no os queda, para vencer vuestros pesares y para aprender á luchar contra el destino, otro asilo que la soledad.

En la soledad contemplamos de más cerca el ojo que todo lo vé.

Quando cesan en nuestro rededor todos los vanos rumores, nuestro corazón comprende mucho mejor este grande y feliz pensamiento: que Dios nos mira, nos rodea, nos domina, y todo lo dirige por su poder y bondad. En el retiro, Dios se nos presenta por todas partes. Libres de la embriaguez de los sentidos, animados de más puros deseos, de una alegría mas ideal, pensamos mas seria, libremente y con mayor confianza en nuestra suprema felicidad, y nos creemos ya gozarla con solo pensar en ella. Nuestro piadoso recogimiento aleja de nosotros las ideas groseras y los cuidados serviles.

La soledad nos acerca á Dios cuando mantiene en nosotros sentimientos tiernos, humanitarios y el influjo de una saludable desconfianza de nosotros mismos. Quando al lado del lecho de un moribundo observaba yó los esfuerzos que nuestra pobre naturaleza opone á nuestra destrucción, los tormentos que la hace experimentar cada minuto que roba á la muerte; cuando yo veia á aquel desgraciado levantar al cielo sus manos trémulas y dirigirle, al encontrar alivio, fervientes acciones de gracias; cuando escuchaba sus palabras entrecortadas, sus lastimeros suspirs, y observaba las

tiernas miradas de cuantos le rodeaban, me sentía con fundido, abrumado, y me retiraba á un sitio apartado para lamentar la suerte de la humanidad y mi impotencia en aquel sublime momento en que tan vivos y profundos deseos abrigaba de socorrer á aquel infeliz. ¡Ah! cuando en estos tristes pensamientos del corazón me inclino ante Dios, ¡cuán bien comprendo que no debemos fiarnos, ni en la fuerza de la vida, ni en la ciencia, en la que el hombre funda una esperanza, un consuelo! Jamás me levanto de la cama sin pensar en que si aún existo es por milagro de Dios; jamás cuento los años que he pasado en el mundo sin dar gracias á la Providencia por haberme sostenido más de lo que esperaba, y de haberme conducido con una fuerza incomprendible por un mar lleno de escollos. No puedo menos de enmudecer y adorarle en silencio, cuando á cada momento conozco mi debilidad, cuando todos los días veo sucumbir á mi lado, y en la flor de la edad, á hombres que no pensaban en peligro alguno y que se creían estar á salvo por mucho tiempo de los tiros de la muerte.

¡Oh! tú, jóven amable que en el seductor y las mas veces engañoso comercio del mundo no has abdicado aun los principios de virtud; tú que aun no estás infectado con la ponzoña de la frivola ociosidad: tú que en los impulsos é imágenes de una ferviente galantería no has perdido el deseo y la fuerza de acometer grandes empresas, y que sabes huir de las grandes sociedades de las locas tentaciones del mundo: la soledad te reclama! ¡Yo quisiera retenerte en tu estu- dioso retiro, animar, fortificar tus nobles intenciones é inspirarte ese justo y noble orgullo, que en las funcio- nes que un día tendrás que desempeñar, te impida esti- mar el mundo en más de lo que vale!

La razón te prescribe salir de un círculo dema- siado estrecho para rodearte é inspirarte en grandes e- jemplos. Aprendiendo á conocer á los verdaderos hom- bres de la Grecia y de Roma, adquirirás poder y fuer- za para vencer todos los obstáculos.

¿Donde se encuentran ejemplos mas ilustres de

la grandeza humana? ¿Quién ha demostrado más valor guerrero, más celo por la ciencia y más clara razón? Lanza léjos de tí todo lo vano y frívolo, y no aspire si- no á lo que verdaderamente merece ser buscado é imi- tado. La nobleza sola y la riqueza á nadie elevan. Diez y seis cuarteles ó extensas propiedades son una ventaja, pero no constituyen un mérito. Tus disposicio- nes son buenas, puesto que oyes y reconoces estas ver- dades, y sabes que el que no aprecia más que las cosas pequeñas, jamás llegará á ser grande. Deja á las mu- jeres contar sus antepasados, que hace setecientos años solo se distinguían yendo á la guerra á caballo, en tan- to que los villanos los seguían á pié. Cuenta los hom- bres de tu familia que no han huido en las batallas y no han robado á los pasajeros en los caminos; recuerda á aquellos de tus antecesores que han hecho nobles ac- ciones, cuya memoria conserva la historia nacional y cuyo nombre está escrito en las crónicas extranjeras; pero ten presente que nadie es realmente grande sino por sus actos propios y sus propias virtudes.

Gracias al escritor que con notable talento ha dicho: Si veis á un jóven de elevada inteligencia retirarse del mundo, volverse melancólico, hablar poco, demostrar por su frialdad y su reserva el desprecio que los malos le inspiran, quejarse poco de la injusticia de los hom- bres, reconcentrando en sí mismo las penosas amargu- ras que aquello le hace experimentar; si advertís que su talento despide brillantes ráfagas como el relámpa- go que resplandece en medio de la noche, y sumirse después en un largo silencio, si observais que todo lo encuentra árido en su alrededor y todo le inspira aver- sión y fastidio, ¡oh! contad de seguro que es una precio- sa planta que solo espera una mano hábil para desarro- llarse. Cuidadla: que sea para vosotros sagrada; come- teriais un homicidio hollándola con vuestros piés.

Tal planta constituiría mis delicias: la abrigaría con- tra mi corazón, la cultivaría con amor; la robaría á las miradas de los pedantes que se encolerizan al ver á un jóven que demuestra más talento que el que ellos tie- nen. Con un sople alejaría de mí hermosa planta todo

institución se afianzó con las fundaciones hechas por Santa Eufrasia, viuda del senador Antigono, y por Santa Macrina hermana de San Basilio. Estas dos señoras de ilustre nacimiento y de una belleza singular, levantaron considerable número de monasterios en la alta Thebaida y en los desiertos del Ponto, dándoles además de la regla general estatutos particulares que prescribían la virginidad, la pobreza, el amor á Dios y al prójimo, la práctica de las virtudes, la oración y el trabajo.

Propagados unos y otros establecimientos por el Oriente, no fueron, sin embargo, conocidos los monasterios en Occidente hasta que San Martín formó uno en Milan y otro en Marmontier, (dos leguas de Tours, en Francia) San Honorato y otros Obispos y varones piadosos alzaron más tarde varios monasterios; y por último, San Benito los extendió, fundando en Monte Casino en el año 529 uno notable, y escribiendo una regla que fué aprobada en 595 por el Papa San Gregorio el Grande. Desde esta época comenzó el anhelo de fundar monasterios en Occidente, y por espacio de muchos años, así los antiguos como los nuevos, recibieron la regla ordenada por San Benito.

Lo mismo en esta que en la de San Basilio se prescriben la perfección evangélica, la vida contemplativa, la enseñanza de los oficios, artes y ciencias, y el trabajo constante en la agricultura, pero la dada á los orientales es mucho más rigurosa.

En los primeros siglos fué libre entre los cristianos fundar monasterios y acomodar á su arbitrio la disciplina monástica, y los Obispos protegieron singularmente y tomaron bajo su amparo á los fieles que se apartaban de la vida ordinaria para consagrarse al cláustro, ejerciendo sobre ellos todos los derechos inherentes á la jurisdicción episcopal. También crearon muchas veces á su costa casas en donde sin distinción de ninguna especie hallaban asilo, abrigo y consuelo la virtud, el remordimiento y el dolor.

Esta libertad de fundar y escojer reglas fué ha-

ciéndose perjudicial en el transcurso de los años, y á fin de evitar los males que se tocaban se acordó en el canon XIII del IV Concilio de Letrán, por el cual se prohibió terminantemente y bajo pena de excomunión, establecer nuevas Ordenes religiosas diferentes de las que á la sazón existían; previniéndose que el que quisiera establecer una casa adoptase una de las reglas ya conocidas. No obstante este precepto se fundaron despues muchas Ordenes, siendo preciso que el Concilio Lugdunense ó de Leon celebrado en el pontificado de Gregorio X, renovase la prohibición y declarase nulas las fundaciones hechas sin el consentimiento de la Silla Apostólica. Desde entonces está reservada á la Santa Sede la aprobación de las nuevas Ordenes religiosas.

A pesar de la ilimitada facultad de fundar monasterios que hubo en los siglos siguientes á la conversión de Constantino y á pesar de la especial predilección con que los Obispos favorecían el aumento de las casas monacales, sin embargo, así por la antigua como por la nueva disciplina, no podían edificarse ni crearse una de ellas sin el consentimiento expreso del Obispo, bajo cuya jurisdicción entraban el monasterio y sus habitantes, determinándose esto en los cánones IV del Concilio de Calcedonia y 2º. del V de Arlés, para que no se perjudicasen los derechos de los mismos Obispos ni los de las parroquias. Esta era la razón de prohibirse á los monasterios admitir seglares en sus oficios, decir misas públicas, reunir el pueblo para asistir á sus oraciones y rezos y enterrar á los extraños.

La necesidad del consentimiento de los Obispos para fundar y establecer monasterios, no solo se reconoció sin género de duda en los tiempos remotos, sino que, como se ha indicado, se estimó en la nueva disciplina de la Iglesia, aún cuando lo niegan varios historiadores hallándose determinada en distintos Concilios y en repetidas Bulas de los sumos Pontífices. Para persuadirse de esta verdad, basta leer las disposiciones de los cánones XII y XVIII, quest "del decreto de Graciano;

Algunos años más tarde, Santo Domingo, canónigo de Osma, fundó en Languedoc un hospital de sacerdotes, para trabajar en la conversión de los herejes *albigenses*, y habiendo producido ventajosos resultados en 1,216 obtuvo del Papa Honorio III un privilegio en favor de ciertos clérigos que en San Román de Tolosa vivían bajo su dirección, observando la regla de San Agustín y dedicándose á la predicación. Así comenzó la Orden de *Predicadores* de Santo Domingo, colocada luego como la primera de las Ordenes mendicantes.

San Francisco de Asís poco tiempo después; Alberto de Jerusalén y Alejandro IV muy luego, instituyeron las Ordenes de franciscanos, carmelitanos y agustinos que se llamaron *mendicantes*, porque los monjes que las componían hacían profesión de no poseer bienes, ni aún en común, y de subsistir con el producto de las limosnas cotidianas de los fieles.

Los monjes en este tiempo ya no eran legos, y ántes al contrario, desde el siglo IX solo se contaban como tales los que estaban destinados al coro é instruidos en el canto y lengua latina; mandándose por último en el Concilio general de Viena del Delfinado, presidido por el Papa Clemente V y celebrado en 1,311 y 1312 que todos los monjes fuesen promovidos á las Ordenes sagradas. Los que no sabían latín eran dedicados al trabajo de manos, y aún cuando recibiesen la profesión monástica, no se llamaban monjes sino hermanos.

Por el siglo XIV todos los monjes volvieron á caer en relajación, y esto hizo que se adoptasen nuevos medios de cortar los abusos; pero ellos eran tantos, los que los cometían tan poderosos, y el poder público tan débil, que nada pudo lograrse por entonces. Como uno de los recursos más eficaces para contener la relajación, se consideró el establecimiento de otros monjes de regla distinta, y á este fin se instituyeron los canónigos regulares, y después en el siglo XV y siguientes, los monjes recoletos ó recojidos, los descalzos los redentores de cautivos y otros varios.

Claro es que, cuando aquí se dá á todos los re-

gulares el nombre de monjes, es en el sentido más lato de esta palabra, haciéndolo así y tratando de ellos, porque á todos cundió el mal ejemplo y todos participaron de los vicios que aquejaron á los habitantes de los claustros.

Los monjes se ocuparon por muchos siglos en los desmontes de las tierras, en el cultivo de los páramos, en las obras de arte, en la práctica de los oficios mecánicos, en meditar, copiar y esparcir los monumentos de la Historia y de la tradición, en conservar y transmitir los conocimientos científicos y en educar á la juventud. Todavía hoy los religiosos agustinos españoles en Filipinas, y los trapenses franceses en Argelia, se dedican á descuajar los montes, á enseñar el cultivo de las tierras y á difundir la civilización entre los isleños y los beduinos. Además, los misioneros de todos los países católicos hacen esfuerzos sobrehumanos en la India, en la China, en la Australia y en América para enseñar á los naturales las ciencias y las artes de los europeos, exponiendo todos los días sus vidas por conquistar sus almas, atrayéndolas al culto del Dios verdadero.

Acerca de los frailes hay que distinguir el origen racional ó filosófico y el histórico. El origen racional de la existencia de los frailes se halla en la misma esencia del cristianismo en el fondo de las predicaciones evangélicas, las cuales tienden á aconsejar al hombre la vida perfecta, el ideal de la santidad más sublime, el completo desprendimiento de las cosas terrenas: el monasterio es una consecuencia necesaria del espíritu del Evangelio, y por esto vemos que por donde quiera que se ha establecido el cristianismo, han brotado espontáneamente las asociaciones religiosas. Podrán haber sido proscriptas, destruidas, perseguidas y arruinadas, pero apenas ha cesado la persecución, apenas ha habido alguna tregua de paz que haya permitido su existencia, han vuelto á renacer, mientras se haya conservado la religión cristiana; con razón, pues, se puede decir que son un corolario lógico del cristia-

nismo, que se derivan espontáneamente de la esencia de este.

En efecto, basta leer el Evangelio para conocer que se recomienda en él de una manera especial el ascetismo más sublime, la perfección más elevada, la mortificación propia, en una palabra, la verdadera vida religiosa.

El libro de la imitación de Cristo, escrito principalmente para los moradores del claustro, se halla basado sobre el mismo Evangelio; sobre el mismo espíritu de la religión cristiana, sin que haya alguien capaz de poner este hecho en duda. De aquí que la Iglesia católica y los Papas hayan aprobado siempre las asociaciones religiosas, como muy conformes con la doctrina de Jesucristo y de los Apóstoles.

El origen *histórico* de los frailes, en su estado de corporaciones, que bajo una regla aspirasen á la perfección, se remonta al siglo III, porque la vida religiosa, en su esencia, fué conocida desde el principio de la religión cristiana; pero cuando el mundo se convirtió al cristianismo, entonces fué cuando los cristianos que querían seguir la perfección de vida se reunían en corporaciones separadas para practicar los consejos del Evangelio, y se refugiaron en busca de soledad á los espantosos desiertos de la Tebaida, á los arenales de la Libia, á las montañas de la Arabia. Hé aquí como describe Casiano el origen de estas asociaciones religiosas: «Aquellos que conservaban el fervor apostólico, recordando la primitiva perfección, se apartaron de las ciudades y del trato de los que pensaban serles lícito un género de vida menos severo, y empezaron á escoger lugares retirados y secretos, donde pudiesen practicar particularmente lo que recordaban que los Apóstoles habían establecido en general, por todo el cuerpo de la Iglesia: y así comenzó á formarse la disciplina de los que se habían separado de aquel contagio. Andando el tiempo, como vivían apartados de los fieles, y se abstentaban del matrimonio y además se privaban de la comunicación del mundo, y aún de sus propias familias, se les llamó *monjes* á causa de su vida singular y solitaria.»

Por lo hasta aquí dicho, se podrá comprender lo que son los frailes, y con esto podríamos haber concluido este artículo, si no existieran infinitas preocupaciones contra los mismos, preocupaciones que nuestro siglo ha heredado de la filosofía incrédula. Veamos cuales son.

Unos consideran á los frailes como hombres holgazanes, perezosos é indolentes, que no queriendo sujetarse al trabajo ni á la fatiga, se meten á los claustros, para vivir de una manera cómoda, á expensas de los demás, con gran holganza y haraganería; para otros, los frailes son un rebaño de hombres ignorantes, rudos, enemigos de la civilización y del progreso, de las ciencias y de las artes, que tienden á hacer retrógrada á la sociedad por las vías del oscurantismo y de la barbarie; para estos, los frailes no merecen sino desdén y desprecio, y los claustros no son mas que asilos de necedad y simpleza, de los cuales se difunde la superstición y el fanatismo á los pueblos; para otros, al contrario, los frailes son hombres de ciencia, astutos, sábios, conocedores del mundo, hombres diplomáticos, que mantienen relaciones con la clase elevada de la sociedad, para apoderarse de las influencias del Estado y dominarlo todo; ellos son los que intrigan y tramán maquinaciones maquiavélicas; de modo que su ilustración y su ciencia, lejos de ser útil, es una verdadera plaga para la sociedad y para el género humano. Para otros el fraile no es más que un hombre inútil, que se ocupa exclusivamente en provecho propio, sin reportar ninguna clase de utilidad á los demás y aún puede decirse que son perjudiciales á la sociedad, y que sirven de rémora á la industria y al comercio, por que sus rentas no son más que *manos muertas*, que no pudiendo pasar del claustro á destinos seculares y profanos, impiden la circulación industrial y comercial: su género de vida es también perjudicial al bien público, porque ellos no hacen más que consumir sin producir, y lo que consumen es á expensas del pueblo.

Estas acusaciones, ya en tiempo de Santo Tomás, las dirigía la impiedad contra los frailes, á los cua-

les según el mismo santo doctor, combatian porque llevaban hábito humilde y pobre, porque alcanzaban fama por su ilustración y ciencia, porque se defendian de sus adversarios en juicio, porque tenían influencia con los principes y los Reyes: *impugnant eo quod habitum ritem et humilem deferunt, impugnant quantum ad studium quod in judicio contendunt, quod persecutores suos puniri procurant, quod curias principum frequentant, etc.*

Para combatir estas acusaciones, ante todo, basta deshacer el sofisma de los adversarios que arguyen contra todas las reglas de lógica de lo particular á lo universal, es decir, atribuyendo á toda una corporación lo que es propio de algún particular. En seguida se prueba que todas quedan desmentidas por los hechos.

En cuanto á la ociosidad de los frailes, ¿hay cosa que cause mayor amargura ó indignación que este reproche, dirigido á los hombres de abnegación y sacrificio, que trabajan incesantemente en beneficio de la humanidad, cuando se consideran bien empleadas las horas de aquellos que pasan las noches en el sueño y en la molicie, y los días en las orgías y los placeres? El fraile por el contrario, siempre se haya ocupado; si se priva del sueño en la noche, no es para holgar y divertirse, no es para asistir á los bailes, teatros y espectáculos como hacen los mundanos (los cuales, además, recobran de día el sueño que perdieron durante la noche): el fraile se priva del sueño para asistir al coro y cantar alabanzas divinas; se priva del sueño para llevar tal vez el consuelo á un moribundo, ó á un desgraciado; se priva del sueño para resolver arduas cuestiones en beneficio de la humanidad. ¿Y de día en qué se ocupa el fraile? En beneficio también de los demás. Hé ahí al religioso de San Juan de Dios, que se halla en los hospitales asistiendo á los enfermos; hé ahí al Trapense que se halla cavando la tierra ó su propia tumba; hé ahí el dominico y el franciscano, ocupados en instruir y moralizar al pueblo, ó en estudiar el modo de combatir la herejía y la corrupción hé ahí al jesuita, trabajando sin cesar hasta descuidar su salud para educar á la juventud, y para convatir la impiedad; hé

ahí al escolapio sacrificado en beneficio de la niñez desvalida y pobre; hé ahí al benedictino, registrando códices antiguos y recomponiendo textos borrados; hé ahí al infatigable misionero, que, renunciando á todas las ventajas de la sociedad y de la civilización, se sepulta en medio de hordas bárbaras y salvajes para comunicarles el consuelo de la luz evangélica. Todos trabajan sin cesar, todos oran, todos se desvelan, y no podía ser de otro modo: porque ¿qué es lo que retrae al hombre de las fatigas y de los trabajos? La vida muelle y regalada y á la verdad que no es tal la vida del religioso; el no tener otros vestidos que un pobre hábito, ni otra habitación que una pobre celda, ni otra cama que un lecho de paja, no es regalarse ni entregarse á la molicie y á la comodidad; el renunciar para s'empre á los placeres, el sepultarse en una región solitaria para ofrecerse como víctima por los pecados del mundo; el pasar la vida en hospicio para consuelo del infortunio, no es ciertamente tener una vida muelle y afeminada.

El segundo reproche que se dirige á los frailes es el de ser enemigos de la civilización. No se comprende como se ha podido formular esta acusación, cuando precisamente la historia enseña todo lo contrario. En efecto parece que las órdenes monásticas no tuvieron otra misión que la de cooperar á la acción civilizadora de la Iglesia.

Era el siglo V cuando multitud de hordas bárbaras y salvajes descendieron del Norte y fijándose en el centro de Europa ahogaron la civilización, destruyendo las leyes, usos, costumbres y todo cuanto se les presentaba al paso. Todo parece iba á quedar sepultado en esta noche oscura; mas vinieron entonces los frailes, y ellos fueron los que procuraron conservar los restos del saber antiguo, ellos fueron los que salvaron la ciencia y artes, la historia y la antigua literatura, ellos fueron los que conservaron los clásicos griegos y romanos, y los libros de los antiguos filósofos. Si á los monjes se debió poder leer á Platon y á Lucrecio, á Plauto y á Virgilio; sin los monjes se hubiera perdido

el cap. 3.º de la sesión XXV, *De regularibus* del Concilio de Trento; los cánones de la mayor parte de los Concilios provinciales, y diversas constituciones de los Papas Alejandro IV, Clemente VIII Gregorio XV y Urbano VIII.

Además del consentimiento del Obispo, se requería para la fundación de un nuevo monasterio, el permiso de todos los interesados en el establecimiento, contándose entre estos por derecho canónico común los curas y los titulares de las Iglesias, y por las Bulas *Quoniam ad institutam* de Clemente VII, y *Cum alias* de Gregorio XV, los demás religiosos establecidos anteriormente en el mismo lugar y en sus cercanías.

También exigían estas Bulas que para proceder á la fundación de un monasterio, hubiese rentas con que sostenerse doce monjes, sin irrogar daño á los otros existentes en el territorio, cuyas rentas podían provenir de bienes propios ó de limosnas, siendo nula toda fundación que no reuniese este requisito.

Pero no bastaba el consentimiento del Obispo y de los interesados para fundar un monasterio, sino que era indispensable el permiso de la autoridad temporal; estando discordes los autores respecto al señalamiento de la época desde la cual fué necesaria esta circunstancia, pues Berardi y Van-Espen opinan que ya se exigió en el Concilio de Calcedonia, al paso que otros creen que es posterior esta obligación, estando hoy reconocida por todos sin género de duda.

Los monasterios, así de hombres como de mujeres, fueron aumentándose considerablemente á medida que la fé cristiana penetraba en los corazones, llegando á ser tan crecido el número de los que se fundaban, que la potestad pontificia y la autoridad real se vieron alguna vez en la necesidad de poner límite á la erección, llegando ocasiones de suprimirse algunas comunidades ó de reunir las á otras.

Así como fué creciendo el número de monasterios y, multiplicándose los estatutos y las reglas diversas órdenes, fué, entrando también insensiblemente y propagándose luego con rapidéz, la relajación de

los monjes, viéndose la Iglesia en la precisión de mandar en diversas ocasiones el restablecimiento de la disciplina monástica. Comenzó la relajación huyendo los monacales de la oración y del trabajo, adquiriendo cuantiosos bienes, haciéndose los superiores de los monasterios señores de vasallos, concurriendo á las Cortes y parlamentos, y ejerciendo jurisdicción impropia de su estado. Los Concilios celebrados en varias naciones desde el siglo VII al X, dieron cánones para la reforma de los monasterios; pero hasta éste último siglo no comenzó verdaderamente, y el IV Concilio general de Letrán, celebrado en 1,215, siendo Papa Inocencio III, publicó el decreto *In singulis*, inserto en las Decretales de Gregorio IX. Desde entonces comenzó la reforma de las órdenes monásticas, prosiguiendo durante los siglos XI al XVI, en que el Concilio de Trento dictó, en la sesión XXV *De regularibus* disposiciones generales.

La potestad temporal ha dictado en diferentes tiempos condiciones para la fundación de monasterios y mandatos para rejirse los fundados; y en España se hallan de esto repetidos ejemplos en todas las leyes del título XII de la Partida 1.ª, y del tit. XXVI del libro 1.º de la *Novísima Recopilación*.

El gobierno espiritual y temporal de los monasterios correspondió al principio á los Obispos; pero las exenciones concedidas á los monjes desde el siglo IX, y principalmente desde el siglo XI fueron tantas, que concluyeron con el poder de los Obispos sobre las casas de los monacales, transfiriéndose á los Prelados de cada orden las atribuciones que ántes correspondían á los Ordinarios. Los privilegios comenzaron por la administración de los bienes temporales que se concedió á cada monasterio; continuaron por hacer independientes en todo lo material á los monasterios; prosiguieron por constituir á los superiores de las órdenes en únicos jefes de los establecimientos, y concluyeron por libertar de toda sumisión de los Obispos en lo temporal y en lo espiritual á los que profesaban en religión. Los verdaderos y únicos prelados de monacales fueron en

consecuencia por espacio de muchas centurias los superiores de la Orden con total independenciam de los diocesanos.

Los Obispos reunidos por Paulo III ántes de la convocación del Concilio de Trento, pusieron mano al remedio de los males, é intentaron reformar los abusos que nacian de las exenciones de los regulares; pero todo su celo y su deseo no fueron suficientes para lograrlo. El Concilio de Trento, más autorizado y más decidido, resolvió lo que en adelante debía hacerse, y acordó que los Obispos pudieran visitar los monasterios, corregir y castigar á los regulares que delinquesen fuera del cláustro, proceder contra los que no habitasen en los monasterios, y que estuvieran sometidos los religiosos á la autoridad episcopal sin restricción alguna en todo lo relativo á la administración de sacramentos y á otros particulares.

Los monjes se conocieron primeramente en el Oriente, en donde San Antonio, San Pacomio y San Hilarión fundaron los más antiguos monasterios, extendiéndolos luego San Basilio el Grande á la Capadocia y al Ponto, desde donde otros piadosos varones y mujeres virtuosas los difundieron por Etiopia, Persia y las Indias.

En tiempo de San Jerónimo existían, segun él refiere, muchos monjes reunidos en una casa, y varias de estas componian un monasterio, siendo aquellos todavía legos y dependientes enteramente del Obispo. Estos monjes se reúnan los domingos en un oratorio, en donde celebraba los oficios divinos un sacerdote extranjero; tenían un solo jefe denominado Abad; hacian unicamente votos parciales y vivían con el sustento que les proporcionaba el trabajo de sus manos.

Establecidas por San Basilio las grandes comunidades del Oriente, y habiéndose publicado por San Atanasio la vida de San Antonio, fundó San Martín un monasterio en Milán, y después San Honorato otro en Lerins, viniendo muchos años después San Benito á propagar en el Occidente la vida monástica por medio de su ejemplo y con la publicación de su regla, que se

siguió con precisión por considerable número de años en Italia, Alemania, Francia, Inglaterra y España.

Invadida la Italia por los Lombardos y la España por los moros, los monjes abandonaron sus monasterios, y por mucho tiempo vivieron separados y fuera de comunidad originándose de aquí la relajación y el abandono, males que no solo afligieron á los pueblos invadidos sino que se comunicaron á los demás Estados. Se despreció por los monjes el trabajo de mano bajo el pretexto del estudio y la oración; se convirtieron en señores los abades; adquirieron cuantiosos territorios; concurren á las guerras mandando hombres de armas; tomaron parte en las Córtes y en los Parlamentos; obtuvieron exenciones y privilegios con mengua de la autoridad de los Obispos, y llegaron á emanciparse de la sumisión á los Reyes.

Estos desórdenes y el desarreglo de la vida privada de muchos monjes que abandonaban el monasterio y tomaban las armas, cayendo casi todos en la más estúpida ignorancia, obligó á San Odón á intentar la reforma de los monacales y comenzó su obra en el monasterio de Cluny. Después de la muerte del santo, volvió á extenderse con más rapidéz la relajación de los monjes, siendo su monasterio uno de los que más contribuyeron á sostener y difundir los males, que habían llegado á un punto extremo, cuando San Roberto, Abad de Melesme, fundó en 1098 la casa del Cister. Este monje ejemplar restableció el trabajo de manos, el silencio más completo, la soledad, el retiro del mundo, y renunció á toda clase de privilegios. Aunque seguía la regla de San Benito, mudó el color del hábito de negro en blanco, y desde entonces los de Cluny fueron llamados *monjes negros* y los de Cister *monjes blancos*.

En la época de las Cruzadas nació una nueva clase de monjes, que siguiendo las reglas de San Benito y de San Agustín, se dedicaban sin embargo á los afanes y trabajos de la guerra, á ejercitar la hospitalidad, al servicio de Dios y al alivio de los pobres, de los enfermos y de los peregrinos, y estos monjes fueron denominados caballeros y freires de las Ordenes militares.

por completo la antigua historia, no se hubiera conocido más tarde la filosofía griega y las leyes romanas.

Durante la Edad Media, en que no se oía otro ruido que el de las armas y el de estrepitosas guerras, las ciencias y las artes solo encontraron refugio en los monasterios: en esta calamitosa edad, en que la ignorancia cernía sus negras alas sobre la Europa, solo, solo brillaba la luz de la ciencia y del saber en los claustros, porque las ciencias y las artes solo florecen á la sombra de la paz, y la paz solo se encontraba en los monasterios. De los claustros salían con frecuencia los hombres más sábios, á los que se consideraba dignos de ocupar los más altos puestos de la Iglesia. El monje Geberto, cuyos conocimientos en ciencias matemáticas, y naturales llegaban hasta el punto de ser reputado en su edad como nigromántico, al claustro debió su saber y su ciencia: el ilustre Alberto el Magno portento de su siglo en teología, filosofía y ciencias naturales, en el claustro recibió su ilustración: el distinguido Santo Tomás, cuyas obras admiran todavía á los sabios del siglo XIX, al claustro debió su elevada ciencia y erudición sublime. Finalmente, del claustro salieron las más grandes lumbreras de la Edad Media, como Alejandro de Hales, San Buenaventura, Hugo y Ricardo de San Víctor, Escoto, Durando, Roger Bacon, Vicente de Beauvais, Egidio Romano, etc.

Pero no se crea que los religiosos monopolizaban la ciencia de tal modo, que no querían comunicarla á los demás; al contrario, los frailes tenían escuelas abiertas donde podían acudir á aprender todos los que querían. Entonces podía el pobre seguir una carrera, porque no solo recibía la enseñanza gratuita, sino también el sustento; mientras que en nuestros días de ilustración y progreso, solo pueden seguir carrera los ricos, al paso que los pobres se ven obligados á permanecer en la ignorancia y en el desprecio, porque las Universidades no les franquean sus puertas.

Los religiosos son los que supieron elevar muchas veces á los pobres desde el terruño á las altas dignidades de la Iglesia, los que supieron hacer hom-

bres de Estado eminentes, hábiles diplomáticos, ilustrados sacerdotes, finalmente, á la instrucción y ciencia de los dominicos y franciscanos españoles, debió Colón la protección en el descubrimiento del Nuevo Mundo, sin la cual tal vez el ilustre genovés no hubiera alcanzado su inmortal renombre.

Igualmente en nuestros días, ¿la orden de los jesuitas no está á la altura del movimiento intelectual del siglo? ¿En qué clase de conocimientos pueden considerarse rezagados los jesuitas? Ellos son los que se distinguen y sobresalen, no solo en la teología y ciencias eclesiásticas, sino tambien en todos los ramos del saber humano. Ellos son eminentes teólogos, eminentes jurisconsultos eminentes literatos; ellos son grandes naturalistas, físicos, químicos, astrónomos, matemáticos; ellos son distinguidos geógrafos, ilustres historiadores, célebres anticuarios.

Finalmente á la protección y acogida que recibieran los artistas en el claustro, debieron las artes cristianas el sublime vuelo que tomaron en la Edad Media, los suntuosos templos que se levantaron en aquel tiempo, las magníficas bóvedas, cuyas ruinas hoy contemplamos con dolor. Los delicados y sublimes relieves que hoy quedan truncados, y no podemos mirar sin amargura, indican lo que debieron los artistas cristianos á los conventos y monasterios. ¿Cómo se tiene, pues, atrevimiento de decir, que los frailes son hombres rudos é ignorantes, enemigos de las ciencias, de las artes y de la civilización?

Pero no solo favorecieron los religiosos las ciencias y las artes, sino que contribuyeron al desarrollo de la civilización europea de mil modos diferentes.

Ellos fueron los que dieron grande impulso á la agricultura, desmontando terrenos incultos, desecando pantanos y reduciendo á cultivo los más espantosos é intransitables bosques de Europa, Alemania, Francia é Inglaterra, y nuestra patria debe mucho á los monjes bajo este concepto.

Los frailes trabajaron y contribuyeron también á la civilización europea, destruyendo los elementos de

esclavizarla, y sojuzgarla. Ya hemos visto los beneficios que las órdenes religiosas dispensaron á los pueblos en los primitivos tiempos, en la Edad Media y en los tiempos modernos; y si tales beneficios han dispensado, ¿pueden considerarse como enemigos de la humanidad? Las órdenes religiosas parecen creadas *ex professo* para aliviar y remediar los males de la humanidad desgraciada.

Los pobres han encontrado siempre en los monasterios hospicios donde han sido curadas sus dolencias, y donde se les ha auxiliado con caridad, celo y diligencia; los ignorantes han encontrado en los monasterios, catedráticos y maestros que les han instruído y disipado su ignorancia, el viajante ha encontrado en el monasterio un hospicio donde refugiarse; los sabios, quien les comprendiese y auxiliase en sus empresas; el artista, protectores que le han favorecido y animado en la realización de sus ideales. ¿Donde se hallan, pues, los males que los frailes han causado á los pueblos? ¿Qué perjuicio y qué tramas urde contra la humanidad el monje de San Bernardo, que libra de la muerte al viajero que se halla cubierto por la nieve? ¿Qué perjuicio causa el Capuchino que lleva el consuelo y los últimos auxilios á un moribundo? ¿Qué daño produce el misionero que surca los mares en busca de un alma para Jesucristo? ¿Qué daño es capaz de causar el Padre de la Merced, que libra de las cadenas al infeliz cautivo? ¿Finalmente, cuándo se han declarado los frailes en contra de la libertad humana? ¿Cuándo han urdido con los Reyes esas ocultas intrigas, esos pactos nefandos que supone la impiedad, para esclavizar é imponer el yugo á la desgraciada humanidad? ¿No han sido por el contrario, los religiosos, los que más trabajaron para librar á los pueblos de la esclavitud, de la opresión y de la tiranía de los barones y señores? ¿No fueron los frailes los que contribuyeron en gran manera al progreso, á la civilización y á la verdadera libertad de los pueblos? Sí: todo esto es verdad, pero el libertinaje, la incredulidad y la falsa filosofía estaban interesadas en presentar á los frailes bajo

el aspecto más odioso, y para conseguir este fin no se desdeñaron de apelar al medio más bajo y vil, á la calumnia.

Finalmente, vengamos á la última objeción. Se dice que los frailes son gravosos á la sociedad porque ellos no dán ningún producto á ésta, ántes al contrario, consumen lo que produce, y de éste modo aumentan el pauperismo y la miseria pública. Pero precisamente sucede lo contrario pues los monasterios contribuyen á aumentar la riqueza y bienestar públicos. Sabido es que los monasterios han poseído siempre bienes y rentas. ¿En qué se emplean estos bienes y estas rentas? No; ellos consumen solo una parte insignificante, ellos necesitan solo un pobre hábito y una pobre comida, no son como los propietarios que necesitan todo lo que tienen para sostener su lujo, fausto y ostentación. Por lo tanto, no consumiendo ellos más que parte de sus bienes, lo demás se emplea en provecho del público y de la pobreza, se emplea en sostener los arrendadores, los obreros y los artifices; se emplea en socorrer y aliviar la parte desgraciada de la sociedad. Además los religiosos, admitiendo en los conventos á todos con tal de que tuviesen vocación, y alimentándoles á sus expensas y á su costa, evitaban con frecuencia á las familias la carga de sostener á todos sus individuos, librándoles de la indigencia y de la miseria: los frailes eran, por último, los que con sus ahorros subvenían á los apuros y á los estados apremiantes de los Gobiernos, todo lo cual pesa hoy día sobre el pueblo, cuyos impuestos, aumentando de día en día, llegan hasta el extremo de serles una carga insoportable. En cuanto á lo de las *manos muertas*, es cierto que las rentas de los monasterios no pasaban ya á destinos seculares, pero en esto no se hacía más que cumplir la voluntad de los donantes, que los dejaban á los monasterios para que los poseyesen perpetuamente; hubiera sido pues una injusticia tratar de enagenarlos y entregarlos en manos profanas. Es cierto, igualmente, que hallándose en manos de los monjes, no servían para el comercio y la industria. ¿Pero no es verdad, también

que cuando los particulares emplean sus riquezas en el comercio y en la industria, los explotan en provecho propio y no en beneficio del pueblo, como hacían los frailes? Estos bienes eran infructíferos para los particulares, pero no para la sociedad y para el pueblo, que á causa de estos bienes encontraba hospicios, escuelas, bibliotecas y todo lo indispensable para llenar sus necesidades.

¡Oh! Quiera Dios cumplir la esperanza y deseo de los católicos: *¡que vuelvan los frailes!* Y volverán. Estas congregaciones religiosas se derivan de la esencia misma del cristianismo, y por lo tanto se han de manifestar, siempre que haya condiciones para su existencia, siempre que las circunstancias políticas de la impiedad y la revolución les den alguna tregua. Además, la vida religiosa es una eterna necesidad del espíritu humano: hay muchas almas que no pueden vivir en medio de la agitación y bullicio mundanos; su constitución particular las hace buscar la soledad y el retiro para poder orar y meditar; otras hay, á quienes la multitud de causas, impiden poder vivir en la sociedad. Los continuos desengaños de la vida mundana, las continuas ilusiones y esperanzas frustradas los tristes naufragios políticos, hacen tomar con frecuencia á muchas personas gran hastío por el mundo y sus vanidades, y grandes deseos del claustro, del convento de la vida, en que reina la paz y tranquilidad de la conciencia; y esta necesidad se siente más en nuestros días, en que no vemos más que intereses positivos, intereses materiales, industria y comercio, dejando en las almas un gran vacío, un gran abismo. Ellas conocen que su corazón les pide un bien infinito, todos los goces y placeres mundanos son insuficientes para satisfacer el ansia de su corazón; solo Dios es el que puede satisfacer las aspiraciones del alma, según aquello de San Agustín, *Inquietum est cor nostrum donec requiescat in te.* La dirección que toma la sociedad actual reclama también imperiosamente la existencia de los frailes, hoy que el socialismo hace estremecer al mundo, hoy que los obreros van aumentando su odio

contra los ricos, hoy que en el pueblo no hay más que sed de goces y de oro, es cuando mayor falta hace el fraile. Este es el único que podía con su ejemplo enseñar la resignación, la paciencia y la moderación á los pobres y á todos los que careciendo de ideas cristianas, están dispuestos á realizar proyectos criminales, cuando las circunstancias les hagan posible su proyecto: solo el fraile es el que podía enseñarles con su predicación y su ejemplo, que el hombre no vive de solo pan, y que al otro lado de la tumba le espera otra vida más feliz, si él sabe soportar con paciencia la presente.

Los gobiernos parecen comprender ya la gran crisis en que se encuentra la sociedad, y que el único remedio se halla en los frailes y por esto empiezan á protegerles: los pueblos que conocen la falta que les hacen los frailes, los reciben con las mayores muestras de alegría y regocijo, y vemos que de día en día van aumentando los conventos de religiosos en el antiguo mundo.

¡Ah si levantaran la cabeza los hombres de la Asamblea Constituyente, de la legislativa ó de la Convención, los hombres de la revolución de 1,789, qué dirían al ver renacer los institutos religiosos, cuando ellos creían haber acabado con la religión católica, con el fanatismo y la superstición! Se llenarían de rabia y de furor y se desesperarían al ver burlados sus intentos. Esto es lo que hace la impiedad moderna, al ver que sus deseos, sus esfuerzos y sus trabajos han sido desvanecidos como el humo por el Señor, que toca los imperios y las naciones, y las reduce á la nada; cumpliéndose exactamente las palabras de la Escritura: *Peccator videbit et irascetur, dentibus suis fremet et tabescet: desiderium peccatorum peribit.*

Hubo entre nosotros, hasta nuestros días frailes ilustres, y sería hacer un insulto á la verdad el negar á las comunidades religiosas esta gloria que fué, á no dudarlo, la principal causa porque se retardó el golpe que después les sobrevino. Pero ¿qué son algunos miembros llenos de salud cuando el mal reside en la

fuente de la vida? ¿qué son algunas columnas firmemente cimentadas cuando se desmorona la parte principal del edificio?

Hubo hasta nuestros días frailes eminentes—nos complacemos en repetirlo—frailes dignos de aspirar al prestigio que ejercieron sus mayores debido solo al mérito, y que ellos pudieron alcanzar caminando por la misma senda; no lo hicieron, y sin embargo bien pudieron haberlo hecho. Aún en esta parte los franciscanos tenían ejemplos que imitar y eran los que les dejaron los venerables religiosos de su orden que florecieron en el siglo decimoséptimo, en lo que llamamos nosotros la segunda edad del instituto en nuestro país.

Ya por ese tiempo había ocurrido una modificación importantísima en la condición de la orden seráfica, que la constituyó en una nueva existencia. Por una medida de la autoridad, sobre cuya conveniencia no disputaremos, gran parte de los pueblos donde los religiosos ejercían la cura de almas, quedó sujeta á la jurisdicción de los diocesanos, y en consecuencia los feligreses de aquellos pasaron á serlo del clero secular. Reducidos de este modo los franciscanos á los conventos de las principales poblaciones, se limitaron en lo general á esa vida sedentaria, esencialmente monástica, y bajo cierto aspecto infecunda, según los modernos políticos, que observaron hasta nuestros días. Mezquina á la verdad era esta esfera; pero no tal que fuese un obstáculo á las nobles empresas; abierto quedaba todavía un vasto campo á los vuelos del pensamiento, y á los sublimes arranques del celo apostólico: en comprobación de lo dicho citaremos las fundaciones de nuestras custodias y provincias en las regiones septentrionales del territorio mexicano, y las crónicas que entonces se escribieron, producciones notables, hijas del amor, á la verdad, que son las fuentes más puras de nuestra historia, y los fructuosos viajes de algunos misioneros que desdeñando el reposo de la celda, partían á remotos países á buscar almas para comunicarles la luz del Evangelio.

Estos varones distinguidos son los que pudieron

servir de norma á los demás: entre ellos se señalaron los que emprendieron sus misiones sin auxilio humano, impelidos solo por su propio esfuerzo, guiados de la caridad como los primeros discípulos de Jesús, y entre ellos también descolló el venerable religioso cuya vida bosquejamos á continuación.

✦ El Venerable Padre Margil. ✦

En uno de nuestros frecuentes viajes á la capital la curiosidad nos condujo una tarde á la nueva calle bautizada con el glorioso nombre de *la Independencia*, para visitar una casa que formaba parte del convento de San Francisco.

Hay algo verdaderamente interesante en esa rápida transformación que reciben algunos edificios antiguos de México al impulso del dedo de la reforma. De la noche á la mañana vemos convertidos los anticuados monumentos de ayer en elegantes monumentos de hoy; los muros toscos, irregulares, desaliñados y hasta informes abortados por una arquitectura sin arte y caprichosa, ceden el puesto á edificios de formas correctas y graciosas donde se admiran esa sobriedad de ornamento, ese primor sencillo que revelan las obras de un gusto más adelantado. Pero toda la gala, pulidéz y refinamiento que distinguen á las nuevas construcciones no bastan á darles el sello especial, el prestigio, el ímán de las que han resistido incólumes el embate de los siglos; y cuando hemos visto á varias personas lamentarse en presencia de los escombros de un claustro ó de una Iglesia hemos respetado su sentimiento, porque estamos ciertos de que en la mayor parte no es fruto de una devoción exajerada ó de las antipa-

barbarie que los conquistadores del imperio de Occidente trajeron á Europa; en primer lugar, convirtieron á la religión cristiana á los bárbaros, y con este dieron un gran paso en la civilización europea. Pero estos bárbaros, aun despues de convertidos, conservaban apego á sus hábitos duros y feroces. Así es que ellos no veían en el pueblo vencido á sus hermanos, solo veían en él á un pueblo de condición baja y servil, que había de estar sujeto á la voluntad tiránica y despótica de sus señores; estos ejercían sobre el pueblo toda clase de vejaciones y demasías, pero tambien remediaron los frailes estos males; ellos admitieron en sus congregaciones al pueblo bajo, y aún á los esclavos, y de este modo elevaban á estos seres miserables á la condición y categoría de sus señores, á causa de su carácter y misión superior. Los religiosos hallábanse además en relaciones con la clase noble y elevada de la sociedad, á causa de su ilustración y ciencia, y al mismo tiempo con la clase baja y pobre por razón de su ministerio y humildad de vida. Pues bien, ellos que veían en el pueblo á sus padres, á sus hermanos, á sus parientes, debieron emplear toda clase de influencia con los ricos, para evitar el despotismo y tiranía de estos; debieron emplear todos los resortes para suavizar la ferocidad y dureza de los señores, y así sucedió y los señores y barones empezaron á proteger la debilidad y flaqueza. El fraile es el que relacionó entre sí estas dos clases tan opuestas, porque era el verdadero intermediario entre ellas, ya que tocaba por un lado con la elevada, y por otro con la baja; por falta de este intermediario se halla hoy tan desequilibrada la sociedad, y hay tan gran pugna entre los pobres y los ricos. El rico hoy no quiere más que gozar y emplear sus riquezas en lujo y en placeres sin acordarse de que hay pobres que apenas pueden alcanzar el preciso sustento; el rico hoy considera al pobre como un ser vil y despreciable, que no merece tan solo que se le dirija una mirada compasiva. El pobre que conoce esta opresión, no vé en el rico sino á su mayor enemigo, y no piensa más que en revueltas y huelgas para sacudir

el yugo de este. De aquí esas corrientes de socialismo, que amenazan hoy á la Europa entera y por eso es hoy euando mayor necesidad se siente de los frailes.

Finalmente, las órdenes mendicantes salvaron á la civilización europea de la corrupción, inmoralidad y barbarie de las sectas pestilenciales que aparecieron en aquel tiempo. Había recibido ya la Europa un gran impulso, debido á la acción civilizadora de la Iglesia; ya empezaban á formarse las naciones bajo los usos, costumbres, leyes é instituciones cristianas; ya había esparcidos en la sociedad multitud de elementos de civilización y cultura, producidos por la influencia cristiana, cuando hé aquí que este nuevo mundo, formado por el cristianismo, se vió amenazado en su existencia por infames y corrompidas sectas, que explotando la ignorancia y credulidad de las masas, tendían bajo la capa de religión á esparcir la licencia más desenfrenada. Entonces aparecieron los *cátaros*, *valdenses*, *patarinos*, *albigenses*, *pobres de león* y otros, cuyo fanatismo era tal, que se valían de la religión para impulsar á la multitud á los mayores excesos; entonces es cuando se vió zozobrar la civilización europea, porque estas sectas tendían á introducir ideas y costumbres contrarias á las que el cristianismo enseñaba, porque tendían á destruir los lazos de la familia, á destruir la autoridad de la Iglesia, y á sumir á la Europa en la superstición y el fanatismo, que la hubiera vuelto al primitivo estado de donde había salido. Pero tambien entonces aparecieron las *Órdenes mendicantes*, y evitaron que la Europa se sumiese en la corrupción y barbarie. En efecto, los frailes, hallándose en contacto con la sociedad y con el pueblo, y dando ejemplos de gran abnegación y penitencia, combatieron la inmoralidad y corrupción, y al mismo tiempo, dedicándose al estudio y á la predicación, supieron pulverizar el error con su doctrina, y destruir las pestilenciales sectas.

Por lo hasta aquí dicho, queda destruida la segunda acusación que se dirige á los frailes, de ser *enemigos de la humanidad*, de urdir tramas para perderla, de mantener relaciones con los Reyes para tiranizarla,

fuente de la vida? ¿qué son algunas columnas firmemente cimentadas cuando se desmorona la parte principal del edificio?

Hubo hasta nuestros días frailes eminentes—nos complacemos en repetirlo—frailes dignos de aspirar al prestigio que ejercieron sus mayores debido solo al mérito, y que ellos pudieron alcanzar caminando por la misma senda; no lo hicieron, y sin embargo bien pudieron haberlo hecho. Aún en esta parte los franciscanos tenían ejemplos que imitar y eran los que les dejaron los venerables religiosos de su orden que florecieron en el siglo decimoséptimo, en lo que llamamos nosotros la segunda edad del instituto en nuestro país.

Ya por ese tiempo había ocurrido una modificación importantísima en la condición de la orden seráfica, que la constituyó en una nueva existencia. Por una medida de la autoridad, sobre cuya conveniencia no disputaremos, gran parte de los pueblos donde los religiosos ejercían la cura de almas, quedó sujeta á la jurisdicción de los diocesanos, y en consecuencia los feligreses de aquellos pasaron á serlo del clero secular. Reducidos de este modo los franciscanos á los conventos de las principales poblaciones, se limitaron en lo general á esa vida sedentaria, esencialmente monástica, y bajo cierto aspecto infecunda, según los modernos políticos, que observaron hasta nuestros días. Mezquina á la verdad era esta esfera; pero no tal que fuese un obstáculo á las nobles empresas; abierto quedaba todavía un vasto campo á los vuelos del pensamiento, y á los sublimes arranques del celo apostólico: en comprobación de lo dicho citaremos las fundaciones de nuestras custodias y provincias en las regiones septentrionales del territorio mexicano, y las crónicas que entonces se escribieron, producciones notables, hijas del amor, á la verdad, que son las fuentes más puras de nuestra historia, y los fructuosos viajes de algunos misioneros que desdeñando el reposo de la celda, partían á remotos países á buscar almas para comunicarles la luz del Evangelio.

Estos varones distinguidos son los que pudieron

servir de norma á los demás: entre ellos se señalaron los que emprendieron sus misiones sin auxilio humano, impelidos solo por su propio esfuerzo, guiados de la caridad como los primeros discípulos de Jesús, y entre ellos también descolló el venerable religioso cuya vida bosquejamos á continuación.

✦ El Venerable Padre Margil. ✦

En uno de nuestros frecuentes viajes á la capital la curiosidad nos condujo una tarde á la nueva calle bautizada con el glorioso nombre de *la Independencia*, para visitar una casa que formaba parte del convento de San Francisco.

Hay algo verdaderamente interesante en esa rápida transformación que reciben algunos edificios antiguos de México al impulso del dedo de la reforma. De la noche á la mañana vemos convertidos los anticuados monumentos de ayer en elegantes monumentos de hoy; los muros toscos, irregulares, desaliñados y hasta informes abortados por una arquitectura sin arte y caprichosa, ceden el puesto á edificios de formas correctas y graciosas donde se admiran esa sobriedad de ornamento, ese primor sencillo que revelan las obras de un gusto más adelantado. Pero toda la gala, pulidéz y refinamiento que distinguen á las nuevas construcciones no bastan á darles el sello especial, el prestigio, el ímán de las que han resistido incólumes el embate de los siglos; y cuando hemos visto á varias personas lamentarse en presencia de los escombros de un claustro ó de una Iglesia hemos respetado su sentimiento, porque estamos ciertos de que en la mayor parte no es fruto de una devoción exajerada ó de las antipa-

hermoso camarín que está detrás del altar mayor, es debido á la generosidad y beneficencia del R. V. Don Juan Caballero y Osio, que lo hizo á sus expensas.

La iglesia principal, que es de un tamaño proporcionado, está bien adornada de colaterales, y tiene contigua una hermosa capilla con tres puertas, por donde se comunica con ella, y ambas tienen su fachada hacia el poniente. El colegio es bastante amplio y cómodo para la habitación de los religiosos; tiene una famosa librería, con obras muy selectas y apreciables; en el día ascienden sus libros al número de siete mil y tantos volúmenes.

Veneranse en la iglesia algunas imágenes notables, entre otras, una de María con Jesús niño en los brazos, obra de pincel romano; otra, que es una escultura napolitana y representa al niño Jesús, la cual donó la señora duquesa del Infantado al P. Fr. Antonio Linaz cuando vino á fundar el colegio apostólico; y la otra, que es un Santo Cristo de marfil, de vara y tres cuartas, muy bien trabajado, que dió á los religiosos el Sr. D. Toribio Cosío, marqués de Torre-Campo, gobernador que fué de Filipinas, el año de 1731 que pasó para esa ciudad cuando se restituyó á España.

Pero el objeto más preciado que atesora la iglesia, en que cifran su orgullo los queretanos, y que ha dado nombre al colegio, es la Cruz de piedra, llamada *de los milagros*, que se venera en el altar mayor. Está formada de cuatro piedras rojas que, según la tradición, fueron encontradas en la loma vulgarmente llamada de *Sangremal*, el año de 1531, en que conquistaron la ciudad los españoles al mando del cacique otomí D. Fernando de Tapia.

A este colegio llegó nuestro Margil el día y año antes apuntados, y desde luego se dedicó á las tareas de su santo ministerio, preparándose en el retiro con el estudio incesante de la sagrada Escritura. Por el espacio de cuatro meses se le vió trabajar sin descanso; eligiendo para teatro de sus predicaciones era la ciudad de Querétaro, ora la de México, y ora finalmente, varias otras poblaciones de inferior categoría, pu-

diendo con verdad asegurarse que fueron pocas las que no se conmovieron á la insinuante voz del apóstol.

Pero este era un campo bien estrecho para el ardiente celo que le animaba, y la Providencia le había destinado á recorrer otro incomparablemente más vasto. Por el mes de Marzo del mismo año se le intimó la orden del superior para que con otros tres compañeros pasase á evangelizar á los pueblos de la dilatada provincia de Yucatán. Pónense en camino de dos en dos; llegan á Veracruz; recojen colmiados frutos en esta ciudad; embárcanse para Campeche, y desde este puerto siguen peregrinando hasta Mérida capital entonces de la provincia y hoy del Estado de Yucatán.

IV

¿Habeis escuchado ese canto melancólico que entonan los labradores en las haciendas antes de dar principio á sus tareas diarias y poco despues de finalizarlas?

La oscuridad, como un velo fúnebre, se estiene sobre el valle y da á las montañas el aspecto de negros murallones.

Todo yace en profundo silencio: el cenizolli duerme todavía en las intrincadas ramas del mezquite, y el brillante colibri no vuela zumbando por cima de los floridos matorrales.

Mirase en el horizonte una cinta indecisa de apacible lampo, mas no es todavía el primer albor de la mañana. Brillan los luceros en todo su esplendor y en la inmensa bóveda del cielo reina una calma imperturbable, una calma que envidia el corazón y le obliga á suspirar.

Una casa de apariencia rústica, pero de sólida construcción, se levanta hácia la falda del vecino collado: rodéanla una muchedumbre de cabafias, asomando el techo de palma por entre los plantíos de nopales y magueyes.

De uno de esos pobres albergues sale una luz rojiza, aprovechando los espacios que dejan entre si

los mal unidos juncos de que están formadas las paredes: prodúcela la llama del hogar, cerca del cual se dispone á salir un hombre de semblante altivo y formas robustecidas en la escuela del trabajo; su esposa é hijos duermen tranquilamente.

Después de algunos minutos este hombre, que es el mayordomo de la hacienda, pasa de choza en choza despertando á los operarios, deteniéndose á la entrada del cercado de cada habitación, y saludando á cada uno de aquellos con un prolongado; ¡Ave Maria Purísima!

Finalmente, reunidos en el patio de la casa de la hacienda todos los peones, cargados con los instrumentos de labranza respectivos, de en medio del concurso se levanta una voz sonora que entona el primer verso de un himno religioso. Esta voz es grave y tierna como el dolor, como la esperanza próxima á desvanecerse.

Siguenla en coro las de los otros campesinos, y alternándose de ese modo el coro y la voz principal llegan al fin del sagrado canto, que parece una queja sostenida y vigorosa, un gran gemido compuesto de gemidos, y el himno del quebranto y la resignación, en cuya melodía van envueltos los corazones como una ofrenda al supremo autor de la felicidad.

Así cantan nuestros labradores antes de que la selva suspire commovida por el céfiro, antes de que el oriente se illustre con los primeros asomos de la aurora, y antes de que las flores desplieguen la brillante corola para tributar al cielo su fragancia.

Este cántico, que resuena á la misma hora en todos los distritos agrícolas de nuestro país es el *alabado*.

Baña después el sol la inmensidad del espacio en mares de esplendor y gloria. Las sombras se refugian á los pliegues de la vestidura de las montañas; y mientras el hombre riega la tierra con el sudor de su frente, empuñando la esteva y caminando al paso del robusto buey, compañero de sus fatigas, los árboles del valle mueven perezosamente la olorosa cabe-

llera, y las aves, llenas de júbilo, circulan en bandadas por el cielo, formando coros armoniosos: las aves son los ángeles del aire.

A la bochornosa siesta suceden horas más apacibles. El sol declina al ocaso, y ocultándose después tras la montaña, deja en pos de sí el crepúsculo como la memoria aún fresca de la felicidad que acaba de pasar.

Los objetos empiezan á cubrirse con una gasa sombría: vuelve el silencio á dominar en montes y valles; el ave atraviesa el aire en tardo vuelo, sin trinar, buscando el árbol donde ha de reposar durante el imperio de las sombras, y la campana suspendida en la torre del lejano pueblo se asocia vibrando en la melancolía del alma, produciendo una voz triste y apacible como un adiós á la luz.

En estos momentos vuelven los cansados labradores á congregarse para repetir el himno que entonaron en la mañana. Pero ¡cuán diverso carácter tiene el alabado á estas horas! Si alguna vez lo habeis escuchado al llegar á hospedaros en la hacienda después de caminar durante un día entero, ó si tal vez morando en la ciudad habeis enderezado los pasos hácia algún sitio de los alrededores que conserva para vos alguna memoria sagrada y al volver del paseo os sorprende la noche cerca de la finca en los momentos en que los labradores están juntos para representar la tierna escena de que vamos hablando, ¿á qué pretender recordaros la impresión que causó en lo íntimo de vuestra alma? ¿á qué intentar reproducir una imágen que está viva, y que adoráis en secreto siempre que pensais en la suerte de esos mortales beneméritos que riegan con sus sudores y á veces con lágrimas un suelo ingrato, para obligarle á producir el pan que nos sustenta, que nos sustenta quizá sin merecerlo?

Juntos los campesinos en el lugar indicado, dejan oír de nuevo la voz que en la mañana era un lamento, y hoy es el canto animado, vibrante, triunfal del agradecimiento y de la dicha. Con él espresan el regocijo por la victoria alcanzada sobre la tierra me-

tías de partido, sino de la inclinación natural á comparecer lo que fué por mucho tiempo y deja de existir. El hombre se encariña con las ruinas, porque ve en ellas una imágen de su destino, y porque en la destrucción de un monumento llora su propia destrucción.

Pero la casa de que hablábamos no es propiamente un edificio nuevo, ni aún siquiera transformado. Si prescindis de la fachada, que es bien pobre, y del patio enteramente ocupado por la base de la escalera que conduce al piso superior, todo lo demás conserva las facciones de su primitiva existencia; es un fragmento de monasterio separado del resto de una calle; todo en él se halla en el mismo estado que tenía cuando era de los religiosos; los mismos claustros prolongados y oscuros, el mismo aspecto vetusto, y la misma sucesión de celdas con sus puertas alineadas y numeradas en la parte superior como las páginas del libro del tiempo.

Solo una cosa ha huido para siempre de aquel melancólico recinto, y es el silencio: el ruido que forma el ir y venir de los moradores, las voces y risas de estos, contrastan singularmente con la adusta configuración de la casa que descubre á primera vista su origen cenobítico.

Esta parte del monasterio era la enfermería, ó por lo ménos un departamento de ella. Sabíamos por la historia que allí falleció el venerable P. Fr. Antonio Margil, y el deseo de conocer el lugar donde ocurrió ese suceso nos hizo enderezar los pasos á la casa y en seguida al aposento número 6 de la misma. Habitaba en él un anciano pobre, de maneras francas, que parecía estimar debidamente la fortuna de vivir bajo aquel techo precisamente en el ángulo donde el buen religioso exhaló el último suspiro, y mostraba por ello una gran satisfacción.

En la pared correspondiente á la cabecera, y á unos dos metros del suelo, se ve pintado el retrato del santo misionero, y á su pie leímos la siguiente inscripción:

*Verdadero retrato del venerable
P. Fr. Antonio Margil de Jesús
misionero apostólico, el cual falleció en este sitio y convento
de N. P. San Francisco de México,
el día 6 de agosto de 1726
años, á 70 de edad.*

Desde esa fecha á la presente ha transcurrido más de un siglo, durante el cual han bajado á la huesa no pocas de esas oleadas de vida que llamamos generaciones, no pocos de esos hechos que nacen y mueren aspirando inmerecidamente á la inmortalidad, no pocas de esas ambiciones de humo que suelen usurpar el nombre de gloria, y en una palabra, no pocas de esas miserias que brindan á los humanos la escasa copa de la dicha de un día. Entre tanto, ha vivido y vive la memoria de un fraile que, por el contrario, si algún deseo vehemente abrigaba con respecto al mundo, era atravesar por él obrando bien, pero ignorado..... ¡Privilegio envidiable de la virtud! Ella no busca recompensas, porque en sí misma tiene siempre su más preciado galardón; hace su peregrinación sobre la tierra con la mirada fija en Dios y derramando á su paso raudales de consuelo; y al emprender el camino á las estrelladas regiones de la bienaventuranza, deja en pos de sí una fragancia divina que jamás disipa el viento del olvido.

Dicha nuestra ha sido aspirar la que exhalan las virtudes del venerable Margil de Jesús, y toma creces esa dicha al reflexionar que no faltan en la generación presente corazones que las estimen, y para quienes no estarán de sobra las pocas líneas que sobre la vida del héroe vamos á trazar.

I

En la mañana del 6 de Junio de 1683 hubo una gran conmoción en la ciudad de Veracruz.

Avistóse en el mar una flota que si bien parecia procedente de España por traer los buques bandera de

esa nación, se temió con fundamento no lo fuera mas que en apariencia.

Pocos dias antes se había hecho á la vela el famoso Lorencillo despues de saquear la ciudad, cometiéndolo todo género de crímenes, y como tras un mal viene otro, recelaban los moradores que las naves que entonces se acercaban al puerto no fuesen portadoras de otros ó de los mismos piratas.

No era así á la verdad.

En la tarde del mismo dia todos estaban ya ciertos de que aquella flota era la que se esperaba de la Península desde principios del mes anterior, y entre los navegantes se contaban algunos misioneros que venian destinados al colegio de la Santa Cruz de Querétaro, recientemente fundado.

Uno de estos varones apostólicos era Fr. Antonio Margil de Jesús.

Después de llorar sobre el pasado infortunio de la población donde había encontrado hospitalaria acogida, sin embargo de estar desolada, obedeciendo la orden de su prelado que lo era el R. P. Linaz, se puso en camino para lo interior del país acompañado de otro sacerdote, á pie, y como dice su biógrafo, con solo el breviario, un báculo y un santo Crucifijo, sin otro subsidio, esperando el sustento de la Providencia divina.

Todo este viaje fué una continua predicación.

Notables fueron los frutos que alcanzaron los misioneros en Cotastla, Huatusco, San Marin, San Salvador el Verde y San Juan del Rio si bien los compraron á costa de mil penalidades, pues siendo entonces como era tiempo de aguas y extraviándose varias veces por aquel suelo que no conocian, se veian cuando menos lo pensaban sumergidos en pantanos y precisados á que la ropa se les orease en el cuerpo, no trayendo otra túnica de remuda.

Finalmente, asociados en San Juan del Rio á otros tres misioneros llegaron al expresado convento de Querétaro á 13 de Agosto del mismo año.

II

Veinte y seis antes, el 18 de Agosto de 1657 nació en Valencia un niño que había de ser el blasón mas illustre de todo su linaje, y que era entonces la delicia de sus padres, personas decentes aunque de mediana fortuna.

Las familias, dice un escritor, suelen tener muchos altos y bajos desde su primer origen, variándose los sucesos según se alternan los tiempos. Sufre la sangre encañada en las venas las desigualdades que el agua oculta en sus arcaduces, que ya sube á los mármoles, ya se abate á los riegos, sin que pierda lo claro la profundidad á que se humilla, la alteza de quien tuvo su origen. Nadie es tan mucho que haya dejado de ser nada, ni es tan poco que no haya sido mucho. Ha muchos dias que se tratan hermanablemente buena sangre y mala fortuna, pues no son los hombres nobles por solo ser ricos, ni menos illustres por estar colocados en la categoria de los pobres."

Desde sus primeros años mostró el niño excelente índole, y como debió al cielo la dicha de una madre virtuosa, empezó conforme iba creciendo á recibir en su tierna alma las semillas del bien, que germinando más tarde, produjeron esas flores divinas con que la veremos después engalanada.

Los escasos medios de subsistencia de su familia no fueron parte á impedir recibiese una decente educación, literaria, sin descuidar por ello las prácticas piadosas á que era singularmente inclinado: ¿qué alma sensible, nacida en el seno de la religión cristiana, no se ha hallado en el mismo caso cuando al salir de la infancia empieza á presentir las misteriosas borrascas de la juventud? ¿quién es el que no recuerda, como uno de los goces más cumplidos de su primera edad, esas horas de entusiasmo religioso en que se extasiaba al escuchar en el santuario las graves armonias del órgano, y el canto del anciano sacerdote celebrando las glorias del Eterno?

Creció el niño, y ya jóven de diez y seis años pasó á esconder su vida al convento de recolección de franciscanos de la misma ciudad, llamado de la Corona de Cristo por conservar como preciosa reliquia la mitad de una espina de la corona de Jesús. Hecha su profesión, la obediencia al prelado le condujo al convento de Denia á proseguir los estudios que comenzara en su niñez; y aprovechando notablemente en la filosofía, se creyó conveniente que volviese, como volvió, al de la Corona á seguir el curso de ciencias teológicas.

Ordenado de presbítero pasó á vivir al monasterio de Santa Catarina de Onda para dar principio al noble ejercicio de la predicación, en que había de adquirir tantas excelencias. Allí en el retiro y silencio del claustro, fué donde escuchó en lo íntimo de su alma una voz que le llamaba á ejercer su apostólico ministerio á las apartadas regiones de occidente. Cedió al hechizo de esa voz celestial, y en breve le vemos tomar el camino de Cádiz, donde se embarca para México: no pierde tiempo durante la navegación que fué de noventa y tres días empeñándose por medio de pláticas y sermones en mejorar las costumbres de los pasajeros; y aportando en fin á las playas de Veracruz, emprende su viaje á Querétaro. Este misionero no era otro que el V. P. Fr. Antonio Margil de Jesús.

III

El colegio apostólico de la Santa Cruz de Querétaro ha gozado siempre de tanta nombradía, que se nos echaría en cara como una omisión imperdonable el no consagrar algunas líneas á su historia, particularmente cuando la circunstancia de contar entre sus fundadores á nuestro héroe, le hace merecedor de perdurable memoria.

Su iglesia fué la primera que hubo en la ciudad, y fué así mismo la primitiva parroquia, pues según nos informa el curioso libro titulado *Glorias de Querétaro*, "en ella se bautizaban, casaban y enterraban los que se convirtieron del gentilismo, hasta que se mudó al

lugar donde se halla hoy el convento grande capitular de N. P. S. Francisco."

"Se hizo la primera vez (continúa el libro citado) en el año de 1531 una pequeña ermita de ramas y materiales campestres, en donde se dijo la primera misa el día de Señora Santa Ana, 26 de Julio del mismo año: se hicieron también del mismo material algunas pequeñas celdas para los pocos religiosos y ministros que había; y una vivienda contigua que sirvió de hospital para curación de los indios. Habiendo mudado los religiosos el convento, como dijimos, con el tiempo se consumió la primera ermita, dentro de la cual estaba colocada la milagrosa Cruz de piedra; con esto estuvo algunos años esta preciosa reliquia en campo descubierto, obrando muchos y grandes prodigios. La repetición de éstos movió la piedad de los fieles, y á instancias de los religiosos franciscanos se fabricó una ermita de carrizo y tejamanil (tablilla), la que á los cuatro años se mejoró de cal y canto, con techo de madera. Así se conservó esta iglesia hasta el año de 1,654, en que vencidas varias dificultades y controversias, y conseguida licencia del rey, se fabricó de nuevo una iglesia más capáz, con un convento anexo á ella para los religiosos que cuidaban de la santa Cruz, el que sirvió un poco de tiempo de enfermería de la santa provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán; y el año de 1666, estando ya enteramente concluido el convento con todas las oficinas necesarias, lo destinó dicha provincia para casa de recolección, con el título de San Buenaventura; hasta que por fin el año de 1,683 se entregó á los padres apostólicos para que fundaran en él un colegio de misioneros de *propaganda fide*, por bula del Sr. Inocencio XI de 8 de Mayo de 1682, el que hasta el día se conserva sin haber decaído un punto de su primitivo fervor y exactísima observancia.

"La fábrica material del colegio y de la iglesia ha tenido muchos y grandes aumentos desde el año de 1,683, hasta el presente (1802) el complemento del crucero de la iglesia, del coro, de la sacristía y del

diante el trabajo, el deseo que pronto van á satisfacer, de tornar á su pacífica morada, donde gustarán las delicias de la familia, y tal vez la esperanza de mejorar de condición para proporcionar una existencia menos penosa á sus hijos.

¡Oh! bien haya el que inspiró á los hombres del campo la idea de juntarse diariamente para llorar ó bendecir! ¡Bien haya el corazón piadoso que inventó tan inocente y suave melancolía! ¡Y bien haya mil veces el humilde religioso, P. Margil de Jesús, que al introducir esta costumbre entre los labradores, les enseñó el modo más adecuado y bello para pedir al cielo favor, ó para significarle su reconocimiento por medio de un canto tierno y sencillo, que es al mismo tiempo un himno y una plegaria!

V.
Si, el P. Margil fué el inventor del alabado que, como ha dicho muy bien un escritor, es nuestro verdadero canto nacional.

Entonábalo al entrar en los pueblos, y así publicaba su misión; así anunciaba que el enviado por Dios ponía las plantas en aquellos lugares, y que bien pronto iba á hacer resonar la palabra de vida.

Descalzo y sin más armas que el Crucifijo recorrió con el P. López, religioso de la misma orden y su inseparable compañero, gran parte de la provincia antes mencionada. Pasó despues á Tabasco, y á Ciudad Real; en seguida á Guatemala y á todos los pueblos de la costa y sierra que dan al mar del sur, á la Talamanca y á los térrabas, á la provincia de la Vera Paz, á las montañas donde habitan los apóstatas choles del Manché y al país de los indómitos lacandones.

En todas partes se atraía las voluntades por medio del ejemplo y de la predicación: su presencia era la de un mensajero de paz y caridad y dejaba al ausentarse el germen de las buenas costumbres juntamente con la memoria suavísima de una virtud acrisolada.

Los pueblos por su parte acogian á los ministros del Evangelio con vivas demostraciones del más puro entusiasmo. "Conmovianse (dice el P. Espinosa, biógrafo de nuestro Margil.) los circunvecinos pueblos con tal extremo, que sucedió tal vez congregarse por los caminos cuatro mil indios, saliendo desalados de sus chozas, por acompañar á estos dos varones memorables. Quisieran demostrar lo crecido de su afecto y veneración, y desgajando verdes ramas de los árboles, las llevaban en las manos muy festivos: y por la multitud frondosa que se movia, pudo parecer, ó que se trasladaban de una á otra parte las selvas, ó que, como se le representaron al ciego del Evangelio, caminaban los hombres como los árboles. Afligianse los humildes misioneros con demostraciones tan extrañas, y á fuerza de ruegos, persuasiones y amenazas cortaron el hilo á estos piadosos escesos, protestando no saldrían de los pueblos hasta que arrojasen al campo las ramas por obviar semejantes emulaciones en los vecinos.

VI.

Sin embargo, no en todos los lugares que visitaron durante su peregrinación apostólica, tuvieron igual acogida. Poblaciones hubo entre infieles donde al entrar eran saludados con una lluvia de piedras y saetas, salvando la vida por uno de aquellos sucesos, cuyo secreto se reserva la Providencia.

Predicando entre los salvajes de la Talamanca llegaron á una ranchería, donde maltratados de mil maneras á cual mas punzantes estuvieron á punto de ser matados de hambre; entre los lacandones iban á ser pasto de aquellos canibales; y puede afirmarse sin exageración, que sus peregrinaciones entre los gentiles fueron un continuo peligro, llegando hasta el extremo de que, hipócritamente obsequiados en algún palenque (aduar de los naturales) con varias frutas, recibieron oculto en ellas un fatal veneno, de cuya acción, no obstante, se vieron milagrosamente libres. Asegúralo así el mismo P. Margil en una carta, en que ha-

tro poco antes de sus predicaciones, le esperaba la muerte.

IX

Este último viaje se verificaba hacia fines del mes de Julio de 1726. El 6 de Agosto del mismo año, el venerable religioso pasó á mejor vida.

Pintar las circunstancias de su fallecimiento, es tarea inútil: su muerte fue la muerte del justo. Al anuncio de este doloroso suceso, la capital se conmovió como herida de una calamidad repentina, y nadie se mostraba dispuesto á creer lo que realmente había pasado en la celda de que hablamos al principio. Una de las mas tristes ilusiones del hombre es imaginarse que el bien ha de ser eterno en la tierra.

Acudían todos al convento de San Francisco á tributar el último homenaje de respeto y gratitud á unos restos queridos, que pronto iba la tierra á esconder en su seno. El cuerpo del digno misionero fué espuesto en la iglesia á la admiración pública. Llamaban la atención por su hermosura el rostro, modestamente inclinado hácia el pecho, y los pies, que sellaba la piedad con mil ósculos, bañándolos en llanto; aquellos piés siempre prontos á caminar adonde había desgraciados á quienes dispensar consuelo, y que descalzos no habían temido hollar las sierras más ásperas de México y Guatemala.

Asistieron al funeral el virey, la audiencia, los tribunales, la clerecía, y en una palabra, todo lo más florido de la sociedad mexicana y todos aclamaban por santo al venerable Margil, todos pregonaban á voces las virtudes en que más se había señalado; y eran estas manifestaciones tan espontáneas y entusiastas, que habían bastado en los primitivos tiempos de la iglesia, para canonizarle.

Los condes del Valle de Orizaba, D. José Hurtado de Mendoza y D^a. Graciana Vivero, cedieron para sepultura del venerable cuerpo una bóveda que poseían bajo el presbiterio, al lado que llaman del Evangelio.

He aquí la inscripción que entre láminas de estaño se dejó encerrada en el sepulcro.

Hic jacet sepultus V. Servus Dei
P. F. Antonius Margil Missiona-
rius, Prefectus et Guardianus
collegiorum de propaganda fi-
de Sanctae Crucis de Querétaro,
Sanctissimi Crucifixi de Guate-
mala, et Sanctae Mariae de Gua-
dalupe in hac Nova Hispania erec-
torum: fama utique virtutum, mi-
raculorumque illustri:
obiit in hoc percelebri
mexicano conventu
die VI augusti anno
Dni M. D C C. XXVI.

Traducida la anterior inscripción, es como sigue:

"Yace aquí sepultado el venerable siervo de Dios fray Antonio Margil, misionero, presidente y guardián de los colegios de propaganda fide de la Santa Cruz de Querétaro, del Santísimo Crucifijo de Guatemala, y de Santa María de Guadalupe fundados en esta Nueva-España; varón en gran manera ilustre por la fama de sus virtudes y milagros. Murió en este insigne convento de México—el día 6 de Agosto del año del Señor de 1,726"

X.

Difícil es encerrar en los estrechos límites de una inscripción el relato de los hechos notables y de los rasgos característicos de un hombre virtuoso, pero en la que acabamos de leer, no solo se nota esa falta por los términos generales en que está redactada, sino que se omitió en ella precisamente lo primero y más bien dicho, lo único que debía haberse expresado. Háblase vagamente de virtudes y milagros, y no se llama la atención hácia el distintivo de nuestro héroe, el espíritu altamente evangélico de que estaba animado, que le hacía arrostrar con frente serena los mayores

peligros por llegar á su objeto, y en virtud del cual ejecutaba hechos que se pueden poner en parangón con los de los primeros apóstoles.

¿Será que esta prenda, verdaderamente singular en aquel tiempo, no fuese estimada en todo su valor? ¿Se creería acaso que la vida de un religioso no podía emplearse de una manera más digna que administrando sosegadamente los sacramentos en los templos de las ciudades?

No, sin duda; y la prueba es, que el venerable Margil fué objeto en vida y muerte de las más vivas simpatías, y que su memoria ha sido honrada hasta nuestros tiempos con todo el amor y veneración que se tributa á los varones beneméritos; se ha tratado de su beatificación, según veremos después; han escrito su biografía plumas tan gallardas como las de los PP. Espinosa, Villaplana, Arriçivita, y el P. Fray José M. Guzmán, postulador de la causa de beatificación y canonización del mismo venerable Padre, quien mandó imprimir un extracto de su vida, escrito en italiano, en Roma en la imprenta de las Bellas Artes en 1836. 4º y además Larrañaga le ha cantado en versos latinos, pues tal es el asunto de la *Margileida*, y el Lic. D. José M. Moreno, ilustre Queretano, en una oda.

Ahora bien, si tanto amor, si tanto entusiasmo ha escitado en los corazones de seglares y eclesiásticos, ¿cómo es que su vida ha tenido tan pocos imitadores? ¿qué obstáculo invencible se ha presentado para que siguiesen sus huellas tantos regulares que verdaderamente eran dignos y capaces de esa gloria?

El espíritu del siglo actual, dicen algunos, todo lo corrompe y envenena; es un viento helado y asolador que estingue las más nobles aspiraciones y sofoca en germen los más valientes impulsos: esta es la causa principal de la decadencia de los institutos monásticos.

Pero ¿qué tiene que ver el espíritu del siglo con unos hombres que se apartan del mundo precisamente para contrariar con sus doctrinas y ejemplo la influencia de ese mismo espíritu que suponen tan dañador? ¿ó es otro el objeto de la vida del claustro? ¿Ha

sido diverso respectivamente en tiempos anteriores? ¿No es un hecho que el mal siempre ha existido, y que á combatirlo es á lo que se han consagrado en la antigüedad los filósofos y después los discípulos de Jesús, mayormente los que como religiosos, han adoptado una vida mas austera? ¿Y no es también un hecho que estos divinos atletas han triunfado? ¿Por qué no pudo suceder lo mismo en nuestros días?

Luego el espíritu del presente siglo, dado que se le identifique con el mal, no es la barrera incontrastable que se opone al desarrollo de la acción del bien, y por lo mismo de las virtudes apostólicas.

Otro ha sido el adversario de ese desarrollo, y es, la falta individual y colectiva de perseverancia en el fervor primitivo; eso es lo que nota y censura el espíritu del siglo, tan mal comprendido y calumniado, y eso es lo que deploran los hombres pensadores y con ellos toda la sociedad y aun la misma Iglesia de Jesucristo.

Si, la sociedad, animada de las ideas filosóficas reinantes, anhela, exige que las instituciones llenen su objeto y no sean una mentira sistemada; exige que los hombres que hacen profesión de virtud y heroísmo, sean realmente héroes y virtuosos, y la Iglesia exige de ellos el cumplimiento del precepto del Salvador, *sed santos como lo es mi padre celestial*; pues de otra manera, también exige que desaparezcan de su seno, porque eso está en el orden invariable de las cosas, según la sentencia del Evangelio: *árbol que no dá fruto será quemado!*

No negaremos que la cooperación eficaz del gobierno á las empresas apostólicas sería de alta importancia para obtener buenos resultados; pero jamás concederemos que sea necesaria ó indispensable, y antes bien podemos afirmar, sin temor de equivocarnos, que los viajes más fructuosos de los misioneros han sido los que realizaron sin protección de ninguna clase, llevados solo del ardiente celo que los impulsaba y entregados enteramente al cuidado de la Providencia. Buena prueba de ello nos suministra el P. Margil, quien ade-

más siempre esquivó en su bienhechora carrera ayudarse del poder humano. Con este motivo, y para concluir, referiremos un caso notable de su vida.

Emprendida por él, como dijimos, la conversión del Nayarit, le escitó la real audiencia á que propusiera los medios mas aptos para civilizar aquellas tribus barbaras, á lo que él respondió:

"Los que se me ofrecen son á mi ver los más propios para la suave introducción evangélica y los que Su Magestad, en sus leyes, tiene establecidos para convertir y reducir, disponiendo que siempre preceda la paz evangélica y los más suaves de la persuasión. Siendo del agrado de esa real audiencia, entraré por aquel rumbo, como tengo intención, con solo un compañero, predicador misionero, de nuestro colegio de Guadalupe á la Sierra, sin escolta ni cuidado de armas."

¿No os parece escuchar el razonamiento de un discípulo de San Pablo? El espíritu del venerable fundador del Colegio de Guadalupe se conservó ileso entre sus hijos los religiosos de aquel plantel hasta su extinción ¡Lado sea Dios!

XI.

Dos palabras más.

Los restos del Padre Margil fueron exhumados con autoridad apostólica en 10 de Febrero del año de 1778: en el de 1861, á 2 de Abril cuando ya la mano de la destrucción desmantelaba la iglesia y claustros del convento de San Francisco, eran trasladados á la Catedral por los religiosos Fr. Amado Montes, Fr. Buenaventura Merlin y Fr. Luis Ogazón, acompañados del Lic. D. Luis Rivera Melo, joven de ideas progresistas, y de grandes esperanzas para la literatura. El cuerpo del venerable sacerdote iba encerrado en una caja de madera, forrada de piel roja y con tres cerraduras. Quedó depositado en la capilla de la Virgen de la Soledad.

Si la afición á las virtudes del héroe cristiano pretende corroborar más la memoria que de él anida en nuestras almas, guárdese de estampar en esa caja

una pomposa inscripción: recuerde tan solo, y este será el mejor epitafio, las palabras que el santo misionero profirió en una ocasión solemne, y que tan bien revelan su desprendimiento de cualquier otro afecto que no fuese el de la virtud: "*No tengo mas padre y madre que Jesucristo.*"

XII.

El cronista Arricivita escribe así. "La noble ciudad de México, después de haberse esmerado en honrar las virtudes del V. P. Fr. Antonio con los más relevantes honores y muestras de veneración que pudiera ejecutar para desempeñar su cristiano zelo si hubiera muerto en su suelo alguno de los Santos que se veneran en los Altares, se quiso gratuitamente constituir en la obligación de poner todos los más eficaces esfuerzos, diligencias y empeños para conseguir las informaciones preparatorias de sus virtudes y prodigios concernientes á la Beatificación que todo el Reyno desea. A este intento dedicó á la sagrada Congregación, de Propaganda Fide el Sermón de Honras del V. Padre, y le testifica, como Cabeza de toda esta América, las aclamaciones de Santo que en toda ella le daban, sin ser posible acallarlas, con otras expresiones propias de su piedad religiosa.

Para promover con la debida eficacia sus generosos oficios, escribió también á la Magestad de nuestro Rey y Señor, suplicándole se sirviese de dar Cartas de favor y empeño que auxiliasen la Causa, para que si fuese dable, se expidiese el Rótulo para comenzar las diligencias de verle algún día en los Altares. En consecuencia de tan poderosas postulaciones, se expidieron en Roma las Comisiones y Remisoriales, por las cuales se han efectuado los procesos en las principales Ciudades de este Reyno y del de Guatemala, los que por ser tantos, tan prolijos, y en tan distintos Países, han necesitado de una demora mas espaciosa que la que el favor y piedad quisiera; pero en su legitimo curso se remitieron á la sagrada Curia, de la que solo se ha producido la translación del cuerpo del

ciendo mérito de este hecho, refiere que admirados los intérpretes les hablaron cierta vez de esta manera: "Padres, los indios dicen, si sois dioses? porque os han dado veneno en la comida, y no os morís."

Los dignos misioneros, entretanto, correspondían á esta conducta malqueriente con la mansedumbre y caridad que son el distintivo de los verdaderos apóstoles. Ajenos de ese celo indiscreto en que ardian algunos frailes del siglo décimo sexto, no entraban en los pueblos de idólatras destruyendo los torpes objetos que adora la superstición: empezaban su bienhechora conquista procurando alumbrar los entendimientos con la luz de las eternas verdades y sembrar en los corazones el amor de Dios y de los hombres; proseguían su obra desarraigando malas costumbres y corrigiendo vicios, especialmente el de la embriaguez á que son tan dados los indios, y la coronaban felizmente algunas veces haciendo deponer á los bárbaros la vida en los montes y reduciéndoles á formar poblaciones regulares, para lo cual les patentizaban la miseria de la condición aislada y beligerante, y las ventajas de la vida civil y cristiana.

Una vez alcanzado este triunfo, que cuadros tan risueños los que representan á los néofitos dirigidos y aleccionados por los discípulos de Jesús! Para establecer las poblaciones elegían estos por lo regular los valles dilatados y enriquecidos con todos los dones de la naturaleza: formaban la planta correspondiente, trazando calles y señalando los sitios, donde se proponían edificar iglesias; procedían luego á la formación de ellas y de las chozas destinadas á los habitantes; y era de ver la animación, el entusiasmo, el afecto con que se ejecutaban todas estas obras, siendo los misioneros no solo directores, sino de los primeros en contribuir á ellas con su trabajo físico. La actividad de los nuevos pobladores podía significarse propiamente con una imagen mil veces empleada en casos como este por los escritores griegos y romanos, con la que presentan las abejas al construir su panal.

"Toda la fábrica de estas iglesias era pajiza

(dice el biógrafo antes citado:), compuesta de jarales y troncos, y adornados los altares con estampas y vitelas, formándoles sus tábernaculos de cañas y florones de diversas plumas: las colgaduras eran de esteras bien tejidas, y estas eran las preciosas alhajas que les ministró á los religiosos en aquellos desiertos su recamarera la santa pobreza. El ornamento lo cargaban consigo, que por ser único les servía en todas partes, y para que uno dijese misa, esperaba, ayudándole de ministro, el otro. Para este sacrificio conservaban unas sandalias de una suela y no les servían mas en todo el día, porque en toda su peregrinación llevaban los piés enteramente desnudos."

Pero si bien es cierto que este desabrigo les parecía natural y consiguiente á su estado, y por lo mismo, no solo llevadero, sino apetecible para más asemejarse á los primeros apóstoles, también lo es, que para las pobres chozas que con el nombre de iglesias habían fabricado y destinado al culto, anhelaban alguna más decencia de Guatemala, cuyo pasaje relativo vamos á trasuntar en seguida:

"La mucha caridad (dicen) que U. S. hace á nosotros, mandando á sus ministros, que todo lo que pidamos por nuestras firmas lo provean de las arcas reales de su magestad, sea por amor de Dios; pero nosotros, por la misericordia del Señor no necesitamos de firmar cosa alguna, porque siendo Dios nuestro Señor servido, con estos hábitos que sacamos del colegio, hemos de volver á él: y en cuanto á la comida, así entre cristianos como entre gentiles no nos ha faltado lo necesario, y tenemos esa fé en el Señor, que jamás nos ha de faltar; aunque es verdad que en todas estas naciones no hay más comidas que plátanos, yucas y otras frutas cortas, y algún poco de maiz; y en la Talamanca un poco de cacao: pero el afecto con que nos asisten en estas cosas, hartas veces nos ha enternecido el corazón, y en todo esto no hemos hallado menos las comidas de otras partes. Pero para las iglesias son necesarias hechuras de los titulares y ornamentos, á lo menos según los ministros hubieren de entrar, y

que uno y otro se provea de Guatemala, ó donde á U. S. mejor le pareciere, porque en Cartago cualquiera cosa se vende muy cara."

Acaso las poblaciones que tuvieron por fundadores á estos religiosos insignes, son en el día villas y ciudades florecientes; acaso muchas de ellas, sin salir de su oscuridad, han desaparecido del mapa. De todos modos, su existencia en el mundo ó en las páginas de la historia es un monumento imperecedero que da testimonio del espíritu benéfico y civilizador que animaba á los dignos obreros del cristianismo.

VII.

Empleando el P. Margil su vida de esta manera tan fructuosa y estando un día en el pueblo de Dolores, situado en la montaña del Lacandón, recibió carta del R. P. Comisario general en que le ordenaba, partiese inmediatamente á Querétaro á desempeñar el cargo de guardián del colegio de la misma ciudad, para el que había sido electo un año antes.

Púsose luego en camino, y á mediados de Abril de 1697, un viandante notició á los religiosos del expresado colegio haber dejado algunas leguas atras en la via que conduce de México á Querétaro á un fraile, que, según las señas que dió de él, no podia ser otro que Fr. Antonio Margil de Jesús.

Era él en verdad, en la tarde del lunes 22 del propio mes, salieron á encontrarle á estramuros la comunidad y casi toda la población en tumulto. Iba el humilde fraile con el rostro tostado del sol, el hábito remendado, el sombrero, que correspondia al vestuario, colgado á la espalda, y en la cuerda pendiente una calavera que le servia en los sermones. Aunque durante su peregrinación apostólica había traído los piés siempre desnudos, quiso en esta vez no mostrarse escesivamente austero, y calzaba esa especie de sandalias groseras que usan los naturales, formadas de una suela de cuero crudo, que tan sólo abrigan la planta del pié, y que se llaman *huaraches* en unos pueblos y en otros *cacles*.

Los repiques de las campanas de toda la ciudad anunciaron la entrada de la comitiva, en medio de la cual iba el apostol con semblante modesto y lleno el pecho de gratitud por un recibimiento que él conceptuaba inmerecido. Al llegar á la iglesia del colegio, entonó la comunidad el *Te Deum laudamus*, y dió fin á aquel acto el venerable padre con una breve plática que dejó edificado á todo el concurso.

VIII.

Por tres años gobernó con sabiduría á la grey encomendada á su cuidado, y despues de haber desempeñado en el mismo colegio los oficios de presidente *in capite* y vicario, pasó de nuevo á Guatemala por mandato del superior y llamado del gobierno, para restituir la paz á los corazones de muchos que turbaban el sosiego público con sediciones.

Su viaje fué un ejercicio continuo de caridad y enseñanza evangélica, y como dice el biógrafo que antes citamos, «en tan dilatado camino iba haciendo lo que el sol, á quien llamaron corazón del cielo, que no se movia sin ir comunicando calor lucidos rayos y benignas influencias, dejando en cada posada, ciudad ó pueblo, estampado un beneficio.»

Llegado á Guatemala, y habiendo cumplido satisfactoriamente con el objeto á que le llamó la obediencia y el deseo de contribuir al bien de los pueblos, funda un colegio de su orden en la ciudad; parte en seguida á nuevas misiones entre pueblos ya convertidos al cristianismo, pero ciegos todavía con algunas creencias supersticiosas; vuelve á ponerse en camino para su colegio de Querétaro; pasa despues á fundar el colegio de Guadalupe de Zacatecas; emprende la conquista del Nayarit para el Evangelio; intérnase con el mismo objeto hasta la provincia de Tejas; y finalmente, despues de lograr los mismos bienes entre los infieles del septentrion que entre los del medio dia, nos le encontramos en camino de Querétaro para México. Venia gravemente enfermo, y en esta ciudad tea-

V. Padre, que para entretener los deseos de los devotos, se expresa en la siguiente forma.

El día diez de Febrero de mil setecientos setenta y ocho años, elegidos por el Exmo. é Ilmo. Señor Arzobispo de México los Sugetos que debían concurrir á la inspección del cuerpo del V. P. Fr. Antonio Margil de Jesús, y fueron el Santo Tribunal de la Inquisición, la Real y Pontificia Universidad, los Prelados Superiores, el Real Protomedicato, con los Cirujanos, y otras muchas personas de la primera distinción, y precediendo en el Palacio Archi-Episcopal el juramento que todos prestaron á S. E. I. de no descubrir cosa alguna de lo que vieran, y juntos todos con el Tribunal de la causa, presididos del Señor Arzobispo, y asistiendo también los Ilmos. Señores Dr. D. Juan Ignacio de la Rocha, Obispo electo de Valladolid de Michocán, y D. Fr. Antonio de Jesús Sacedón, Obispo electo del Nuevo Reyno de León, á las tres y media de la tarde fué llamado el R. P. Guardian del Convento Grande de N. S. P. San Francisco, y pidiéndole bajo de juramento, enseñase cual era el sepulcro donde estaba sepultado el cuerpo del V. P. Margil; lo ejecutó, y se le mandó que se retirase.

Comenzóse la exhumación, sirviendo de Peones para excavar el sepulcro dos nobles Caballeros, lo que ejecutado, se sacó el cajón en que estaba el V. Cuerpo, y puesto sobre una mesa que estaba delante del Tribunal, que estaba puesto en el Presbiterio, siguieron practicando las instrucciones prevenidas de Roma. Estaba ya dispuesto un atahud ó caja de madera, con cuatro chapas y tres llaves, farrada por dentro de plomo, y por fuera con baqueta de Moscovia, en la que puesto el V. Cuerpo como á las siete de la tarde, se cerraron las cuatro chapas, y se llevó del Presbiterio á la Capilla de la Señora de la Macana, que está en el descanso de la escalera principal del Convento, en donde estuvo hasta el día veinte y cinco del mismo mes, en cuyo tiempo se fabricó un sepulcro, elevado de la tierra cinco varas, en el pasadizo que hay de la Sacristia al Presbiterio.

Todo se dispuso por orden y á satisfacción del Exmo. é Ilmo. Señor Arzobispo Dr. D. Alonso Nuñez de Haró, y demás Señores que componían el Tribunal, y eran catorce, y con asistencia de él, y de las dos Comunidades del Convento Grande de N. S. P. San Francisco, y del Colegio de San Fernando, se trasladó á él, quedando una de las tres llaves de la arca en que está el cuerpo en poder del Señor Arzobispo, otra en el del R. P. Guardian del Colegio de San Fernando. Mandó también el Tribunal poner cuatro chapas al sepulcro antiguo, y que no se entierre en él otro algún cuerpo, y en el nuevo que se pusiera el siguiente Epitafio.

Hic jacet Venerabilis Dei Servus Frater Antonius Margil á Jesu qui obiit in hoc Conventu die sexta Augusti anni millesimi septingentesimi sexti, exhumatusque fuit, auctoritate Apostolica, die decima Februarii anni millesimi septingentesimi septuagesimi octavi.

Aquí yace el V. Siervo de Dios Fr. Antonio Margil de Jesús, que murió en este Convento el día seis de Agosto de mil setecientos veinte y seis y fué exhumado, por autoridad Apostólica, el día diez de Febrero del año de mil setecientos setenta y ocho.

XIII.

Un decreto de la S. Congregación de Ritos dice que por la distancia de los lugares y vicisitudes de los tiempos la causa para la beatificación y canonización del Venerable Siervo de Dios vino á introducirse é incoarse á los cuarenta años despues de su fallecimiento por ante la Santidad del Señor Clemente XIV el día XIV de las Kalendas de Agosto de 1769. Pasó despues mucho tiempo para que en estas remotas regiones de América se practicasen los Procesos Apostólicos con las solemnidades prescritas por la Congregación de los Sagrados Ritos. Terminadas que fueron aquellas diligencias, empezó la averiguación acerca de las virtudes teologales y cardinales el día 1º de Diciembre de 1796, ante el Rmo. Cardenal Pignatelli, Relator de la Causa. Y para que fuese por segunda vez dis-

los efectos á que haya lugar, expido la presente en la Secretaria Arzobispal de México, á los doce dias del mes de Marzo del año de mil ochocientos ochenta y cinco.—Lic. Ignacio Martínez Barros, Secretario.—Una rúbrica.

Es copia fielmente sacada del original que obra en el archivo de la Comisaria General, y que debe obrar en este Colegio Apostólico de S. Fernando, en unión de la llave que le fué entregada al que suscribió.

Colegio Apostólico de S. Fernando de México, fiesta de la pascua de la Resurrección de Nuestro Señor, á los cinco dias del mes de Abril del año del Señor de mil ochocientos ochenta y cinco.—Fr. Isidoro M^a Camacho, Guardian.—Una rúbrica.

Con esta llave grande abrió el Illmo. Sr. Arzobispo de México Dr. D. Pelagio Antonio Labastida y Dávalos el día 19 de Febrero del año de 1885, la caja en que estaban encerradas las reliquias ó restos del Venerable Padre Margil de Jesús, que fué cerrada en Febrero de 1778.—El día 20 de Febrero de este año de 1885 dispuso el mismo Illmo. Sr. Arzobispo en unión del M. Rev. Padre Comisario General Fr. Teófilo García Sancho que se trasladaran á otra caja, lo que se efectuó en presencia del Sr. Canónigo Dignidad de esta Iglesia. Catedral, Dr. D. José Joaquín Uria comisionado por S. S. Illma. El Sr. Secretario de Cámara y Gobierno de esta Sagrada Mitra Canónigo Lic. D. Ignacio Martínez Barros. El M. Rev. Padre Comisario General ántes citado. El Rev. Padre Guardian de la Provincia del Santo Evangelio Fr. Francisco del Refugio Aguila. Y se cerró con cuatro llaves en nuestra presencia, quedando una llave en poder del Illmo. Sr. Arzobispo, otra en el del Padre Comisario General, otra en el del M. Rev. Padre Provincial de la del Santo Evangelio Fr. Manuel Rivero, y la última se me entregó á mí como Guardian del Colegio Apostólico de S. Fernando de México y la que debe obrar en poder del Guardian que por tiempo lo fuere de esta Comunidad, y para que conste lo firmé en México á los 21 dias del mes de Febrero de 1885.—Fr. Isidoro M^a Camacho

Guardián.—Una rúbrica.—Un sello que dice: (Colegio Apostólico de S. Fernando de Mexico.)

UN TESTIGO DE VISTA.

Relación del P. Fr. Simón del Hierro.

✠✠✠

Desde el año de 1707, que vino el Venerable P. Fr. Antonio Margil de Jesús á fundar el Colegio de N. S. de Guadalupe de Zacatecas desde la ciudad de Guatemala por el mes de Enero, hasta el año de 1726 en que murió, por el mes de Agosto, le conocí muy bien, y le traté y comuniqué muy de cerca, todo el tiempo que fué Guardian del Colegio de Zacatecas, siendo yo súbdito suyo, y después le acompañé once meses haciendo misión en todo el camino que hizo hasta la ciudad de México, por Guadalajara, Valladolid y Querétaro, hasta que murió en dicha ciudad de México, en grande opinión y fama de santidad.

Desde la primer entrada que hizo á la ciudad de Zacatecas, aun teniendo yo solo ocho años de edad, me causó grande admiración la veneración que todos le daban, aclamándolo por santo: todos se arrodillaban á besarle la mano; muchos se echaban á sus piés para besarlos, y aún los muchachos se atropellaban, siendo necesario que algunas veces se parara para darles lugar á que le besasen la mano. A todos los saludaba diciendo: **Ave María**, y á todos los despedía diciendo: **A Dios; á Dios.**

Distaba la ciudad de Zacatecas más de una legua desde el Colegio, y venía muchas veces á los negocios que se le ofrecían, que los más eran á confesar y predicar, venía á pié, y todo el camino venía rezando, y lo mismo era á la vuelta. Visitaba á muchas personas de la ciudad, confesaba á todos los que lo solicitaban, que

cutida se promovió una junta preparatoria en el Palacio Apostólico Vaticano ante los Rmos. Cardenales, que presiden los Sagrados Ritos, el día 30 de Enero de 1798, quedando desde entonces interrumpida la secuela de la causa por los disturbios políticos ocurridos en Europa. Después del transcurso de tantos años, no habiendo sobrevivido ninguno de los Padres Consultores, que en la segunda reunión habían discutido, á ruegos del último postulador, Fr. José M. Guzmán, concedió benignamente el Sr Gregorio XVI, que se instituyese otra Congregación preparatoria el día 2 de Febrero de 1835, en el Palacio Vaticano en donde fué de nuevo instaurada la disquisición acerca de las Virtudes.

Finalmente, el día 26 de Abril de 1836 reunidos los Comicios Generales de los Sagrados Ritos en la presencia del Santísimo Padre, en el Vaticano se puso la causa á votación de los Reverendísimos Cardenales y de los otros Padres de la Congregación.

Después reunidos los mismos en el Palacio Quirinal, el Smo. Padre declaró públicamente: "Constar que el Venerable Siervo de Dios Antonio Margil poseyó las Virtudes Teológicas y las Cardinales, con sus anexas, en grado heroico," mandando publicar este Decreto y que se hiciese constar en las Actas de la Congregación de los sagrados Ritos el día 31 de Agosto de 1836. Desde esa fecha no se ha vuelto á nombrar postulador de la causa, ni se ha practicado más diligencia que la inspección de los restos del Venerable Padre según consta del siguiente documento.

XIV.

ABRIL 5 de 1885.

Al margen un sello que dice: (Gobierno Eclesiástico del Arzobispado de México.)

El Lic. Ignacio Martínez Barros, Canónigo de esta Iglesia Metropolitana y Secretario de Cámara y

Gobierno de este Arzobispado. Certifico: que en la oficina de mi cargo, existe un documento que á la letra dice: Al margen un sello que dice: (Gobierno Eclesiástico del Arzobispado de México.) El que suscribe Canónigo de la Santa Iglesia Metropolitana y Secretario de la Sagrada Mitra por la presente hace constar, primero: que en la Ciudad de México á los diez y nueve días del mes de Febrero del año del Señor de mil ochocientos ochenta y cinco, estando presente el Illmo. Sr. Dr. D. Pelagio Antonio Labastida y Dávalos, en la Capilla llamada del Santo Cristo, de la Santa Iglesia Catedral, acompañado del Sr. Canónigo de la misma Dr. D. José Joaquín Uriá, del M. Rev. Padre Comisario General y de Franciscanos Fr. Teófilo G. Sancho, del Rev. Padre Guardián de la Provincia del Santo Evangelio Fr. Francisco del Refugio Aguila, y del Rev. Padre Guardián del Colegio Apostólico de S. Fernando de esta Capital Fr. Isidoro M^a Camacho, se procedió por orden del mismo Illmo. Sr. Arzobispo á romper las cerraduras de la Caja en que estaban depositados los restos del Venerable Rev. Padre Fr. Antonio Margil, para trasladarlos á otra más pequeña y colocarlos después definitivamente en la Capilla de la Purísima Concepción de la misma Santa Iglesia; segundo que dichos restos fueron colocados con todo esmero y cuidado la tarde del día siguiente por el mismo Rmo. Comisario General de Franciscanos y por los otros dos Prelados de que ántes hace relación, en una urna, autorizando este acto como representante del Illmo. Sr. Arzobispo el referido Sr. Canónigo Dr. D. José Joaquín Uriá; y tercero que cerrada la Urna con cuatro llaves distintas se ligó con unas fajas que quedaron aseguradas, con el sello del Colegio Apostólico de San Fernando de México, entregándose después la primera de las expresadas llaves al Sr. Comisionado del Illmo. Sr. Arzobispo para que la pusiera en manos de S. S. Illma: la segunda al Rmo. Padre Comisario General, la tercera al Rev. Padre Guardián de S. Fernando. México, Febrero veinte de mil ochocientos ochenta y cinco.—Lic. Ignacio Martínez Barros, Secretario.—Una rúbrica.—Y para

los efectos á que haya lugar, expido la presente en la Secretaria Arzobispal de México, á los doce dias del mes de Marzo del año de mil ochocientos ochenta y cinco.—Lic. Ignacio Martínez Barros, Secretario.—Una rúbrica.

Es copia fielmente sacada del original que obra en el archivo de la Comisaria General, y que debe obrar en este Colegio Apostólico de S. Fernando, en unión de la llave que le fué entregada al que suscribió.

Colegio Apostólico de S. Fernando de México, fiesta de la pascua de la Resurrección de Nuestro Señor, á los cinco dias del mes de Abril del año del Señor de mil ochocientos ochenta y cinco.—Fr. Isidoro M^a Camacho, Guardian.—Una rúbrica.

Con esta llave grande abrió el Illmo. Sr. Arzobispo de México Dr. D. Pelagio Antonio Labastida y Dávalos el día 19 de Febrero del año de 1885, la caja en que estaban encerradas las reliquias ó restos del Venerable Padre Margil de Jesús, que fué cerrada en Febrero de 1778.—El día 20 de Febrero de este año de 1885 dispuso el mismo Illmo. Sr. Arzobispo en unión del M. Rev. Padre Comisario General Fr. Teófilo García Sancho que se trasladaran á otra caja, lo que se efectuó en presencia del Sr. Canónigo Dignidad de esta Iglesia. Catedral, Dr. D. José Joaquín Uria comisionado por S. S. Illma. El Sr. Secretario de Cámara y Gobierno de esta Sagrada Mitra Canónigo Lic. D. Ignacio Martínez Barros. El M. Rev. Padre Comisario General ántes citado. El Rev. Padre Guardian de la Provincia del Santo Evangelio Fr. Francisco del Refugio Aguila. Y se cerró con cuatro llaves en nuestra presencia, quedando una llave en poder del Illmo. Sr. Arzobispo, otra en el del Padre Comisario General, otra en el del M. Rev. Padre Provincial de la del Santo Evangelio Fr. Manuel Rivero, y la última se me entregó á mí como Guardian del Colegio Apostólico de S. Fernando de México y la que debe obrar en poder del Guardian que por tiempo lo fuere de esta Comunidad, y para que conste lo firmé en México á los 21 dias del mes de Febrero de 1885.—Fr. Isidoro M^a Camacho

Guardián.—Una rúbrica.—Un sello que dice: (Colegio Apostólico de S. Fernando de Mexico.)

UN TESTIGO DE VISTA.

Relación del P. Fr. Simón del Hierro.

✠✠✠

Desde el año de 1707, que vino el Venerable P. Fr. Antonio Margil de Jesús á fundar el Colegio de N. S. de Guadalupe de Zacatecas desde la ciudad de Guatemala por el mes de Enero, hasta el año de 1726 en que murió, por el mes de Agosto, le conocí muy bien, y le traté y comuniqué muy de cerca, todo el tiempo que fué Guardian del Colegio de Zacatecas, siendo yo súbdito suyo, y después le acompañé once meses haciendo misión en todo el camino que hizo hasta la ciudad de México, por Guadalajara, Valladolid y Querétaro, hasta que murió en dicha ciudad de México, en grande opinión y fama de santidad.

Desde la primer entrada que hizo á la ciudad de Zacatecas, aun teniendo yo solo ocho años de edad, me causó grande admiración la veneración que todos le daban, aclamándolo por santo: todos se arrodillaban á besarle la mano; muchos se echaban á sus piés para besarlos, y aún los muchachos se atropellaban, siendo necesario que algunas veces se parara para darles lugar á que le besasen la mano. A todos los saludaba diciendo: **Ave María**, y á todos los despedía diciendo: **A Dios; á Dios.**

Distaba la ciudad de Zacatecas más de una legua desde el Colegio, y venía muchas veces á los negocios que se le ofrecían, que los más eran á confesar y predicar, venía á pié, y todo el camino venía rezando, y lo mismo era á la vuelta. Visitaba á muchas personas de la ciudad, confesaba á todos los que lo solicitaban, que

xas fundó varias misiones y todas las demás que después acá se han fundado en dicha provincia, ha sido á diligencias suyas después que fué Guardián del Colegio de Zacatecas

Después de ocho años de estar en los Texas lo eligieron segunda vez para Guardián, y salió desde lo último de los Texas siempre misionando y predicando siempre, y predicando por todo el camino. Estando ya de Guardián le comuniqué más de cerca porque ya yo era religioso y fué mi Prelado: su prudencia grande y su mansedumbre, su genio apacible, su semblante agradable, su silencio extremado, y cuando era preciso hablar lo hacía con voz baja y en pocas palabras; su humildad profunda sin hipocresía; muchas veces, siendo Guardián, le ví ayudar á misa, y varias veces le ví ejercitar aquellos oficios que son propios de los novicios; su modestia rara; nunca se le veían los ojos sino solamente cuando con fervor predicaba: siempre estaba ocupado ó escribiendo cartas ó confesando, y para confesar nunca se excusaba aunque estuviera muy ocupado; todo lo dejaba y decía: "Jesucristo me llama." Decía misa todos los días, y todos los días se reconciliaba de defectos muy leves. Nunca le ví turbado ni enojado, sino siempre con un mismo semblante. En todos los actos de comunidad era el primero: siempre asistía á la media noche á los maitines, se quedaba á rezar las estaciones del Calvario con una corona de espinas, con una soga y una cruz grande que todavía se mantiene en el ante coro del Colegio, (ahora se conserva en la sacristía del Noviciado) Cuando iba á la ciudad de Zacatecas (muchas veces le acompañé) en el camino rezaba la corona de María Santísima, las estaciones del Calvario, la estación del Santísimo y otras devociones, y también la doctrina del P. Castaño, y si sobraba tiempo decía todo el texto de la Regla, todo esto era á la ida y á la vuelta; siempre á pié y se volvía el mismo día, y muchas veces antes de medio día. Su vestido siempre fué un solo hábito de sayal, aunque el último año de su vida usó muy raras veces un cotoncillo de sayal que le mandaron poner para el abri-

go: sus paños menores, de sayal; nunca usó de calzado, sino solo las sandalias; nunca usó de lienzo; nunca tocó el dinero ni aún lo conoció. A todos los sacerdotes trataba con gran veneración, á los religiosos con grande caridad, y mucho más á los enfermos. En la veneración á María Santísima era muy extremado; celebraba con gran devoción todas sus festividades, en especial el día de la Asunción de Nuestra Señora y derramaba muchas lágrimas cuando celebraba su tránsito.

Habiendo acabado su segunda Guardianía, para decirme que lo acompañara, me dijo: *Se atreve el Padre Fr. Simón que vamos á quemar el mundo?* y no dijo más: y luego dispuso el que nos retiráramos los dos á una hacienda distante del Colegio como cinco leguas, en donde gastó un mes haciendo ejercicios, y en este mes no dejó de confesar muchos que hasta allí le iban á buscar. Todos los días rezaba el rosario con los de la hacienda, y la estación al Santísimo Sacramento en cruz, la protesta de la fé y el *alabado*. Los días de fiesta después de misa les hacía plática, rezaba la estación y cantaba el *alabado*. Después de esto le acompañé once meses día á día hasta que murió: juntos caminábamos, juntos descansábamos, en los parajes en una misma posada, y en los conventos en una misma celda; por todo el camino siempre rezando los dos, ó con la gente que casi siempre le seguía: siempre predicando y confesando en los poblados, en las haciendas y en los ranchos: siempre entraba cantando el *alabado*; y se iba á la Iglesia siempre convidando á todos los que se quisieran confesar. Todo este camino lo hizo á pié, solo una vez subió á caballo por la necesidad, y esto más á instancia mia que por voluntad propia, y en otra ocasión caminó tres leguas en un borrico, por acortar otra jornada larga; ningún día dejó de confesar en todo el camino, y solo una tarde que nos extraviáramos no hubo ninguno para confesarse; estuvo tan afligido é inquieto en la posada que saliendo en ocasiones de su recogimiento enclavijadas las manos preguntaba si no venía alguno que quisiera confesar. Siempre me

despertaba á las tres de la mañana ó poco menos, y con estar los dos juntos, yo no podré decir si dormía ni cuando, porque siempre le ví sentado en un rincón envuelta la cabeza en su manto como solia estar en el coro en oración. En todo el camino que le acompañé no dejó ningún día de decir misa y siempre la decía con gran devoción: todos los días se reconciliaba de defectos muy leves, y yo creí que no había perdido la gracia del bautismo; en todo este tiempo no le advertí defecto alguno, aún de aquellos que no faltan á las personas muy espirituales: nunca tomó tabaco ni polvos: nunca perdía ni un instante de tiempo, siempre confesando, ó predicando, ó recojido en oración: siempre creí que estaba en la presencia de Dios, y algunas veces en altísima contemplación, según vivía abstraído de todos y de todo. Nunca oí que se quejara ni por el frío ni por el calor, ni por el cansancio, ni por el sol, ni por el aire, ni por otra contingencia del camino. Ningún día en todo el camino dejó de rezar el oficio divino, y siempre lo rezaba de rodillas y con gran devoción.

Ningún día de viernes ni de vigilia dejó de ayunar en todo el camino, ni comió carne. Todos los viernes rezaba las Estaciones del Calvario con gran ternura y devoción, y siempre encargaba á todos esta devoción antes de comenzar sus sermones, y también persuadía á la devoción de María Santísima y su santísimo rosario y otras devociones: siempre que encontraba en el camino alguna cruz, se hincaba de rodillas para adorarla.

En llegando á cualquier curato se postraba para tomar la bendición á los señores curas, con ademán de besarles los piés. En todos sus sermones era el tema: **Nos autem predicamus Christum crucifixum**, y de este tema sacaba todos sus asuntos; y siempre los probaba con abundancia de textos de Escritura, con autoridades de Santos Padres, con símiles y ejemplos muy del intento: siempre predicaba verdades católicas, doctrina cristiana y desengaños, exhortando siempre al aborrecimiento de los vicios y al ejercicio de las virtudes con

palabras sencillas pero eficaces, acomodándose siempre á los auditorios y á los oyentes.

En los pueblos de los indios predicaba tan massorralmente como suelen ellos hablar, predicándoles contra aquellos pecados que son entre los indios más comunes; les proponía ejemplos muy materiales, y les repetía la doctrina del Padre Castaño, y les encargaba mucho que la aprendieran y la rezaran todos los días; y era grande el fruto que experimentábamos, pues todos procuraban confesarse; y con gran devoción salían acompañándonos de pueblo en pueblo, con ramas de árboles que aunque les persuadíamos que las dejaran, no se solía conseguir.

Todos los sermones se concluían con el acto de contrición, la protesta de la fé y el *alabado*.

En la ciudad de Guadalajara se detuvo como dos meses: en el primer día de su llegada visitó á todas las personas de cuenta, así eclesiásticas como seculares, y el día siguiente empezó á confesar en los conventos de monjas, gastando en cada convento los días que fueron necesarios según el número de religiosas de cada uno: en todos hacía pláticas y en el Beaterio, y todas se consolaron. Después hizo misión en la Parroquia; predicó pláticas en la cárcel, en el Hospital, en la Escuela de Cristo, asistiendo á oírle las personas más condecoradas, porque todos deseaban oírlo. Muchas personas de cuenta deseaban comunicarlo, y como no lo podían conseguir por que cuando le buscaban siempre estaba confesando, se convinieron algunas personas de las más distinguidas y señaladas en virtud y letras, como fueron D. Salvador Jimenez de Monroy y el Bachiller D. Pedro Rivera; D. Juan Gonzalez, D. Gerónimo Prieto, D. Gregorio Goyti, el R. P. Feliciano Pimentel, D. Eusebio Riaza, Cura del Sagrario: todos estos señores suplicaron á D. Bernardino Miranda que le convidara á comer un día á su casa, lo que se ejecutó así: y habiendo venido de Santa Maria de Gracia en donde estaba confesando, á las doce del día, después de comer, sería como á las tres y media ó cuatro de la tarde, á un mismo tiempo ocurrieron

no eran pocos, porque todos deseaban confesarse con él, y siempre se volvía al Colegio el mismo día; y muchas ocasiones se volvía ántes de medio día al Colegio: en las visitas que hacía en la ciudad era muy breve, su salutación **Ave María**, y su despedida **á Dios, á Dios**, y no se sentaba si no había especial negocio, y de la misma manera saludaba y despedía á los que encontraba por el camino, y todos procuraban besarle las manos. No admitía conversación, por breve que fuera; y cuando le preguntaban alguna cosa respondía en breves razones, y **á Dios, á Dios**.

En las festividades solemnes y días de jubileos, y días de los Patriarcas, amanecía en la ciudad de Zacatecas confesando, y en eso gastaba toda la mañana. Predicaba muchas veces en la plaza con grande espíritu y fervor en las dominicas de Adviento y en otros días que suelen ser ocasionados á algunos desórdenes, como carnestolendas, días de S. Juan, de S. Pedro, de Santiago y Santa Ana, y también hacía pláticas á los presos de la cárcel y en el hospital, y confesaba á los encarcelados y á los enfermos, que unos y otros lo solicitaban con frecuencia.

Seis años gastó en fundar el Colegio de Zacatecas, en los que fué Presidente *in capite*. En este tiempo no dejó de confesar y predicar continuamente en Zacatecas, hizo varias misiones muy fructuosas: á tiempo salía á misionar por varias partes: hizo misión en Guadiana, y por todos los lugares del camino, en los pueblos, en las haciendas y en los ranchos, siempre confesando y predicando: siempre caminó á pié sin llevar provisión de viático para el camino; siempre en las posadas y en los pueblos entraba cantando el *alabado*, y despedía á los que le salían acompañando, rezando la protesta de la fé, y echándoles la bendición para que se volvieran á sus casas, y él proseguía su jornada rezando siempre varias devociones con el compañero ó con algunos que le seguían para confesarse.

De la misma manera caminó dos ocasiones para la ciudad de Guadalajara en donde hizo misión muy

fructuosa, y por todos los pueblos y lugares del camino siempre á pié y siempre predicando y confesando; y del mismo modo caminó á la ciudad de S. Luis Potosí, en donde también hizo misión, y en sus contornos y por todo el camino de ida y vuelta siempre confesando y predicando. También fué en este tiempo á la ciudad de México á negocios del Colegio, y también hizo misión muy fructuosa, y por todos los parajes del camino siempre á pié, siempre confesando y predicando, á la ida y á la vuelta. De la misma manera entró á la Provincia del Nayarit en tiempo que estaban tan revueltos los indios que no permitían entrar en aquellas fragosas sierras ningún español cristiano, y solo admitían algunos otros indios fugitivos de los pueblos circunvecinos para hacerse más fuertes y temibles. Entró solo con un compañero religioso hasta sus mismas rancherías, este fué el R. P. Fr. Luis Delgado, quien certificó que saliéndole á encontrar los indios con flechas y machetes como para matarle, no solo no les temió sino que acercándose á ellos abriendo los brazos en cruz, los amansó de suerte que le dieron lugar para que les persuadiese á su reducción, y aunque por entonces no lo consiguió, se volvió diciendo que **no había llegado la hora**, pero después, á sus diligencias, se consiguió, y hoy son pueblos cristianos.

El año de 1713 habiéndose hecho la primera elección de Guardián del Colegio de Zacatecas, salió para el nuevo Reyno de León con un compañero Religioso misionando, predicando y confesando por todo el camino, á pié y sin ninguna provisión: anduvo por todo el nuevo Reyno de León misionando sin dejar pueblo ni rancho de pastores, ni hacienda en que no predicara y confesara.

De aquí pasó á los infieles caminando más de 400 leguas hasta lo último de la Provincia de Texas, en donde padeció muchísimos trabajos en los primeros años en que se mantuvo entre los indios. En el año de 1717 le eligieron Guardián y no le llegó la noticia en más de un año porque estaban los caminos incultos, y no salió esta vez: en el tiempo que estuvo en los Te

todas las dichas personas como á visitarle, y habiéndose mutuamente saludado, se sentaron todos por su orden en una pieza, y sin dar lugar á otra conversaci3n empez3 á hablar el V. P. Margil tan solamente del misterio de la Santísima Trinidad y de los atributos divinos con tal energía y afluencia de textos de Escritura y Santos Padres, que todos admirados solo se miraban los unos á los otros sin hablar ninguno ni una sola palabra en toda la tarde. Algunas veces enervorizado se le encendía el rostro como si estuviese en altísima contemplaci3n, y yo así lo pensé todo el tiempo que duró sería como más de dos horas, porque era por el mes de Diciembre, me pareció un solo instante, y ya que se hubo metido el sol, y sería como á las seis de la tarde, levantándose de su silla los fué despidiendo: *adios, adios*, y nosotros nos fuimos al convento de nuestra posada.

Por todo el camino de Guadalajara hasta Valladolid, sin descansar ni día ni noche, eran los concursos tan crecidos que en más de un mes era preciso confesar los hombres, de noche, hasta las once y doce de la noche; y si yo no le hiciera levantar creo que allí le amanecería confesando; y siempre á las tres de la mañana ya estaba en pié para dar misa. En la ciudad de Valladolid se hizo misi3n muy fructuosa, la que nos ayudaron dos religiosos del Colegio de Querétaro. Á las religiosas de los conventos se les hizo pláticas, y todas se confesaron: tambien los presos de la cárcel y los enfermos del hospital se confesaron y se consolaron.

El camino hasta Querétaro, se prosiguió siempre confesando y predicando y haciendo misi3n en los pueblos, haciendas y ranchos. En la ciudad de Querétaro se confesaron todas las monjas y beatas.

En este lugar le cercenaron el manto cortándole muchos pedazos, que fué necesario el que le hicieran otro en el colegio luego que se conoció el defecto. Desde Querétaro á México siempre á pié y siempre confesando y predicando. La última plática hizo en la hacienda del Cazadero, y duró más de dos horas,

aun estando ya principiada la enfermedad de que murió: la última misa dijo en un pueblo, como veinte leguas ántes de llegar á México, y desde aquí fué ya necesario el conducirlo para la ciudad, por que ya se le agravaba mucho la enfermedad. Llegó á México el día dos de Agosto, ya después de la oraci3n de la noche, y pasando por la puerta de la Iglesia hizo oraci3n para ganar el jubileo de Poreiúncula; y luego entró en el convento, y en la enfermería, en los dos días siguientes, recibió los santos Sacramentos con gran devoci3n. Un día ántes de su muerte le enviaron las religiosas de un convento una imágen de Nuestra Señora de los Remedios, y saludándola con grande afecto, muchos religiosos afirmaron haberle oido decir: *adios Señora, hasta mañana*. Dos días ántes que muriera nos echó su bendici3n á seis religiosos que estábamos juntos, unos que habia sacado de Valladolid, y otros del Colegio de Querétaro, y nos encargó mucho que prosiguiéramos haciendo misi3n, como lo ejecutamos después de su muerte, misionando desde las orillas de México en todos los pueblos de las sierras de Mexitlán y Huachinango hasta Tamiagua y Tampico y Tabuco, y hasta la Villa de los Valles. En los días que le duró la enfermedad estuvo con gran paciencia sin quejarse, solo repetía muchas veces *Paratum cor meum*. No llegó á privarse aun siendo la fiebre muy grande; solo se repetía como delirando algunas veces *Acaba, di, cuantas veces*; como si estuviera confesando; y si entonces le hablaban, respondía á todo lo que le preguntaban.

Murió el día seis de Agosto, ántes de las dos de la tarde con gran sosiego. Estuvo su cuerpo dos días y medio sin sepultar. Fué muy grande la conmoci3n y el concurso de toda la ciudad; y si no se hubieran dado las providencias necesarias la devoci3n indiscreta hubiera hecho muchos destrozos. Aun las personas más condecoradas se arrodillaban á besarle los piés, y muchas personas cojian de las rosas que tenia encima y refregándolas á sus piés, las guardaban por reliquia.

En todo el tiempo que estuvo insepulto no se le conoció mal olor: los ojos estaban claros, los piés tan suaves y blandos como si fueran de una criatura: su pecho se mantuvo caliente; yo le llegué á tocar aún al segundo día: el hábito le destrozaron, y fué necesario mudarle otro; y aún á ese le cortaron aquellas personas más condecoradas, como eran los Prelados de las Religiones, que le cargaron desde la tumba al sepulcro: uno de estos Prelados me enseñó un pedazo que le había tocado. El concurso en el entierro, y tambien en las honras, fué tan numeroso que aseguraban todos no haberlo visto mayor en México; asistiendo todos los Tribunales y lo más lucido de la ciudad, y todos aclamando su santidad.

En todas partes es constante la fama de su santidad; todos los más se encomiendan al alma del P. Margil, y muchos publican haberles socorrido en sus necesidades y enfermedades, unos por que le han invocado; otros que se han valido de sus firmas; otros de sus estampas, y todos con buen efecto. Yo he oido contar muchos de estos prodigios, los que no digo por que necesitan de más comprobación: pero no puedo dejar de decir para gloria de Dios y confusión mia lo que ya sigue:

Once meses acompañé al V. P. Fr. Antonio Margil desde que salió del Colegio hasta que murió: en este tiempo ni un solo instante nos despartamos; juntos caminábamos, juntos descansábamos en una misma posada, juntos rezábamos el Oficio divino; juntos confesábamos gran parte del día, y muchas veces gran parte de la noche, hombres, sin perder un instante de tiempo desde las tres de la mañana que me despertaba hasta que nos recogíamos; juntos nos sentábamos á comer y juntos nos levantábamos de la mesa, y en fin, todo cuanto hacíamos los dos juntos como si fuéramos los dos uno; y con ser el trabajo tan continuo no sentí en todo el camino la menor incomodidad ni las congojas que suele ocasionar el confesar, ni la repugnancia por la continuación de todo el día y todos los días, ni sentí especial cansancio en los caminos, aun siendo muchas

veces las jornadas de siete y de nueve leguas á pié, ni sentí especial congoja con el sol, con el frío, con el aire; ni tuve pensamiento inútil, ni desvelo aún siendo el sueño tan escaso que solo sería de cinco ó seis horas, aun entrando el rato que descansaba á la siesta; ni tuve cuidado alguno que me divirtiera el ejercicio, ni conversación alguna con otra persona; sino como abstraído todo, de suerte que como si no fuera yo me parecieran los once meses como un instante, ó como un relámpago, ó como un sueño: cómo esto fué yo no lo puedo explicar más, y me parece que no podía ser, según lo natural, porque después acá todo se me hace pesado; el confesar continuo me cansa y siempre me deja muchas espinas: el confesonario: el camino á pié me cansa demasiado, aun siendo moderadas las jornadas: el sol, el frío, el aire en los caminos me molesta, y aun sin los caminos, el predicar me cuesta mucho trabajo y fatiga, y en fin, todo me cuesta grande repugnancia; y para todo es menester hacerme fuerza para vencer esta repugnancia: por lo que me parece que la suavidad, facilidad, insensibilidad de todo el camino en los once meses dichos no pueden ménos que ser prodigiosas; esto lo dejó á la consideración de los prudentes, que yo cuando me acuerdo de esto me confundo, y solo digo que ojalá y toda mi vida hubiera sido como estos once meses. Y digo más; que después de estos once meses proseguí misionando á pié hasta la Provincia de Tampico, y volví al colegio de donde salí á los diez y ocho meses con el mismo hábito y con las mismas sandalias sin haberlas remendado ni mudado, sin haber lavado el hábito ni mudádolo, ni haber sentido por esto especial congoja.

A cerca del interior del V. P. Fr. Antonio Margil solo digo, que yo siempre creí que vivió en altísima contemplación por lo abstraído de todas las cosas del mundo, y solo ocupado en las cosas del cielo, y entendiendo siempre en procurar la salvación de las almas, sin respirar más que celo. Algunas veces conociendo el grande fruto que hacía Dios por sus sermones, (y lo espermentábamos en el confesonario) me decía: *¿No dá*

gracias á Dios Nuestro Señor el P. Fr. Simón por los frutos que hace en las almas Jesucristo? Siempre decia que Jesucristo predicaba, que Jesucristo confesaba y que Fr. Antonio no hacia nada, nada; y así se firmaba la misma nada.

A cerca de los muchos prodigios que Dios obró en el Reyno de Guatemala, solo diré lo que es tan notorio en las idas y venidas, y rodeos desde Querétaro á Guatemala, y desde Guatemala á los infieles los millares de leguas que caminó á pié siempre, sin provisión, predicando y confesando siempre entre los fieles; y entre los infieles siempre retirado en aquellas fragosas sierras por más de catorce años, procurando siempre su reducción y fundando tantos pueblos como fundó y dándole Dios tantas almas como le dió. Pero de esto, más y mejor lo dice una carta, de su misma nota, aunque sin firma ni fecha, porque era borrador de la que escribió al R. P. Comisario; y por el contesto de la misma carta, parece que la escribió en el año de veinte ó veintiuno cuando estaba en la Provincia de los Texas. Yo la encontré en varios sobres escritos viejos entre otros rezagos de su misma letra que conozco muy bien, y la trasladé al pié de la letra; solo se hallan en ella tres huecos ó blancos que no pude entender los vocablos, y los señalé con esta señal: (.) La carta es como sigue:

XVI.

Una autobiografía.

Rmo. P. N. Comisario Gral.

Viva Jesús. Y nos guarde á V. Rma para que como otro S. Pedro envíe opostólicos á este Nuevo mundo, y se cumpla en V. Rma. *Ut sit salus mea usque ad extremum terrae. Amén.* Aunque en otra dije

á V. Rma: algo, ahora por que sé que gusta V. R de lo que Dios Nuestro Señor hizo por sus pobres misioneros por estas partes, digo: que luego que vinimos 25 sacerdotes por estas partes, y algunos legos con N. V. P. Fr. Antonio Lináz á fundar el colegio en Querétaro, y que se hicieron algunas misiones en las ciudades más principales, como en México y Puebla, con mucho fruto por la novedad que causó el instituto por estas partes y mayormente el verdadero espíritu del R. P. Lináz; nos envió la obediencia al P. Fr. Melchor López Tolodano; y á mí de la Provincia de Valencia á misionar entre fieles á la Provincia de Guatemala, en el segundo año de nuestra llegada á Querétaro; que ya hace 34 años. Lo que Dios obró en bien de todo aquel Reyno por medio de estos dos pobres hijos de N. P. S. Francisco solo el Señor lo sabe. Todo el Reyno es testigo de vista de como en todos los pueblos, mayormente en los mayores, que son como cabecera de las idolatrías, hechicerías y pactos con el demonio & se quemaron en sus plazas públicamente todos los ídolos de su gentilidad é inmundos instrumentos que les servian para dichas idolatrías, hechicerías y maleficios, entregándonos los *Pontífices, Obispos y Curas*, hasta sus calendarios en que pintados en sus casillas como naipes, tenían todos sus *Naguales*, uno para cada día del año, para cuando nacía alguna criatura bautizarla poniéndole el nombre que le correspondía el día que nacía; y cuando ya era grande la criatura, si era cacique con el *Obispo*, si era principal con el *Cura*, y si *Mazagual* con el *Teniente*, y siendo la criatura ya de siete años, venia el animal en forma visible, y le decian á la criatura, este es tu *nagual* y compañero, y á esto llamaban confirmación: luego para los casamientos, á semejanza de los bautismos, no eran válidos entre ellos si nó se celebraban delante de los *Obispos, Curas ó Tenientes*. Y para morir estos mismos eran los confesores á quienes confesaban todas sus culpas, y ellos los absolvían, que aunque la forma era en su lugar pero en el sentido es lo mismo que yo te absuelvo y perdono tus pecados, en nombre de nuestros dioses. Los *Pontífices* para poderlo ser, y

gracias á Dios Nuestro Señor el P. Fr. Simón por los frutos que hace en las almas Jesucristo? Siempre decia que Jesucristo predicaba, que Jesucristo confesaba y que Fr. Antonio no hacia nada, nada; y así se firmaba la misma nada.

A cerca de los muchos prodigios que Dios obró en el Reyno de Guatemala, solo diré lo que es tan notorio en las idas y venidas, y rodeos desde Querétaro á Guatemala, y desde Guatemala á los infieles los millares de leguas que caminó á pié siempre, sin provisión, predicando y confesando siempre entre los fieles; y entre los infieles siempre retirado en aquellas fragosas sierras por más de catorce años, procurando siempre su reducción y fundando tantos pueblos como fundó y dándole Dios tantas almas como le dió. Pero de esto, más y mejor lo dice una carta, de su misma nota, aunque sin firma ni fecha, porque era borrador de la que escribió al R. P. Comisario; y por el contesto de la misma carta, parece que la escribió en el año de veinte ó veintiuno cuando estaba en la Provincia de los Texas. Yo la encontré en varios sobres escritos viejos entre otros rezagos de su misma letra que conozco muy bien, y la trasladé al pié de la letra; solo se hallan en ella tres huecos ó blancos que no pude entender los vocablos, y los señalé con esta señal: (.) La carta es como sigue:

XVI.

Una autobiografía.

Rmo. P. N. Comisario Gral.

Viva Jesús. Y nos guarde á V. Rma para que como otro S. Pedro envíe opostólicos á este Nuevo mundo, y se cumpla en V. Rma. *Ut sit salus mea usque ad extremum terrae. Amén.* Aunque en otra dije

á V. Rma: algo, ahora por que sé que gusta V. R de lo que Dios Nuestro Señor hizo por sus pobres misioneros por estas partes, digo: que luego que vinimos 25 sacerdotes por estas partes, y algunos legos con N. V. P. Fr. Antonio Lináz á fundar el colegio en Querétaro, y que se hicieron algunas misiones en las ciudades más principales, como en México y Puebla, con mucho fruto por la novedad que causó el instituto por estas partes y mayormente el verdadero espíritu del R. P. Lináz; nos envió la obediencia al P. Fr. Melchor López Tolodano; y á mí de la Provincia de Valencia á misionar entre fieles á la Provincia de Guatemala, en el segundo año de nuestra llegada á Querétaro; que ya hace 34 años. Lo que Dios obró en bien de todo aquel Reyno por medio de estos dos pobres hijos de N. P. S. Francisco solo el Señor lo sabe. Todo el Reyno es testigo de vista de como en todos los pueblos, mayormente en los mayores, que son como cabecera de las idolatrías, hechicerías y pactos con el demonio & se quemaron en sus plazas públicamente todos los ídolos de su gentilidad é inmundos instrumentos que les servian para dichas idolatrías, hechicerías y maleficios, entregándonos los *Pontífices, Obispos y Curas*, hasta sus calendarios en que pintados en sus casillas como naipes, tenían todos sus *Naguales*, uno para cada día del año, para cuando nacía alguna criatura bautizarla poniéndole el nombre que le correspondía el día que nacía; y cuando ya era grande la criatura, si era cacique con el *Obispo*, si era principal con el *Cura*, y si *Mazagual* con el *Teniente*, y siendo la criatura ya de siete años, venia el animal en forma visible, y le decian á la criatura, este es tu *nagual* y compañero, y á esto llamaban confirmación: luego para los casamientos, á semejanza de los bautismos, no eran válidos entre ellos si nó se celebraban delante de los *Obispos, Curas ó Tenientes*. Y para morir estos mismos eran los confesores á quienes confesaban todas sus culpas, y ellos los absolvían, que aunque la forma era en su lugar pero en el sentido es lo mismo que yo te absuelvo y perdono tus pecados, en nombre de nuestros dioses. Los *Pontífices* para poderlo ser, y

mies. Luego dicho P. Fr. Pedro de la Concepción y yo, entramos por último á una Nación llamada Lacandones que hasta hoy se conserva con escolta bastante: estos Lacandones están más cerca de Guatemala, de donde el M. R. P. Comisario General Monzaval con toda fuerza de obediencia, me sacó para Guardián del Colegio de Querétaro, que hube de rodear por los montes y salir á los choques por que la Real Audiencia no me lo estorbara. El primer año de Guardián de dicho colegio de Querétaro envié dos religiosos tales, que apostólicamente fueron como fueron, y fundaron una misión en el Nuevo Reyno de León. En el segundo año envié otros dos, y fundaron otra en el Rio grande del Norte; el tercer año envié otros dos, fundaron otra; y el cuarto año que aun era Presidente *in capite*, otros dos fundaron la cuarta. En esta sazón vino la cédula de Su Magestad, que Dios guarde, para la fundación de otro Colegio de Guatemala, y con ella me envió con precisión el M. R. P. Comisario Giner á Guatemala, donde Cristo crucificado fundó su colegio, tal en lo material y formal, como es obra suya.

Ya sanjeado esto y acabado de ser Guardián, y habiendo subseguido otro Guardián, iba con cincuenta hombres que me dió la Real Audiencia de Guatemala para proseguir las muchas conversiones de Lacandones que dije arriba; y estando cerca de dichas misiones me alcanzó la santa obediencia tan fuerte que el Rmo. antecesor de V. Rma. me envió para que en cualquier parte que me alcanzase, luego luego, dejándolo todo, me partiese á la fundación del Colegio de Zacatecas, como lo hice; y ya zanjeado esto como está en lo material y formal, merced á la patente de V. Rma. para poder entrar entre infieles, sin que ningun inferior de V. Rma. me lo estorbase, escojiendo como escojí dos religiosos, tales como se requieren para estos trabajos, en cuya virtud determiné proseguir estas misiones, cuatro que dije arriba quedaban fundadas, pertenecientes al colegio de Querétaro, en aquellos cuatro años que dije; pues en todos los años que estuve en la de Guatemala en la fundación de dicho colegio, y aún en

siete años que estuvo en el de Zacatecas, no se había adelantado ni otra misión más á las cuatro dichas. Escoji dos religiosos tales como me manda V. Rma. tiré para el Nuevo Reyno de León: por virtud de la patente de V. Rma. se inquietaron los dos colegios de Querétaro y Zacatecas, y Dios rodeó las cosas que el Exmo. Señor Virey de México, envió con nosotros veinticinco hombres con un capitán, y nos ha ido tan bien que hemos penetrado en esta Provincia de los Texas que en otra ocasión costó á S. Magestad 8.700 pesos y no se consiguió cosa, y ahora con veinticinco hombres solamente, nos hemos puesto en el corazón de estas Naciones, y en menos de un año tenemos ya seis misiones, tres por cada colegio de los dos dichos colegios, por que como hermanos mirando solo á Dios, y cumplir con nuestro instituto proseguimos y tenemos puerta para otro nuevo mundo; pues los del Colegio de la Santa Cruz de Querétaro tirarán por el rumbo del Norte á muchísimas Naciones de indios mansos que hay hasta el Nuevo México: y nosotros, los del Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas, tiráremos *Deodante* hácia el Sur, por otras muchísimas que hay hasta Tampico y Veracruz. Ya nuestro Católico Rey envía un Caballero muy del intento, llamado D. Martín de Alarcón, con cincuenta hombres para que reconozca todas estas tierras, y se informe bien de todo, y que con verdad dé informe á S. Magestad de lo que más pareciere convenir; pero que todo esto se llame Nuevas Filipinas. Considere V. Rma. si podremos dar por bien empleados los trabajitos que en tantas distancias y montes se habrán padecido; viendo como Dios, para que la gloria solo sea de su divina Magestad, escojé *Stultum mundi ut ea quae non sunt &*

He cansado con esta á V. Rma. por que así nos lo mandó por su segunda patente á esta Nueva España; y por que como dicen memorias de obras (.) ponen espuelas para el alma: como también para suplicarle que como me favoreció con señalarme dos compañeros á mi elección, se sirva por sus letras patentes, de concederme pueda elejir hásta cuatro, con explicación no

solo de los colegios sino de las Provincias que voluntariamente quisieren; sin que ningún inferior pueda estorbarlo; por que en los colegios, luego los Guardianes salen con que no hay bastantes para seguir la rigurosisima escuela de la comunidad, como mandan las Bulas & y lo otro, por que en todas estas Provincias hay hombres muy para ello, y voluntarios que sabiendo pueden venir á esta Viña de Texas que tanto se oye en todas partes, sin ir primero al colegio, al año de cuasi aprobación, vendrán de todos; mayormente si V. Rma. pone: que el primer año que me acompañen en este ministerio, se les cuenta por el primer año de cuasi Noviciado que piden las Bulas, y esto muy según el intento y mente de Su Santidad en las Bulas; pues dice que este año de cuasi aprobación sea para que *Melius constet de ejus sufficientia* y suponga V. Rma. que los que yo escojere serán tales como por dicha patente me manda V. Rma. que su suficiencia conste á todos: yaún por eso será forzado de las amenazas que V. Rma. suele poner, por que las Provincias no digan que yo saco de sus Provincias hombres de tanto espíritu y suficiencia.

Ni admire V. Rma. que habiendo tantos hombres de tanta suficiencia en esta provincia, no vuelen á los colegios para ser apóstoles de estos tiempos, porque como la experiencia ha mostrado este mal de hermanos en estando juntos en un convento, digo en una barriga: pues vemos que Jacob y Esau *colidebantur parvuli in utero ejus*: sin duda ninguna que la lucha se originaria de verse en el estrecho del vientre ó del convento; y lo principal por que *erant parvuli* que si fueran varones perfectos no fueran en plural, sino uno *in virum perfectum* aunque fueran mas y tuvieran naturales tan distintos como los cuatro de la carrosa, que no solamente eran cuatro, sino con cuatro caras cada uno, y todos cuatro no eran más que un Jesucristo y una cara de Jesucristo: *factes hominis in eis, id est facies Christi*.

Por lo cual si todos fuéramos perfectos se gloriaría el Señor y se consolaria como en sus siervos por

que no habria en todos y en cada uno más que un espíritu y una fé, y así todos iríamos á una donde guiara este espíritu, solo espíritu de Jesucristo: pero como esta perfección es de pocos, parece (.) que V. Rma. se digne si le parece y Dios Nuestro Señor se lo manda, de concederme dicha licencia de escojer hasta cuatro ó los que á V. Rma. le pareciere, aunque sea en las Provincias: que sabiendo que no han de pasar por el estrecho del quasi año del Noviciado y que si después de acompañarme en este ejercicio apostólico se quieren pasar al Colegio Apostólico de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas ó al que quisieren de los que están fundados, que son Querétaro, Guatemala y Zacatecas, ó si no que desde este ejercicio sin tocar en colegio se puedan volver á su Santa Provincia sin nota de que retrocedieron, sino que solo estos me acompañaron ese tiempo por la licencia de V. Rma. que tenia yo para ello.

Bien veo que he sido molesto, pero Dios me dió esta vez licencia para que se lo represente y para que V. Rma. no haga más que lo que su divina Magestad le inspire, que eso y no mas ruego, por el mismo Señor, que nos guarde á V. Rma. como hemos menester sus hijos.

Misión de Nuestra Señora de Guadalupe de los Texas, y Marzo &c.

XVII.

La Obra Magna.

¿Habéis visto alguna vez el convento de Guadalupe? escribia en 1848 un célebre diplomático zacatecano ¿Habéis visto aquel sitio montañoso, salvaje y antes solitario, en el cual el monasterio fué construi-

que comunicasen frecuentemente con el demonio, sacrificaban primero sus hijos al demonio, y sus ojos, y quedaban ciegos y bien ciegos. Luego les infundia el demonio la inteligencia de los dos calendarios, del nuestro de doce meses de treinta dias, y el suyo de veinte meses de á veinte dias: los santos del nuestro y festividades de todo el año, y los *naguales* del suyo; y como estos *Pontifices* del demonio hablaban con él y á ellos los consultaban todos como á oráculos, los veneraban y temian, como se deja ver de su corto talento: y lo primero que les mandaban á dichos *Pontifices* era que no dijese nada de esto ni al Padre, ni á Español, ni á nadie, pena que los consumiría á todos. &

Y por que esto no parezca ficción, y se vea que no los hombres, sino solo Dios hizo esta obra, ellos mismos vinieron á nosotros y nos lo contaron todo y nos lo entregaron todo para que públicamente se quemara como se quemó en las plazas y cementerios de las Iglesias, que esto es lo que admiraba á todos los nuestros, ver que cuando todo había estado tanto tiempo en secreto, ahora ellos mismos lo publicaban y entregaban. Obra de solo Dios: aunque es verdad que Dios predicó por sus dos pobres con el espíritu y eficacia que el mismo Señor dió. Con que aunque todos los pueblos del Reyno de Guatemala eran cristianos, estaban peores que ántes, porque ántes no tenían más que sus dioses que eran sus ídolos; pero después, ídolos, y ultrajaban los cuatro sacramentos dichos: pues después que ellos los habían celebrado les decian: ahora decidle al P. que bautize la criatura; ó al enfermo, ahora llama al P., y no le confieses sino que has vivido con tu mujer ó con tu marido, regañando con tus muchachos &c. Solo en lo más del Obispado de Chiapas no sacamos nosotros dichas idolatrías, sino que al mismo tiempo el Illmo. Sr. Obispo D. Francisco Nuñez de la Vega con sus doctrinas dominicanas, quienes son doctrinas de lo más principal del Obispado, lo sacaban todo, descubriendo entre los indios una Virgen encantada que aparecía á una niña india, por quien les hablaba y los tenía el demonio ciegos &c. Y dicho

Señor Obispo con dichos RR. PP., como unos apóstoles lo limpiaron; y para que este bien perseverase, la Real Audiencia de Guatemala, sacó á los principales *Pontifices* y *Obispos* de sus pueblos, y los depositó en los conventos de la ciudad de Guatemala y en nuestro colegio, donde con caridad les decíamos las verdades, dándoles lo necesario para ellos y para que otra vez no engañasen á los suyos.

Esto es lo que sucedió entre fieles.

Pero lo que obró el Señor entre infieles confidentes de aquel Reyno, solo el mismo Señor lo sabe, á quien sea toda la gloria: pues solo los dos penetramos á pie con nuestros bordones las Naciones de Talamanca, de los cabecabas y Terravas & quemando todos sus ídolos, fundando Iglesias, dándonos Dios para esto muchos indios intérpretes de los pueblos cristianos más inmediatos por quienes con verdad y caridad les predicábamos &. No digo los peligros y trabajos que fueron muchos; pues en cada Nación permitía Dios una parcialidad, que nos querian matar, y solian salir á hacer su ademán; pero viendo nuestra constancia (no nuestra sino de Dios en nosotros) de ordinario eran estos los mejores cristianos: pero ¿que mucho, si Dios, de ante mano nos prevenía y autorizaba? Pues los intérpretes nos dijeron en la Provincia de Talamanca, despues que ya eran cristianos: Padres, estos indios dicen que un año ántes que vinierais, los ídolos les dijeron que ya era hora que fueran cristianos, por que venian dos hombres, de esta y de esta manera, con este traje, puntuándonos á nosotros según y como. Claramente se vé que Dios cumplió su palabra *Stulta mundi ellégit Deus* &. Todo esto no fué corriendo sino muy de espacio; por que estas cosas, si no hay paciencia, prudencia y perseverancia, no se hacen bien: Pues gastamos en lo dicho mi P. Fr. Melchor y yo, catorce años, hasta que dicho P. murió entre unos indios Zambos, de su muerte natural, asistiéndole el P. Fr. Pedro de la Concepción, que murió Obispo de Portorrico, que entonces era uno de los cuatro misioneros que nos enviaron del Colegio de Querétaro para que nos ayudasen á tanta

solo de los colegios sino de las Provincias que voluntariamente quisieren; sin que ningún inferior pueda estorbarlo; por que en los colegios, luego los Guardianes salen con que no hay bastantes para seguir la rigurosisima secuela de la comunidad, como mandan las Bulas & y lo otro, por que en todas estas Provincias hay hombres muy para ello, y voluntarios que sabiendo pueden venir á esta Viña de Texas que tanto se oye en todas partes, sin ir primero al colegio, al año de cuasi aprobación, vendrán de todos; mayormente si V. Rma. pone: que el primer año que me acompañen en este ministerio, se les cuenta por el primer año de cuasi Noviciado que piden las Bulas, y esto muy según el intento y mente de Su Santidad en las Bulas; pues dice que este año de cuasi aprobación sea para que *Melius constet de ejus sufficientia* y suponga V. Rma. que los que yo escojere serán tales como por dicha patente me manda V. Rma. que su suficiencia conste á todos: yaún por eso será forzado de las amenazas que V. Rma. suele poner, por que las Provincias no digan que yo saco de sus Provincias hombres de tanto espíritu y suficiencia.

Ni admire V. Rma. que habiendo tantos hombres de tanta suficiencia en esta provincia, no vuelen á los colegios para ser apóstoles de estos tiempos, porque como la experiencia ha mostrado este mal de hermanos en estando juntos en un convento, digo en una barriga: pues vemos que Jacob y Esaú *colidebantur parvuli in utero ejus*: sin duda ninguna que la lucha se originaria de verse en el estrecho del vientre ó del convento; y lo principal por que *erant parvuli* que si fueran varones perfectos no fueran en plural, sino uno *in virum perfectum* aunque fueran mas y tuvieran naturales tan distintos como los cuatro de la carrosa, que no solamente eran cuatro, sino con cuatro caras cada uno, y todos cuatro no eran más que un Jesucristo y una cara de Jesucristo: *factes hominis in eis, id est facies Christi*.

Por lo cual si todos fuéramos perfectos se gloriaría el Señor y se consolaria como en sus siervos por

que no habria en todos y en cada uno más que un espíritu y una fé, y así todos iríamos á una donde guiara este espíritu, solo espíritu de Jesucristo: pero como esta perfección es de pocos, parece (.) que V. Rma. se digne si le parece y Dios Nuestro Señor se lo manda, de concederme dicha licencia de escojer hasta cuatro ó los que á V. Rma. le pareciere, aunque sea en las Provincias: que sabiendo que no han de pasar por el estrecho del quasi año del Noviciado y que si después de acompañarme en este ejercicio apostólico se quieren pasar al Colegio Apostólico de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas ó al que quisieren de los que están fundados, que son Querétaro, Guatemala y Zacatecas, ó si no que desde este ejercicio sin tocar en colegio se puedan volver á su Santa Provincia sin nota de que retrocedieron, sino que solo estos me acompañaron ese tiempo por la licencia de V. Rma. que tenia yo para ello.

Bien veo que he sido molesto, pero Dios me dió esta vez licencia para que se lo represente y para que V. Rma. no haga más que lo que su divina Magestad le inspire, que eso y no mas ruego, por el mismo Señor, que nos guarde á V. Rma. como hemos menester sus hijos.

Misión de Nuestra Señora de Guadalupe de los Texas, y Marzo &c.

XVII.

La Obra Magna.

¿Habéis visto alguna vez el convento de Guadalupe? escribia en 1848 un célebre diplomático zacatecano ¿Habéis visto aquel sitio montañoso, salvaje y antes solitario, en el cual el monasterio fué construi-

Una multitud innumerable de viudas, huérfanos, enfermos é inválidos, todos los días á las doce, se agrupan á una de las puertas del colegio en donde reciben gratuitamente un alimento que no podrían encontrar en otra parte; alimento que para algunas familias no solo satisface la necesidad de aquella hora, sino que es bastante para cubrir las exigencias de todo el día. Eso es á más de los auxilios que reciben en su misma casa muchas personas, á quienes por vergüenza ó por impedimento físico no les es dado ir á llamar á las puertas de la ciudad.

Del jardín del monasterio se proveen todos los que necesitan de yerbas medicinales, aún de hortalizas de uso común y de frutas de gusto, sin que todo ello les cueste más que el trabajo de llamar á una puerta, invocando el nombre de Dios y de María. Una familia tiene una pesadumbre, un acontecimiento grave que lamentar y las primeras palabras que escucha de consuelo, son de la boca de un religioso, que, sin necesidad de ser llamado, vuela á derramar en el seno de la desolación, un bálsamo más precioso todavía que el que derramó la pecadora sobre los piés del Salvador. Por esto es que, cuando un religioso muere tal vez en sus años floridos, la villa toda se interesa en el acontecimiento: su cadáver se cubre de flores que le presenta la gratitud de un pueblo, que con lágrimas le dice su adiós postrero, dando testimonio de que "con lo poco que vivió, llenó la carrera de una larga vida, y ha recibido la recompensa de una virtud consumada". Página brevisima que encierra toda una historia; pero que nunca ha podido escribir de ninguno de sus heroes la humana filantropía con todos sus esfuerzos.

En una de las veces que concurrimos al templo, acertamos á llegar á la hora en que se solemnizaba la toma de hábito de cuatro jóvenes de los que el mayor tendría veintitres años; entre ellos estaba un ciego de nacimiento. Celebramos la oportunidad de presenciar un acto de que nunca habíamos sido testigos, y sobre el que, como principio de la vida monástica, se declara por muchos hasta el fastidio.

Había una concurrencia numerosa no obstante que el acto que se preparaba es muy frecuente en Guadalupe; pero sin duda que los prodigios de la religión cristiana, por repetidos que sean, nunca dejarían de causar admiración y excitar interes en un pueblo creyente. En el pavimento del templo, cubierto con preciosas alfombras, estaban cerca del prebisterio cuatro hábitos en forma de cruz y adornados de flores; próximos á ellos estaban los postulantes, de rodillas, y todavía en traje secular. Después de haber hecho estos su solicitud en la forma de estatuto, siguió una alocución dirigida á los mismos por un eclesiástico venerable por muchos capítulos.

Esa alocución, sin pasar de la categoría de una plática adecuada al objeto, tuvo toda la sencillez de una homilia de los antiguos Padres, y la unción del orador que habla porque cree y porque siente. El predicador habló á los postulantes, de la gravedad del estado que se proponían abrazar; de las numerosas y agudas espinas que se ocultaban bajo de un sayal que, en aquel momento, se les presentaba cubierto de flores; de lo difícil que es el camino que conduce á la perfección evangélica que no todos los hombres son capaces de esta, y que si bien todo cristiano está obligado á los preceptos, son pocos los capaces de reportar las cargas consiguientes á la práctica de los consejos del evangelio; que aun en las soledades del claustro, bajo las bóvedas del santuario se suscitan espantosas tempestades, tanto más terribles cuanto más calladas á manera de esas borrascas silenciosas que fermentan en la profundidad de los abismos del mar que apenas se dejan percibir por una ebullición superficial, pero que una vez que revientan levantan hasta las estrellas del cielo las algas y los mariscos que hubieran arrancado de las mismas entrañas de la tierra.

Seguió á esto la absolución dada por el prelado á los postulantes; la bendición del hábito y del cordón; el acto de despojarse de las vestiduras profanas y cubrirse con el traje monástico; el canto de un himno sagrado y una exhortación á los admitidos á dar gra-

cias á Dios por haberles puesto en un camino de salud, después de lo cual fueron conducidos al interior del monasterio por la comunidad, que había asistido al acto.

Dijimos antes que entre los cuatro jóvenes á quienes vimos tomar el hábito en Guadalupe, había un ciego de nacimiento. Este se recibió como novicio para la profesión laical. Era originario del Cedral: en la casa de sus padres se hospedaban con frecuencia los padres de Guadalupe; y esto hizo que el ciego les cobrase afecto, así como al instituto monástico de que eran hijos los frecuentes huéspedes de su hogar paterno. Era músico, y pulsaba con admirable dulzura el arpa y la flauta. Poseía ese estilo peculiar á los mismos ciegos cuyas concepciones musicales, muchas veces, no tienen imitación en las escuelas del arte. Pretendiendo alguna vez sujetar al análisis de nuestro sentimiento las cadencias y armonía de la flauta de nuestro ciego, encontramos en ella una sucesión grave de períodos dulcísimos, interrumpida de vez en cuando por arranques muy vivos que registraban las notas más agudas, elevándose hasta los cielos de donde descendía el músico con igual rapidéz que se había elevado, para conservarse á una altura modesta, la del corazón sencillo.

Este ciego llevando en el claustro todavía la vida de donado, se hizo conducir al órgano del templo; se impuso de la riqueza del instrumento, y se prometió pulsarlo con la misma destreza con que pulsaba su arpa y su flauta. Y sucedió así, porque muy en breve, él ejecutaba la música del coro para la celebración de los divinos oficios. No llegó á hacer la profesión monástica, por que su padre con el ascendiente de tal, hizo todo el empeño posible para disuadirlo de su resolución; logró en efecto arrancarlo, á su pesar, del asilo que había encontrado en el monasterio: algún tiempo después, hizo esfuerzos el piadoso ciego por volver á la casa de su elección, pero se le opusieron las mismas dificultades domésticas.

No nos ocuparemos de describir el interior del santo monasterio de Guadalupe, ni la bella distribución de sus departamentos, sus hermosísimos patios, su extenso jardín, y algunas obras de arquitectura dignas de especial mención: esto no cumple al propósito que nos hemos fijado. Nuestro objeto es dar á conocer las impresiones que en un claustro se pueden recibir. Al describir estas, nos ocuparemos muy al paso de algunos objetos materiales á que conservamos ligado algún recuerdo. Por tanto no será extraño que pasemos por alto verdaderas cosas notables, y que mencionemos otras muy triviales.

Al caer la tarde entramos al Colegio, y después de haber recorrido algunos ambulatorios, apenas alumbrados por la incierta luz del crepúsculo, quedamos en posesión de la celda que nos fué señalada para habitación. Como no sabíamos todavía la distribución del extenso edificio, al entrar á la celda perdimos hasta el rumbo hácia donde quedaba la puerta principal, y nos encontramos como extraviados en nuestra misma casa.

En aquella celda encontramos los muebles necesarios para nuestra permanencia de algunos días; una mesa con útiles de escritorio y algunos libros; todo era pobre, pero aseado con esmero. Tan luego como nos instalamos en este lugar, sentimos una especie de transformación en todo nuestro individuo, que nunca podríamos explicar cumplidamente.

Toda esa noche estuvo llamando nuestra atención el ruido extraño que formaban las impetuosas corrientes de viento que entrando por los brocales de un aljibe, iban á hacer una explosión en la profundidad, semejante á la detonación lejana de una pieza de artillería de batalla. Esas ráfagas de viento eran una imagen de las pasiones del siglo, que invaden hasta el ámbito silencioso de los claustros, para hacer contra sus muros la postrera explosión, cuyo ruido trae el recuerdo de las borrascas de allá afuera.

Permanecimos más de quince días en el Colegio de Guadalupe, recibiendo en cada uno de ellos frecuentes obsequios y manifestaciones muy expresivas

do? ¿Habéis recorrido el interior de aquél edificio suntuoso, sí, pero á la vez triste, sombrío y solitario; y, no obstante estar poblado por un crecido número de religiosos, silencioso y melancólico por el recojimiento y la taciturnidad de los frailes que lo habitan?... Si no habéis entrado jamás en ese vasto y bién construído monasterio; si no habéis penetrado en sus celdas; recorrido sus claustros y prolongados dormitorios; si no habéis visto cuando á la luz pálida de la luna, bañando aquel triste recinto, aparecen en el interior los monjes, que callados atraviesan, pasando lentamente como sombras que se suceden uno tras otro, cubiertos con sus mantos benicientos, cual si acabasen de ser evocados de las tumbas; si no habéis oído á la media noche el toque de la campana resonando en las bóvedas sombrías; no habéis gozado una de las emociones más vivas y profundas que pueden conmover el pecho humano.

"En este convento, hay consuelo, para la adversidad, caridad para la desgracia y tolerancia para el hombre que ha caído en el error: en él hallareis asilo y hospitalidad cuando deseéis estar á cubierto de las pasiones en las *Alas de la religión*, ó si queréis descansar alguna vez de las vagas y penosas agitaciones de la vida. Allí vereis ancianos cargados de años y de merecimientos, ricos de ciencia y de virtud, que han estudiado al hombre en la soledad en que habitan los salvajes, en las ciudades populosas y en las chozas donde mora la miseria. Allí tendréis silencio para meditar sobre las ilusiones de la vida, recogimiento para elevar vuestra alma, melancolía para suspirar, si os oprime el dolor, ó si os aflige algún tierno recuerdo, y soledad para llorar los infortunios que causan las pasiones. Allí hallaréis, en fin, inspiración y grande pensamiento."

Quando nos proponemos decir una palabra sobre ese plantel de ciencias y de apostólicas virtudes, no es nuestra mente entrar en detalles sobre su extinción... Nos proponemos solo, al es cribir estas líneas, hacer algunas apreciaciones á cerca de la obra

destruída; no en sus relaciones sociales, no en sus trascendencias políticas, sino tal vez unicamente en sus relaciones con nuestro corazón... con las necesidades más íntimas de nuestro individuo. Para hablar con esta limitación, creemos que nos basta habernos puesto en contacto alguna vez con el objeto de que nos ocupamos: ¿A quién se niega hablar de lo que ha visto y sentido?

En 1854 accidentalmente residiamos en Zacate de donde fuimos después á vivir algunos meses en la villa de Guadalupe. Es esta una población de más de seis mil habitantes, compuesta en su generalidad de gente operaria; el principal vecindario se reduce á algunas familias de mediana fortuna, que llevan una vida sencilla, y unas costumbres en lo general bastante arregladas. Observamos muy en breve que en la población bien poco tiene que hacer la policía, cuyas funciones están totalmente prevenidas por la buena moralidad del común. En la villa toda, se respira un cierto aire de gravedad austera, que dá muy bien á conocer la influencia que sobre ella ha ejercido desde muchos años, el espíritu monástico, á cuya sombra nació la generación actual y la que la precedió.

Esa influencia ejercida sobre la villa, por el espíritu de un convento, no procede de prurito que los religiosos tengan por influir en los negocios públicos de la sociedad que les rodea, ni en los domésticos de las familias que forman esa sociedad. Bien lejos de eso, ellos apenas tienen tiempo para dar lleno á los deberes que su instituto les prescribe, y se aíslan absolutamente de todo aquello que pudiera distraerles de la abstracción que demanda una regla observada en todo su rigor primitivo. Esos religiosos, con una constancia infatigable, administran los sacramentos al pueblo, predicán la palabra divina, auxilian á los moribundos en toda la población. Los días festivos son llamados á las haciendas inmediatas para que celebren el sacrificio y enseñen la doctrina á los numerosos fieles que viven dedicados á los trabajos rústicos ó al beneficio de los metales preciosos.

del aprecio de unos huéspedes que no nos conocían, ni supieron de nosotros otra cosa mas, que habíamos llamado á las puertas de su casa en busca de la paz del corazón. Algunos religiosos nos visitaban diariamente; pero sin ser nunca inoportunos ni embarazarnos de nuestra dedicación á otros objetos.

Ningún religioso, al hacernos sus visitas, dejaba de llevarnos un pequeño obsequio de aquello que creía podría sernos útil ó necesario, nos preguntaban, con empeño, si carecíamos de alguna cosa ó si deseábamos otras, y se esforzaban por prevenir á nuestros deseos.

Los mismos que nos visitaban, se ofrecieron á enseñarnos lo que hubiera de más notable en la casa: la vasta extensión de esta, sus hermosas capillas interiores, su biblioteca con un gran número de volúmenes, sus bellísimas pinturas, su galería de retratos de religiosos del mismo Colegio, célebres según el espíritu del Evangelio, su huerta provista de gran variedad de legumbres y frutas; todo lo conocimos y visitamos repetidas veces conducidos por los padres, que sin hacer misterio de cosa alguna, contestaban con comedimiento á las preguntas que les hacíamos sobre los diversos objetos que se nos presentaban á la vista.

En tantas veces como los religiosos nos favorecieron con sus visitas, nunca nos fastidiamos con una conversación adusta, ó en que tuvieran pretensiones de lucir como hombres espirituales y entregados á una vida puramente ascética; parecía ántes bien, que estudiaban nuestro carácter para atemperarse á él en sus conversaciones, conforme á las reglas de una exquisita urbanidad. Tuvimos el gusto de tratar con varios eclesiásticos profundamente versados en la Teología, en el Derecho canónico, en la Historia Sagrada y profana en la bella literatura romana y española, y en muchos otros ramos del saber humano. En el tiempo á que nos referimos, el Colegio estaba suscrito á los periódicos nacionales más notables de la época: así es que, allí se estaba al tanto de los acontecimientos importantes contemporáneos. Y sin embargo, ese cau-

dal de ciencia profana y sagrada, en contacto con los conocimientos del siglo, ni producían hinchazón en aquellos sabios modestos, que llenos de luz y de doctrina, podían ser comparados á unos niños por su sencillez, ni desdecía en lo más mínimo de la gravedad de un instituto, cuya exclusiva misión es la de santificar á sus miembros, para que estos santifiquen al mundo. Esos religiosos se impregnan, por decirlo así, de todo el saber humano, y aun de las actualidades del siglo, por que en su apostolado necesitan combatir el orgullo de la ciencia humana, é imprimir un sello divino sobre el instable carácter de ese mismo siglo.

Se tiene la idea de que los frailes, generalmente son bruscos, sin educación alguna y groseros en todos sus portes. Nosotros en el Colegio de Guadalupe, tratamos con religiosos que, lejos de tener estos defectos repugnantes, al contrario, les encontramos muy al alcance de la educación del día, y de esos estudios delicados y maneras expresivas, que les pone en aptitud para tratar con la sociedad más culta, sin descender por ello de la gravedad caballerosa que es indispensable en todo el que viste el austero hábito monástico.

COMUNION

Dijimos que habíamos ido al claustro en busca de la paz del corazón. No nos equivocamos al dirigirnos á un asilo donde se respira un ambiente todo de paz. En él todo lo que se presenta á la vista, así como lo que afecta al espíritu y al corazón, parece que tiene el poder de conjurar esas turbulencias que

petidas mil veces, nos parecían reproducirse todos los días á impulsos de una inspiración nueva.

Pintura.

Cumplido nuestro primer propósito en el Colegio de Guadalupe, tuvimos libertad para dedicarnos á conocer algunas de las bellezas que enriquecen á aquellos claustros. Vimos pinturas de mucho mérito y de pinceles de primer orden: estas son calificadas allí con criterio, estimadas con gusto y conservadas con esmero. Hace pocos años que por alguna de ellas ofreció un extranjero, amante de las bellas artes una fuerte suma, que fué desechada modestamente por los pobres mendicantes, prueba del buen gusto y desinterés que reinó entre aquellos religiosos.

Conocimos los retratos de algunos religiosos venerables por sus virtudes; de otros que se pueden llamar beneméritos de la patria, porque ensancharon sus límites llevando la luz del Evangelio, y con ella la civilización y el imperio de la ley más allá de los desiertos donde nunca pudo penetrar la espada del conquistador. Religiosos ilustres que fueron á fecundizar con su sangre el helado territorio de Texas; y que opusieron un muro inexpugnable á las irrupciones de los salvajes, que cuando faltaron los misioneros han podido traer al corazón de la República, la desolación y el exterminio! ¡Apóstoles oscuros, según el mundo; pero cuyo nombre aparece radiante en las páginas de la Religión y de la humanidad!

Al ver nosotros en los claustros de Guadalupe los retratos de esos varones ilustres que revelan la

humildad del espíritu y la maceración de la carne; al leer sus pequeñas biografías, escritas al pié de los mismos cuadros, reducidas á decir el nombre del apóstol, la duración y el lugar de su misión; y su muerte ya consumido por los trabajos de la campaña evangélica, ya sacrificado por el furor del idólatra bárbaro, no pudimos menos de confundirnos al encontrar en nuestros días en todo su ardimiento ese espíritu apostólico que recuerda las historias de los primeros días del cristianismo, y bendeciamos esos dichosos monasterios, conservadores perpetuos de una fé viviente y de una caridad sin límites. He aquí, decíamos, los verdaderos conquistadores del mundo; porque solo ellos conquistan triunfando del orgullo y la ceguera de la inteligencia, y avasallando el corazón.

En vano algún curioso se esforzará por oír en Guadalupe historias maravillosas; biografías como las de los grandes del siglo; rasgos sorprendentes y de incomprensible carácter. No, allí se leerán y se escucharán las relaciones modestas de los trabajos apostólicos del misionero de Californias; del martirio horrible del misionero de Texas; los apuntamientos históricos y científicos que el apóstol de la fé ha podido escribir en los márgenes de las páginas de su breviario bajo las encinas del desierto. Los religiosos de Guadalupe, dignos hijos del Venerable Padre Margil, no aspiran á otra cosa que á andar y desandar millares de leguas, propagando la fé que llevan en su corazón, que cultivan en su inteligencia y que sellan con su sangre.

En el proceso seguido para la beatificación del Venerable Padre Margil, figura como hecho muy sorprendente el increíble número de leguas que anduvo á pié en toda su vida en ejercicio de su ministerio de *propaganda fide*. Sus hijos, los religiosos de Guadalupe han seguido el ejemplo de aquel varón apostólico, y han sido otros tantos heroes del cristianismo y de la civilización evangélica.

VIDA DEL CLAUSTRO.

A las doce de la noche van al coro todos los religiosos; luego tienen media hora de oración mental y á eso de las dos de la mañana vuelven á sus celdas. Muy temprano, se dirijen al coro para recitar la hora menor llamada *prima*. Se rezan entonces las misas y en los juéves y sábados, misas cantadas, y en los días festivos misas después de *tercia* á las ocho de la mañana, según el rito de la Iglesia. Conforme celebran los sacerdotes toman su desayuno. El espacio que queda hasta las diez, era dedicado al estudio y al confesonario. De diez á once se decían las horas canónicas *tercia, sexta y nona*. A las once se pasaba al refectorio, en donde jamás se omitía la lectura edificante que hacían por turno los coristas. En las misas no se conocía el uso de los manteles sino en días muy clásicos. En ciertos días señalados, dadas las gracias después de la comida, se practicaba el acto humilde de lavar los platos. Acabado este acto, iba la comunidad á la Iglesia y rezaba la estación en cruz delante del Santísimo Sacramento.

Volvían á sus celdas. A las dos de la tarde la campana los llamaba al coro en donde permanecían tres cuartos de hora rezando *visperas y completas*: los Jueves y Domingos, menos en el Adviento, y Cuaresma, terminando el oficio divino, se reunían en conferencias, las que versaban sobre Teología moral, y los Viernes, á cerca de la Regla que profesaban. De las tres á las cinco se dedicaban al estudio.

Luego se oía el tañido de la campana, que era un llamamiento, para tener una hora de oración mental de la cual se levantaban saliendo con dirección al refectorio para la colación ó cena, pasando después al templo, en donde se entonaba solemnemente el *Tota pulchra* y por devoción especial á la Purísima Concepción, se añadía los Domingos: **Para dar luz inmortal.** A continuación, y á tenor de las leyes de la Orden, tres días en la semana tenían disciplina: el noviciado la tenía las vísperas de Comunión de regla, por lo común miércoles y sábado. El tratamiento fué siempre de Vuesa Paternidad á los Prelados; Vuesa Reverencia á los Sacerdotes; y á los coristas, laicos novicios y donados el de Vuesa Caridad.

En esto daban las ocho de la noche, se oía tocar á silencio y retiro, y hechas las oraciones piadosas, descansaban hasta media noche.

Los jueves que no eran de Cuaresma ó de Adviento, eran días de asueto por las tardes. Como á las cuatro se dirijían á la huerta. A las seis y media eran llamados al coro; se rezaba la Letanía Lauretana y la estación; después bajaban al refectorio. En todos los actos á que asistía la comunidad, lo hacía en silencio. Esto escribía el Señor Lic.D. Remigio Tovar, quien más tarde cambió la pluma y la toga por la espada convirtiéndose en un veterano valiente que llegó á ser general en el ejército conservador.

XVII.

Las leyes monásticas.

Margil Legislador.

"Las reglas de las observancias religiosas no deben considerarse como invenciones humanas. San

suscitan las pasiones, de abrir los ojos á una luz nueva también. El solo espectáculo de las prácticas piadosas, á que sin cesar está dedicada la comunidad, el aspecto venerable de tantos hombres, en cuyos semblantes está pintado el espíritu de vencimiento y de abnegación continua; la idea de penitencia y de expiación que se refleja de todos los objetos con que se tiene que estar en contacto, es bastante para impresionar profundamente aún al corazón más frívolo, y más hundido en las vaciedades del siglo.

El que habite por algunos días en el Colegio de Guadalupe, no necesita oír predicación, ni dedicarse á la lectura de libros de piedad, para transformarse en otro hombre, y ocuparse seriamente de algo que tenga tendencias á lo sobrenatural: para esto le bastan solo los repetidos ejemplos que tiene á la vista, á todas horas y en todas líneas, y en todas partes. Presenciamos varias veces la comunión de la comunidad, en los días en que debe recibirla por estatuto. Este es uno de los actos más graves y patéticos que hemos presenciado en nuestra vida. La comunidad espera en la sacristía la hora de la comunión, en medio de un silencio tan profundo, de compostura tan modesta, que solo se puede explicar en el hombre que se anonada absolutamente bajo el peso de la conciencia y de su pequeñez en presencia de un Dios infinitamente grande. De allí se van acercando los religiosos á la sagrada mesa, descalzándose previamente y postrándose por tres veces; sin que en este tiempo se oiga más que la fórmula de la administración del Sacramento terrible pronunciada por el sacerdote, y el chisporroteo de la cera que arde al rededor del Dios vivo. Si algún cuadro hemos presenciado en la vida con verdadero temor y temblor; si alguno nos ha causado impresiones inolvidables: sin que nunca nos haya sido dado describirlo exactamente es el de esa comunión en Guadalupe, que da tan poco que ver, como mucho que sentir, sin poder, sin embargo, decir algo sobre ella.

Aquellos hombres ángeles, hundidos por decirlo así desde la cabeza hasta los pies en la miseria de

su sayal, emblema de la miseria misma de la carne, con sus plantas desnudas y arrastrándose sobre sus pechos para acercarse al Verbo de Dios, nos parecen tan grandes, tan sublimes, como puede serlo el hombre que, reuniendo la fe del apóstol, la esperanza del profeta y la caridad del mártir, arrastra consigo la conciencia del pecado, y da testimonio de la penitencia. Si alguno quisiera conocer la personificación del prodigio cristiano, prodigio monstruo en verdad, que resulta del recojimiento de la fe, la esperanza, la caridad y la expiación, le conduciríamos á presenciar la comunión de los religiosos de Guadalupe: allí vería desaparecer al hombre todo mediante una completa transformación divina; á manera de la víctima sagrada que desaparece del altar de los sacrificios devorada por las llamas que descienden del cielo para consumir el holocausto: allí vería levantarse al mortal hasta las alturas del cielo, como el profeta Elías que arrebatado por el torbellino de fuego, se perdió á los ojos de Eliseo, dejándole su manto en testimonio de la peregrinación que había consumado.

Tota Pulchra.

Otra de las prácticas muy interesantes para nosotros en aquella comunidad, fué el canto por la noche del Tota pulchra que entona en el cuerpo de la Iglesia, y que viene á cerrar las oraciones comunes del día. Es un canto grave, bajo la nota de un sentimiento muy expresivo y sin más música que la misma letra que se entona; y no obstante esto siempre encontramos nueva aquella canturía; y sus armonías re-

VIDA DEL CLAUSTRO.

A las doce de la noche van al coro todos los religiosos; luego tienen media hora de oración mental y á eso de las dos de la mañana vuelven á sus celdas. Muy temprano, se dirijen al coro para recitar la hora menor llamada *prima*. Se rezan entonces las misas y en los juéves y sábados, misas cantadas, y en los días festivos misas después de *tercia* á las ocho de la mañana, según el rito de la Iglesia. Conforme celebran los sacerdotes toman su desayuno. El espacio que queda hasta las diez, era dedicado al estudio y al confesonario. De diez á once se decían las horas canónicas *tercia, sexta y nona*. A las once se pasaba al refectorio, en donde jamás se omitía la lectura edificante que hacían por turno los coristas. En las misas no se conocía el uso de los manteles sino en días muy clásicos. En ciertos días señalados, dadas las gracias después de la comida, se practicaba el acto humilde de lavar los platos. Acabado este acto, iba la comunidad á la Iglesia y rezaba la estación en cruz delante del Santísimo Sacramento.

Volvían á sus celdas. A las dos de la tarde la campana los llamaba al coro en donde permanecían tres cuartos de hora rezando *visperas y completas*: los Jueves y Domingos, menos en el Adviento, y Cuaresma, terminando el oficio divino, se reunían en conferencias, las que versaban sobre Teología moral, y los Viernes, á cerca de la Regla que profesaban. De las tres á las cinco se dedicaban al estudio.

Luego se oía el tañido de la campana, que era un llamamiento, para tener una hora de oración mental de la cual se levantaban saliendo con dirección al refectorio para la colación ó cena, pasando después al templo, en donde se entonaba solemnemente el *Tota pulchra* y por devoción especial á la Purísima Concepción, se añadía los Domingos: **Para dar luz inmortal.** A continuación, y á tenor de las leyes de la Orden, tres días en la semana tenían disciplina: el noviciado la tenía las vísperas de Comunión de regla, por lo común miércoles y sábado. El tratamiento fué siempre de Vuesa Paternidad á los Prelados; Vuesa Reverencia á los Sacerdotes; y á los coristas, laicos novicios y donados el de Vuesa Caridad.

En esto daban las ocho de la noche, se oía tocar á silencio y retiro, y hechas las oraciones piadosas, descansaban hasta media noche.

Los jueves que no eran de Cuaresma ó de Adviento, eran días de asueto por las tardes. Como á las cuatro se dirijían á la huerta. A las seis y media eran llamados al coro; se rezaba la Letanía Lauretana y la estación; después bajaban al refectorio. En todos los actos á que asistía la comunidad, lo hacía en silencio. Esto escribía el Señor Lic.D. Remigio Tovar, quien más tarde cambió la pluma y la toga por la espada convirtiéndose en un veterano valiente que llegó á ser general en el ejército conservador.

XVII.

Las leyes monásticas.

Margil Legislador.

"Las reglas de las observancias religiosas no deben considerarse como invenciones humanas. San

ción los frailes dejaron el monasterio; cada novicio y algún corista llevaban á cuestas su morral, su hábito y un pedazo de pan; el decreto inexorable prohibía extraer cualquiera otro objeto. Detúvose la colonia en Guanajuato, donde fué recibida por la moribunda hospitalidad de los religiosos de S. Diego, y pronto tuvo que alejarse: el voto de silencio y de pobreza parecía una conspiración á los verdaderos alborotadores del orden público. En Salamanca los agustinos de Michoacán, prontos á disolverse, recibieron á los guadalupanos; en Querétaro los claustros de Linaz ejercieron su último acto de caridad con los hijos de Margil. La soledad ambulante prosiguió su camino. La vista de una iglesia lejana que encontraban al paso los reanimaba; bendecían la casa del Señor recitando salmos, como se oye entre las nubes á una bandada de cisnes silvestres saludar al paso las sábanas de la Florida. En un campamento enemigo, el grupo de religiosos desterrados fué mirado con compasión por nuestros soldados, que no registraron ni detuvieron á aquellos mendigos. Antes de penetrar en el hermoso valle de México, los desterrados se dieron un abrazo de caridad, felicitándose de haber llegado hasta allí en brazos de la Providencia. A una legua de una antigua parroquia, cortaron una rama de un árbol, hicieron con ella una cruz, y recibieron, en la orilla del río al cura de Tula, que salía á su encuentro.

En México se albergaron en el grandioso cuanto infortunado claustro de S. Fernando. En aquella época en que las armas, las desgracias y los crímenes metían tanto ruido, la fama de los religiosos de Guadalupe se extendió por fuera: los ricos y los poderosos huían, y no atraían á nadie en su seguimiento, mientras de todas partes se acudía para alistarse en el número de los frailes refugiados. Llenos de aspirantes, trataron de establecer colonias en Tepozotlán y en Cholula, bien así como una colmena esparce en derredor sus enjambres; pero la revolución, que andaba más aprisa que la religión perseguida y fugitiva, alcanzó á los guadalupanos en sus nuevos retiros, obligán-

doles infinitamente á separarse, hasta que faltándoles el suelo patrio, arrojados de ciudad en ciudad, pasaron la frontera del Norte, llegando hasta S. Luis Rey á las ruinas de un monasterio abandonado, en el que apenas hallaron donde guarecerse y en un país donde una política fría é indiferente parece decirles cuando menos: "Allí podrán refugiarse aquellos á quienes el mundo no conviene, ó que no convienen al mundo."

"Diráse quizás que no existiendo ya entre nosotros las causas que originaron la vida monástica, los conventos se habian convertido en retiros inútiles. ¿Y cuándo cesaron éstas causas? ¡Ah! ¿cuando pasaron los males de los siglos bárbaros, la sociedad, tan diestra en atormentar las almas, y tan ingeniosa en duplicar el dolor, abrió las puertas á otras mil adversidades, que nos arrojan á la soledad! ¡Cuántas pasiones engañosas, cuántos sentimientos falsos, cuantos amargos disgustos nos destierran todos los días del mundo! Hermosas eran esas casas religiosas, donde hallábamos un asilo seguro contra los golpes de la fortuna, y contra las tempestades de nuestro propio corazón.

"¿Ocurria un suceso capaz de quebrantar el alma, habia una comisión de que los hombres enemigos de las lágrimas no osasen encargarse por miedo de comprometer sus placeres? Pues á los hijos del claustro se confiaba, y principalmente á los padres de la orden de San Francisco, suponiendo que unos hombres que se habian consagrado á la miseria, debian ser naturalmente los heraldos del infortunio. El uno se veía obligado á comunicar á una familia la noticia de la pérdida de su fortuna; el otro la muerte de un hijo único; el gran Bourdaloue llenó por sí tan triste deber: presentábase silencioso en la puerta del padre, cruzaba las manos sobre el pecho, se inclinaba profundamente, y retirábase mudo como la muerte, de que era intérprete.

¿Creerá alguno que ocasionase muchos placeres, hablo de los placeres que ama el mundo: creerá alguno que fuese muy dulce para un fraile de los menores, para un misionero franciscano, el ir á las cárce-

les á anunciar la sentencia de muerte á un criminal, escucharle, consolarle, y tener durante días enteros el alma traspasada con unas escenas que rasgan las entrañas? Hemos visto en todos estos actos de caridad caer á raudales el sudor de la frente de los compasivos religiosos, y bañar la capucha siempre sagrada, á despecho de los sarcasmos de la filosofía; y sin embargo, ¿qué honor, que utilidad resultaba á los frailes de tantos sacrificios, sino la burla del mundo, y las injurias de los mismos reos á quienes consolaban? Pero al menos los hombres, por ingratos que sean, habian confesado su nulidad en estos grandes contratiempos de la vida, pues que los habian abandonado á la religión, único y verdadero puerto en el último término del infortunio. ¡Oh apóstoles de Jesucristo, de cuantas catástrofes no habeis sido testigos, vosotros que al lado del verdugo no temeis salpicaros con la sangre de los infelices para prestarles el último apoyo! Este es uno de los más sublimes espectáculos de la tierra: en los dos extremos del cadalso, véense la una en presencia de la otra las dos justicias, la justicia humana y la justicia divina: la una implacable, y apoyada en la espada, tiene á su lado la desesperación: la otra cubierta con un velo empapado en llanto, muéstrase rodeada de la esperanza y de la piedad: el ministro de la una es un hombre de sangre, el de la otra un hombre de paz: el uno condena, el otro absuelve: inocente ó culpable el primero dice á la víctima: ¡Muere! El segundo le grita: «Hijo de la inocencia ó del arrepentimiento, *sube al cielo.*»

EL ALABADO

Según y como lo cantaba á los campesinos
el V. P. Margil.

Sea alabado y ensalsado
El divino Sacramento
En quien Dios oculto asiste
De las almas el sustento.

Y la limpia Concepción
De la Reina de los cielos,
Que, quedando Virgen pura,
Es Madre del Verbo eterno.

Y el glorioso San José
Electo por Dios inmenso
Para padre estimativo
De su Hijo, el divino Verbo.

Y esto por todos los siglos
Y de los siglos. Amén.
Amén Jesús y María;
Jesús María y José.

¡Oh dulcísimo Jesús!
Yo te doy mi corazón,
Para que estampes en él
Tu santísima pasión.

¡Madre llena de dolor!
Haced que cuando expiremos
Nuestras almas entreguemos
Por tus manos al Señor.

Quien á Dios quiere seguir
Y á su gloria quiera entrar,
Una cosa ha de asentar
Y de corazón decir:

«Morir, antes que pecar;
Antes que pecar, morir.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lucas dice: Vended lo que teneis, y dádselo á los pobres; hecho esto, venid y seguidme. Si alguno viene á mi y no aborrece á su padre y á su madre, y á su mujer y á sus hijos, y á sus hermanos y á sus hermanas, y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo.

El Bautista observó en el desierto una vida de desprendimiento, de pobreza y de perfección, cuya santidad se transmitió á los solitarios, sus sucesores y sus discípulos.

"San Pablo el Anacoreta y San Antonio buscaron los primeros á Jesucristo en los desiertos de la Baja Tebaida; San Pacomio apareció en la alta Tebaida, y recibió de Dios la regla por la cual debía dirigir á sus numerosos discípulos: San Macario se retiró al desierto de Sethé; San Antonio al de Nitria; San Serapio á las soledades de Arsinoé y de Memfis; San Hilarión á la Palestina, fuentes abundantes de una innumerable multitud de anacoretas y de cenobitas que llenaron el Africa, el Asia y todas las partes del Occidente.

La iglesia, como una madre sobrada fecunda, empezó á debilitarse con el gran número de sus hijos. Habiendo cesado las persecuciones, el favor y la fé disminuyeron en el reposo; pero, sin embargo, Dios que quería perpetuar su Iglesia, conservó algunas personas que se separaron de sus bienes y de sus familias por medio de una muerte voluntaria, que no era ni menos real, ni menos santa, ni menos milagrosa que la de los primeros mártires. De aquí las diferentes órdenes monásticas, creadas bajo la dirección de San Bernardo y de San Benito. Los religiosos eran ángeles que protegían á los estados y los imperios con sus oraciones; columnas que sostenían la bóveda de la Iglesia; penitentes que aplacaban con torrentes de lágrimas la cólera de Dios; estrellas resplandecientes que llenaban de luz al mundo. Los conventos y los peñascos son su morada, se encierran en las montañas como entre murallas inaccesibles; se hacen iglesias de todos los sitios donde se encuentran; descansan en la cima de las colinas como palomas; se sostienen co-

mo águilas en la cumbre de los riscos; su muerte no es ni menos feliz ni menos admirable que su vida como refiere San Efrem. No tienen ningún cuidado de labrarse sepulturas; están crucificados para el mundo: muchos atados como en la punta de las rocas escarpadas, han entregado voluntariamente sus almas en manos de Dios; los hay que paseándose con su sencillez ordinaria, murieron en los montes que les servían de sepulcro. Algunos, sabiendo que era llegado el momento de su libertad, se ponían con sus propias manos en la tumba; los ha habido que, cantando las alabanzas de Dios, han espirado en el esfuerzo de su voz habiendo terminado su oración, y cerrado su boca la muerte solo. Esperan á que la voz del arcángel les despierte de su sueño: entonces florecerán de nuevo como lirios de una blancura, de un brillo y de una hermosura infinita."

En el Noviciado de Guadalupe, al entrar, lo primero que se veía eran estas palabras de Jeremías, escritas sobre la puerta del claustro: *Sedebit solitarius et tacebit.*

La iglesia solo tiene de notable la santidad del lugar: está construida de un modo tosco y muy particular, que no deja de tener algo de augusto y de divino: el remate del lado del coro parece representar la gruta de Alberna.

Lo que sí es digno de consideración es el modo como celebran los divinos oficios estos religiosos: pues se les ve cantar las alabanzas del Señor con voz firme y tono grave. Nada conmueve más el corazón ni eleva más el espíritu que oírles en maitines. Como su iglesia solo está iluminada por una lámpara suspendida delante del altar mayor, la oscuridad, unida al silencio de la noche, hace que el alma se empape de aquella sagrada unción derramada en todos los salms. Ya estén sentados, ya de pie, ora se arrodíllen, ora se prosternen, lo hacen con una humildad tan profunda, que bien se ve que la sumisión de su espíritu es todavía mayor que la de su cuerpo.

En sus constituciones nos parece leer algún

fragmento de las *Doce tablas*, ó la consigna de un campamento de las cuarenta y dos divisiones israelitas. Veamos estas prescripciones dictadas por Margil.

«Los religiosos se levantarán á las doce para ir á maitines; el espacio entre las campanadas será muy breve, para quitar la ocasión á la pereza. Observarán la mayor modestia en la iglesia, y harán todos juntos las inclinaciones de cuerpo y las genuflexiones: estarán descubiertos desde el principio de maitines hasta el primer salmo.

«En el dormitorio no se volverá nunca la cabeza y andarán con gravedad; nunca entrarán en las celdas de otros: dormirán sobre una piel; la almohada será de paja y la cama una simple tarima. «En la oscuridad de sus celdas, dice Carlos Nodier en sus *Meditaciones del claustro*, escondió Rancé su arrepentimiento, y aquel genio elevado que adivinó á los nueve años las bellezas de Anacreonte, abrazó á la edad del placer austeridades que asombran nuestra debilidad.

«En el refectorio se observará el mayor aseo; los hermanos tendrán siempre los ojos bajos, pero sin inclinarse demasiado sobre lo que comen.» Siguen algunas prevenciones sobre el uso del cuchillo y el tenedor, que parecen hechas para niños; el anciano delante de Dios ha vuelto á la inocencia de los días infantiles.

«Luego que la campana anuncie la hora del trabajo todos los religiosos y novicios acudirán al yocutorio; de allí se dirigirán al trabajo con gran compostura y recogimiento interior, considerándole como la primera pena del pecado.»

«En las horas de recreo no se hablará de las novedades del día. En las grandes salidas se podrá ir en silencio con un libro á un sitio del bosque, no frecuentado por los seculares: dos veces por semana se tendrá el capítulo de culpas: antes de acusarse se prosternarán todos juntos, y cuando diga el superior, *quid dicitis?* cada cual responderá en voz bastante baja: *Culpas meas.*»

«En la enfermería el enfermo no se quejará nunca, por que un enfermo nunca debe tener ante los ojos mas que la imagen de la muerte, ni nada debe causarle tanto cuidado como el vivir.»

A estas constituciones agrega Margil algunos reglamentos que empiezan con este preliminar: «No cumpliré lo que debo á Dios, lo que os debo á vosotros, hermanos míos, ni lo que me debo á mi mismo, si desatendiese en mi conducta algo de lo que puede hacerlos dignos de la eternidad.»

Después vienen las instrucciones generales.

«Los hermanos no se quedarán nunca solos en ningún sitio oscuro:» dice Margil. Y sin embargo, sin advertirlo ponía al hombre solo enfrente de sus pasiones.

Las prevenciones acerca de los extranjeros son muy tiernas: en cada pieza del local destinado á los huéspedes se veian advertencias escritas. Si moría algún pariente cercano, como el padre ó la madre de algún religioso, el Maestro de Novicios le recomendaba al capítulo sin nombrarle, de suerte que cada cual se interesaba por él como por su propio padre, sin que la noticia causase dolor, ni inquietud, ni distracción al hermano que habia experimentado la pérdida. La familia natural quedaba destruida, y á ella se sustituía una familia de Dios. Cada religioso lloraba á su padre cuantas veces lloraba al padre desconocido de un compañero de penitencia.

Se establece el modo de tocar la campana según las horas del día y los diferentes rezos. Hay reglas para el canto: en los salmos se debe ir aprisa hasta la *genuflexión*; el *Magnificat* debe entonarse con más gravedad que los salmos; aunque no se exige ninguna pausa en el discurso de un responso, debe hacerse una en el *Salve, Regina*; aquí es preciso que haya un momento de silencio en todo el coro.

Por medio de estos reglamentos puso Margil en ejecución sus dos grandes proyectos: oración y silencio. La oración no se suspendía sino para trabajar. Los hermanos se levantaban por la noche para implorar

al que no duerme: Margil quería que el alma y el cuerpo estuviesen igualmente ocupados.

Cuando el Maestro descubría que algún religioso ó novicio padecía dolores que no se manifestaban con ninguna señal aparente, le dedicaba un cuidado particular. No obraba milagros: no hacía oír á los sordos y ver á los ciegos; pero aliviaba las enfermedades del alma, y asombraba los ánimos, calmando las tempestades invisibles.

Variando sus instrucciones con arreglo al carácter de cada cenobita, ponía todo su conato en seguir en ellos el atractivo del cielo. Una palabra de su boca les volvía la paz del alma. Algunos religiosos que nunca le habían conocido en vida, hallaron más adelante en su sepultura la curación de sus penas; la bendición del cielo continuaba en su tumba: Dios guarda los huesos de sus siervos.

La hospitalidad cambió de naturaleza haciéndose puramente evangélica: nunca se preguntaba á los extranjeros quienes eran, ni de donde venían; desconocidos entraban en el hospicio y desconocidos salían de él bastándoles ser hombres; la igualdad primitiva volvía á prevalecer. El fraile ayunaba, mientras el huésped estaba provisto de todo lo necesario; no había común entre ellos más que el silencio. La comunidad mantenía por semana hasta 1,500 necesitados; y estaba persuadida de que sus frailes no tenían derecho á las limosnas del convento sino en calidad de pobres. Asistiase á varios enfermos vergonzantes y familias indigentes: había establecidos en el interior del convento, talleres de trabajo y escuelas para niños pobres: los males á que se exponían los religiosos en las misiones no les parecían más que padecimientos naturales que llamaban la *penitencia de todos los hombres*. Tan profunda fué la reforma, que el Colegio así consagrado al arrepentimiento pudo considerarse como una tierra de óvido.

Esta educación produjo unos efectos que solo se notan en la historia de los padres del desierto. Un hombre que andaba extraviado oyó una campana há-

cia las doce de la noche; marcha en aquella dirección, y llega á la portería. Era obscura la noche, diósele la hospitalidad con la caridad acostumbrada, pero no se le dijo una sola palabra. Aquel extranjero, como en un castillo encantado, se veía servido por espíritus mudos de quienes solo creía oír las misteriosas evoluciones.

En el refectorio, los religiosos seguían á los que iban delante, sin curarse de adonde iban. Lo mismo sucedía para el trabajo: no veían más que las pisadas de los que precedían: uno de ellos, durante el año de su noviciado, no levantó una vez los ojos del suelo: no conocía ni aún el techo de su celda. Otro religioso estuvo tres ó cuatro meses sin ver á su propio hermano, aunque continuamente le tenía al lado.

“Al sonido de una campana todas las puertas del claustro se abrían con una especie de dulzura y de respeto: ancianos encanecidos y serenos, hombres provecos ya aunque jóvenes, mancebos en quienes la penitencia en pocos años dejaba un matiz de hermosura desconocida del mundo, todos los tiempos de la vida aparecían juntos bajo una misma vestidura. La celda de los cenobitas era pobre, bastante capaz para contener un tablón, una mesa y dos sillas; un crucifijo y algunas estampas devotas formaban todo su ornato. Desde esta tumba, que habitaba durante sus años mortales, pasaba el religioso á la sepultura que precede á la inmortalidad, y ni aún allí se separaba de sus hermanos vivos y muertos. Tendíanle vestido con sus hábitos y cubierto de flores bajo el pavimento del coro, y mezclábase su polvo con el polvo de sus abuelos, mientras que las alabanzas del Señor cantadas por sus contemporáneos y por sus descendientes del claustro conmovían aun lo que quedaba de sensible en sus reliquias. ¡Oh amables y santas casas! Augustos palacios se han construido sobre la tierra; sublimes sepulturas se han erigido; moradas casi divinas se han consagrado á Dios; pero el arte y el corazón del hombre en nada fueron tan léjos como en la creación del monasterio.

Cuando se promulgó el decreto de exclaustro-

les á anunciar la sentencia de muerte á un criminal, escucharle, consolarle, y tener durante días enteros el alma traspasada con unas escenas que rasgan las entrañas? Hemos visto en todos estos actos de caridad caer á raudales el sudor de la frente de los compasivos religiosos, y bañar la capucha siempre sagrada, á despecho de los sarcasmos de la filosofía; y sin embargo, ¿qué honor, que utilidad resultaba á los frailes de tantos sacrificios, sino la burla del mundo, y las injurias de los mismos reos á quienes consolaban? Pero al menos los hombres, por ingratos que sean, habian confesado su nulidad en estos grandes contratiempos de la vida, pues que los habian abandonado á la religión, único y verdadero puerto en el último término del infortunio. ¡Oh apóstoles de Jesucristo, de cuantas catástrofes no habeis sido testigos, vosotros que al lado del verdugo no temeis salpicaros con la sangre de los infelices para prestarles el último apoyo! Este es uno de los más sublimes espectáculos de la tierra: en los dos extremos del cadalso, véñese la una en presencia de la otra las dos justicias, la justicia humana y la justicia divina: la una implacable, y apoyada en la espada, tiene á su lado la desesperación: la otra cubierta con un velo empapado en llanto, muéstrase rodeada de la esperanza y de la piedad: el ministro de la una es un hombre de sangre, el de la otra un hombre de paz: el uno condena, el otro absuelve: inocente ó culpable el primero dice á la víctima: ¡Muere! El segundo le grita: «Hijo de la inocencia ó del arrepentimiento, *sube al cielo.*»

EL ALABADO

Según y como lo cantaba á los campesinos
el V. P. Margil.

Sea alabado y ensalsado
El divino Sacramento
En quien Dios oculto asiste
De las almas el sustento.

Y la limpia Concepción
De la Reina de los cielos,
Que, quedando Virgen pura,
Es Madre del Verbo eterno.

Y el glorioso San José
Electo por Dios inmenso
Para padre estimativo
De su Hijo, el divino Verbo.

Y esto por todos los siglos
Y de los siglos. Amén.
Amén Jesús y María;
Jesús María y José.

¡Oh dulcísimo Jesús!
Yo te doy mi corazón,
Para que estampes en él
Tu santísima pasión.

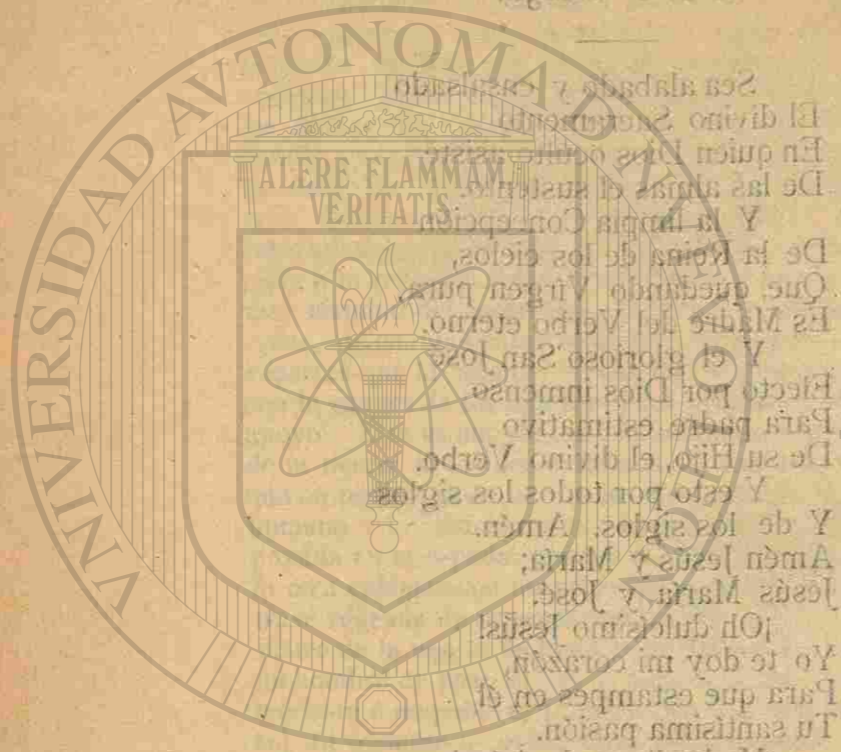
¡Madre llena de dolor!
Haced que cuando expiremos
Nuestras almas entreguemos
Por tus manos al Señor.

Quien á Dios quiere seguir
Y á su gloria quiera entrar,
Una cosa ha de asentar
Y de corazón decir:

«Morir, antes que pecar;
Antes que pecar, morir.»

EL ALABADO

según y como lo enseñaba á los campesinos
el V. P. Margil.



Seca alabado y castigado
El divino Sacramento
En quien Dios se encarnó
De las ansias el suspiro
Y la lámpara Corredora
De la Reina de los cielos
Que quedando Virgen pura
Es Madre del Verbo eterno
Y el glorioso San José
Efecto por Dios inmenso
Para padre estimativo
De su Hijo, el divino Verbo
Y esto por todos los siglos
Y de los siglos. Amén.
Amén Jesús y María;
Jesús María y José;
¡Oh dulcísimo Jesús!
Yo te doy mi corazón
Para que estables en él
Tu santísima pasión.
¡Madre llena de dolor!
Haced que cuando experimente
Nuestras almas entreguemos
Por las manos al Señor.
Quien a Dios quiere seguir
Y a su gloria dar su vida
Una cosa ha de asentar
Y de corazón decir:
Morir antes que pecar.
Antes que pecar, morir.

INDICE.



	PÁGINAS.
Mi Claustro!—Poesía.....	7
Lo ideal.....	11
El V. P. Margil.....	43
Un testigo de vista.....	71
Una autobiografía.....	82
La obra magna.....	89
Margil legislador.....	103
El Alabado, según y como el V. P. Margil lo enseñaba á los campesi- nos.....	113

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





nos
Margil lo enseñaba a los congresi-
El Alabado, según y como el V. P.
Margil legislador
La obra magna
Una autografía
Un testigo de vista
El V. P. Margil
Lo ideal
Mi Claustro—Poeta

MIS VERSOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TOLUCA
DIRECCIÓN GENERAL DE



En efecto, nunca jamás se presentaba el ser poeta de oficio, quiz no sepa siquiera a contrastar entre los aficionados, sus versos no quiere que valgan más que como ejercicios de erudición, o traducciones de poetas extranjeros. Y aunque en sus composiciones aparece notablemente apasionado por las bellezas en que abundan los versos de los poetas de nombre, de nombre de la Rina, Selgas, Sorolla y Caprio, hasta cuando copiarlos a las veces, no de otro modo.

AL QUE LEYERE.

Entre los innumerables reclames que diariamente hace circular la prensa de la capital, se leen algunos por el tenor siguiente.

«Las cervezas de Moctezuma, Orizaba, no son de las que necesitan recomendarse. *El conocedor las prefiere*

Los buenos conocedores declaran que las de Toluca son las mejores." etc.

Lo que los diarios metropolitanos afirman de todas las cervezas, puede sin réplica también aplicarse á "Mis Versos," esto es, que el verdadero conocedor sabrá aquilatar su mérito.

Habiendo sido publicados en diversos tiempos, en el *Semanario Católico 1864.*—*El Católico 1867.* *El Perfume de la Religión—1884 Letteraria di Roma.* 1903 etc., hoy coleccionados salen á luz. Y dejando á otros la ingrata tarea de calificarlos, nosotros nos abstenemos de hacerlo en gracia del autor, en cuyo nombre estamos autorizados para protestar



desde hoy contra el epíteto de poeta, por si alguno, buena ó malamente; en broma ó en serio, quisiera propinárselo.

En efecto; nunca jamás ha pretendido él ser poeta de oficio; quizá no aspira siquiera á contarse entre los aficionados. Sus versos no quiere que valgan más que como ejercicios de erudición rimada, ó como imitaciones de clásicos, ó traducciones de poetas extranjeros. Y aunque en sus composiciones aparece notoriamente apasionado por las bellezas en que abundan las producciones de algunos poetas de nombradía, como Fr. Luis de León, Rioja, Selgas, Zorrilla y Carpio, hasta el grado de copiarles á las veces literalmente, no de otro modo que como el honrado tendero suele de las grandes fábricas abastecer sus bodegas; con todo eso y aunque según la acertada opinión del agudísimo autor de la disertación acerca de la originalidad y el plagio, es lícito en materias literarias coger la fruta del cercado ajeno, ya que así los clásicos como los románticos más celebrados han dado el ejemplo, sin parar mientes los aristarcos de entónces y después; testigo Shakespeare, sin ir más lejos; de quien se cuenta que «acaso no figure otro en toda la caterva de poetas que haya robado con menos escrúpulo cuanto se encontraba á la mano; pues siendo tantas en los teatros de Londres las tragedias que muchos habían escrito, Shakespeare las tomaba, las arreglaba ó refundía y así pasaban por suyas;» con todo eso, repetimos, nuestro autor no se juzga exento de haber incurrido, quizá de sobra, en aquel defecto de inspiración señalado por el eminente escritor D. Juan Valera cuando, aunque no con

el tino que solía, pretendió afirmar que tal inspiración no se alcanza *sobando y limando* los versos, siendo como es tan notoria la incompatibilidad que resulta entre la afirmación de crítico tan encopetado y la insistencia con la que Horacio, el gran preceptista latino, sostiene aquella inexorable *multa litura coercuit*, sentencia, no ya que autoriza, sino impone como obligación indeclinable, los borrones y las tachas de que forzosamente ha de estar salpicado todo escrito antes de darse á la estampa para ver la luz pública, significando con eso cuan correcto y castigado debe ser el estilo del escritor digno de ese nombre.

Y ya que del estilo hablamos, nada tampoco nos proponemos decir acerca del de nuestro autor ni de su escuela, como no sea que de ningún modo hay que afiliarle en el decadentismo de nuestros días, ni mucho menos en esa turba de escritores inmorales é irreligiosos, que tiznan y contagian las almas de quienes tienen la desgracia de leer sus obras, pudiendo el autor de "Mis Versos" decir con el inmortal autor del «Quijote» en generoso arranque: "antes me cortara la mano con que los escribí, que darlos al público," única recomendación que de aquellos pueden ofrecer.

Los Editores.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN



CENTRAL DE BIBLIOTECAS



*A la Santa memoria
del esclarecido Prelado
el M. R. P. Fr.*

Diego de la Concepción Palomar.

*honra y lustre del insigne Colegio
de N. Sra. de Guadalupe de
Zacatecas.*

**1808.—†1875.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De tu tronco desprendida,
Hoja seca, deslucida,
¿A dónde vas?—No lo sé:
El ciclón tronchó la encina
Que fué mi único sostén.

El céfiro, el aquilón
En su inconstante soplar
Me llevarán con premura
De la selva á la llanura,
De las montañas al mar.

Hoy, del viento arrebatada
Sin quejarme ni temer,
Voy dó van todas las cosas;
Los pétalos de las rosas,
Y las hojas del laurel.

En el día de mi exclaustración; 1° de
Agosto, 1859.

F. A. T.



PARA UN CARRO ALEGORICO.

8 de Diciembre, 1854.

Purísima María:
 Tu inmarcesible gloria
 Grabada en la memoria
 Queda de todos en tan fausto día.
 ¡A Pio IX loor, gloria á María!!!

J. A. T.

*Fiesta de la Declaración dogmática
 de la Concepción Inmaculada de María,
 en la Villa de Guadalupe de Zacatecas,
 en el mes de Octubre de 1855.*

El Illmo. Sr. Obispo de Linares. (*)

Este venerabilísimo Prelado, tan adicto á los religiosos del Colegio de Guadalupe de Zacatecas, ha solemnizado, en esa Santa Casa, el cuarto y el undécimo aniversario de su consagración episcopal; el uno en 13 de Noviembre de 1857, y el otro el 13 de Noviembre del presente año, 1864, celebrando en ambos de pontifical en la iglesia del mencionado Colegio. Los Guadalupanos, que ven en este Príncipe de la Iglesia, un Padre tierno y amoroso, que les tiene sumamente obligados con sus bondades, han procurado siempre expresarle su adhesión y gratitud de todos modos: y en prueba de estos sentimientos, en que todos abundan, y del filial amor que profesan á su Illma. persona, uno de los expresados religiosos le dedicó la siguiente Oda el día que se celebró el undécimo aniversario de su consagración.

Al Illmo. Sr. D. Francisco de P. Vereá, digní-
 simo Obispo de Linares, Protector y padre
 de la Comunidad de Guadalupe.

ODA.

*Exulta et lauda Solve vincula colli tui
 captiva filia Sion.....*

Estos los sitios son dó la ventura
 Plácida en otro tiempo sonreía;
 Momentos ¡ay! por siempre bienhadados.

(*) [Del Semanario Religioso de Zacatecas, 18 de Diciembre de 1864.]

consuelos la busca y dá
 Y tan, y tan grandes son,
 que la ciega, en su quebranto,
 aun no ha derramado llanto
 por su triste situación.

Y dice con grata calma
 al que lo bello pondera:
la belleza verdadera
 es... *la belleza del alma.*

Amparito La virtuosa.

Es Amparito una niña
 de doce años no cumplidos,
 si bella por sus encantos
 bella y más por sus instintos,
 huérfana há tiempo de padre
 con hermanos pequeñitos
 y una madre que baldada
 no puede prestarla auxilios;
 ella, solícita, atiende
 con indecible cariño
 á sus faenas habituales
 y al cuidado de los cinco;
 ella, bordando de noche,
 les procura lo preciso,
 y ella, en fin, la vida endulza
 del hogar en que ha nacido.
 Donde hay una desventura
 allí se encuentra Amparito,
 que ya que otra cosa no
 la consuelos infinitos;
 el patio de su casita
 á un colegio es parecido,
 pues siempre lleno se encuentra

de amigos y de vecinos
 á los que contenta enseña
 las labores que ha aprendido

Por eso la veis que todos
 la consagran su cariño:
 tanto vale la virtud,
 y especialmente en los niños.

A la Virgen de mi alcoba.

Tengo yo una Dolorosa
 en la alcoba de mi cuarto,
 que siempre me dá consuelo
 cuando en mi auxilio la llamo.
 Es una estatua pequeña
 pero en tan pequeños rasgos
 está la faz de la Virgen
 como un celestial retrato.
 Los ojos tiene muy tristes
 como si asomara el llanto,
 y enclavijadas al pecho
 junto al corazón las manos.
 Cuando angustiado á ella acudo
 á quitarme el tedio amargo,
 pienso en la Virgen del cielo
 cuya efigie estoy mirando
 Y ansioso la pido gracia
 y siento que mi quebranto
 disminuye poco á poco
 su triste faz contemplando.
 Y cuando en las falsas dudas
 por que algunas veces paso,
 acudo á pedir la fé
 á la Virgen de mi cuarto.

En su bondadosa faz
mis tristes ojos fijando,
con la esperanza mas firme
en esta oración exlamo:

"Virgen piadosa del cielo,
si alguna vez en el mundo
legase de tí á dudar,
no me niegues tu consuelo
y de un error tan profundo,
mi Virgen, vénme á sacar."

Germán El Cazador.

Despues que la escuela deja
el pobre niño Germán,
sale al campo con su perro
en todo tiempo á cazar.

Raro es el día que el niño
vuelve á casa sin llevar
algun conejo ó perdiz
que la destreza del can
coloca á los pies de su amo
para poderle tirar.

La madre pone á la venta
la caza, con grato afán,
siendo el producto una ayuda
para poder conllevlar

la pobreza en que se halla
desde que su esposo Juan
á mejor vida pasára.

Pero en el mundo no está
ni sola ni abandonada,
porque el cazador Germán
mientras viva en este mundo
siempre su ayuda será,

cumpliendo el deber de hijo
con cariño sin igual.

El ramo de flores.

En un hermoso jardin
y en tarde apacible y clara,
varias niñas amiguitas
alegremente jugaban,
cuando fueron sorprendidas
por el dueño de la casa
que un precioso ramillete
á sus ojos les mostrara;
á su vista cesó el juego
y cada cual codiciaba
aquel ramo tan bonito
compuesto de flores varias.

El dueño, entonces, las dijo
que el ramo lo reservaba
para aquella que entre todas
acumulara mas gracias.

Todas fueron enunciando
sus dotes que ponderaban,
una por tener buen talle,
otra por su linda cara,
aquella por sus cabellos,
esta por sus manos blancas,
y solo una pequeñita
en medio de la algazara
permaneció silenciosa
y de todas separada.

—¿Por qué te alejas, Rosita,
y te muestras cabizbaja?

—Por que yo, dijo la niña

¿Los recordáis, Señor? ¡Cuanta dulzura
Reinaba en torno allá en alegre día!
Pero ¿después? . . . ¡ay Dios! ¡Cuanta amargura
Cruel atormenta la memoria mía!
Rómpele lo alto en rayos retumbando
Y el suelo es conmovido;

El cielo, en honda tempestad deshecho,
Con sordo rebramido
La ira de Dios dó quier está anunciando.

Gime el viento y furioso
Arrebata consigo débil caña;
Al soplo impetuoso
Huye la oveja en hórrido estampido,
Y aléjase el pastor de la cabaña.

¡Todos huyen, cual rauda golondrina,
Que, de su amado nido,
Parte á país distante peregrina!

¿Quién en tal confusión y en pena tanta
Podrá indicar el norte y el camino?
¡Oh situación fatal! ¡Oh cruel destino!

*Y tú también dejaste, Pastor Santo,
Tu pobre grey en este valle oscuro
En soledad y llanto:*

Y traspasando el cristalino muro,
Al apartado suelo
Fuiste á empapar el pan de amargo duelo . . .

Pero alégrate ya; porque las iras
Del Señor han pasauo;

Alza la noble frente ¡que! ¡no miras
Ese espacioso cielo zafiri no
Preludio de bonanza?

Mira cual luce el esplendor divino
Del sol de la esperanza.

¿No escuchas los acentos amorosos
De una voz apacible, que lejana
Resuena en los espacios anchurosos?

Es la cándida esposa del Cordero
Que, rotos ya de su dolor los lazos,
Canta himnos mil en tono placentero
Y que triunfante tiende á tí sus brazos.

“Ven á mí, dice, ven, Esposo tierno;
“Ya el aterido invierno

“Y el aliento glacial del tramontana;

“Pasaron para siempre; y frescas flores

“Embalsaman la plácida mañana” . . .

—¿Oyes?—¿Oyes?—Su voz encantadora,

Como el arrullo de la fiel paloma,

Pregunta ya por tí. *Acude, corre,*

Vuela, Pastor amable,

Vuelve por fin á su adorable seno.

La estirpe de Margil solo desea

Que tu existir, tranquilo y envidiable,

Por luengos años de ventura, sea.

Ya partes ¡ay! de gozo y dichas lleno . . .

¡Cuan presuroso y cuan feliz te alejas!

¡Cuanta tristura en nuestras almas dejasi

Colegio de Guadalupe, Noviembre de 1864.

F. A. de los D. T.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



El Niño y la Mariposa.

En la floresta hermosa
de ameno jardinillo
tras mariposa bella
corría ansioso un niño.

En vano en sutil vuelo
y en caprichosos giros
trató el insecto alado
de no caer cautivo;
pues terco y porfiado
el travesuelo chico
al fin aprisionó
al bello animalito.

Alegre y orgulloso
juzgábase ya el niño,
mirando y remirando
los tornasoles finos
con que llenó Natura
las alas del cautivo,
cuando notara triste
que en los colores ricos,
el polvo y los cambiantes
se habían deslucido.

De mal humor entonces
y por demás mohno
pusiérase el muchacho
al ver su plan fallido;
y ya se disponía
á dar mortal castigo
al infeliz insecto,
cuando este así le dijo:

— Por qué de mi desgracia
estás enfurecido,

cuando eres tu la causa
y aun el autor tú mismo?

Dejárame volando
con mis variados giros,
y llenos de alegría,
y de placer henchidos,
miráranme tus ojos
ahora enfurecidos.

Del mal que á otro produzcas
no sale beneficio:
ni para ti que ofendes
ni ya al que has ofendido.

Entreábreme tus manos,
mas bien cárcel que asilo
y no olvides que *un daño*
reclama su castigo.

EL ECO DE LAS CAMPANAS.

Campanitas, campanitas,
las que por tarde y mañana
congregáis dentro del templo
al creyente que á Dios ama;
las que eleváis hasta el Cielo
vuestra oración sacrosanta,
¡Que de tan dulce recuerdo
no levantan en el alma
y despiertan en el pecho
vuestras lenguas bronceadas!

Vosotras con vuestros ecos
 condujisteis ante el ara,
 fundidas por el cariño,
 en una sola dos almas,
 é hicisteis grande y solemne
 de mis padres la unión santa.

Vosotras mi nacimiento
 cantásteis con lengua grata
 y al sonar de vuestras voces
 hice mi primer plegaria.

Vosotras llorásteis tristes
 cual yo, mi horfandad temprana,
 acompañando á la tumba
 á mi madre idolatrada.

Vosotras alzáis al Cielo
 oración tierna y sagrada,
 recordando á los que viven
 los que por siempre descansan,
 confundiendo sus despojos
 con el polvo y con la nada,

Campanitas, campanitas,
 que conjurais la tronada,
 las que llamais al creyente
 las que convocais las almas
 y aumentais el regocijo
 de la fiesta y la algazara;
 las que calmais el dolor
 y rogais por la desgracia,
 benditas, benditas sean
 vuestras lenguas bronceadas!



La verdadera belleza.

Despiadada é insolente
 una niña se refa
 de Paz, que perdido había
 la vista accidentalmente.
 —"No te me burles así,
 díjola Paz á la hermosa,
 "que es la suerte veleidosa
 «y puede cambiarse en ti.»

Volyió á reir y á correr
 la niña, mas... enseguida
 una terrible caída
 la hizo el sentido perder.
 Paz, que la oye lamentar,
 acude á ella vacilante,
 hace un esfuerzo gigante
 y la ayuda á levantar.

"Socorro!! grita, favor!!
 ayudad vecinos á esto!!"
 la gente se agolpa y presto
 entre ella vése un doctor.

Reconoce este la herida
 y dice sin vacilar:
 "La lesión podrá curar,
 mas la vista... está perdida"

Diez años hánse pasado,
 ciega sigue todavía
 la infeliz niña, y la guía
 una dama con cuidado.

Es Paz, que con vista ya
 gracias al doctor, su esposo,
 con afan nunca enojoso

En su bondadosa faz
mis tristes ojos fijando,
con la esperanza mas firme
en esta oración exlamo:

"Virgen piadosa del cielo,
si alguna vez en el mundo
legase de tí á dudar,
no me niegues tu consuelo
y de un error tan profundo,
mi Virgen, vénme á sacar."

Germán El Cazador.

Despues que la escuela deja
el pobre niño Germán,
sale al campo con su perro
en todo tiempo á cazar.

Raro es el día que el niño
vuelve á casa sin llevar
algun conejo ó perdiz
que la destreza del can
coloca á los pies de su amo
para poderle tirar.

La madre pone á la venta
la caza, con grato afán,
siendo el producto una ayuda
para poder conllevlar

la pobreza en que se halla
desde que su esposo Juan
á mejor vida pasára.

Pero en el mundo no está
ni sola ni abandonada,
porque el cazador Germán
mientras viva en este mundo
siempre su ayuda será,

cumpliendo el deber de hijo
con cariño sin igual.

El ramo de flores.

En un hermoso jardin
y en tarde apacible y clara,
varias niñas amiguitas
alegremente jugaban,
cuando fueron sorprendidas
por el dueño de la casa
que un precioso ramillete
á sus ojos les mostrara;
á su vista cesó el juego
y cada cual codiciaba
aquel ramo tan bonito
compuesto de flores varias.

El dueño, entonces, las dijo
que el ramo lo reservaba
para aquella que entre todas
acumulara mas gracias.

Todas fueron enunciando
sus dotes que ponderaban,
una por tener buen talle,
otra por su linda cara,
aquella por sus cabellos,
esta por sus manos blancas,

y solo una pequeñita
en medio de la algazara
permaneció silenciosa
y de todas separada.

—¿Por qué te alejas, Rosita,
y te muestras cabizbaja?

—Por que yo, dijo la niña

De libertad no existieran
Sin mí, siendo á mi debidas.
—¿Y tu nombre, Rayo de Oro?
—**Esperanza** me apellidan.

FULMINADO.

Cancion elegiaca, traducida del italiano.

De su vida en los albores
ledo, henchido de ventura,
penetró su mente pura
los arcanos del saber.
De su ingenio la centella
fué del orbe luz; tan solo
inspiró el divino Apolo
de su cítara el tañer.

De su sol los resplandores
negras nubes ofuscaron;
y los vientos rebramaron,
y el relámpago brilló.
Y al fragor de un cielo urente
avanzó la muerte airada
de segur terrible armada,
y su vida ¡ay! agostó.

En el polvo sepultada
y sin plectro ya su lira,
como el aura que suspira,
tristes ayes exhaló.
Al tenderle Dios piadoso
por la faz el mortal velo,

su alma bella voló al cielo;
su memoria aquí quedó.

Y su lira,
Que suspira
Tristes ayes
De dolor.
Resonando
Va clamando
Que es el cielo
Su mansión.

Dormi, dormi.

Dormi, dormi; i cherubini
A te veglianno d'accanto,
I lor labbri porporini
Hanno sciolto a dolce canto.

Uno spiro t' han creduto
Dalle stelle qui caduto
Ed al coro a cui tu manchi
Ricondorti vonno al ciel.
Dormi, dormi; i lumi stanchi
Cupra il sonno col suo vel.

Dormi non senti un alito
Che ti carezza il viso?
Dormi non senti gli angiuoli
Scesi dal paradiso
Che in torno a te s' aggirano
Comme farfalle al fior?
Ah! dormi, dormi placido
Il sonno del candor.

Duerme, duerme.

Duerme, duerme; los querubes
A tu lado velan ya,
Y se escucha de sus labios
El dulcísimo cantar.

Han creído eres un Angel,
Que á este mundo descendió
Y pretenden en sus alas
Devolverte á tu mansión.

Duerme, duerme. Blando sueño
De inocencia y de quietud
Cubra amante de tus ojos
La serena y casta luz.

Duerme, ¿no sientes un soplo aljero
Que vá besando tu hermosa faz?
Duerme, ¿no miras que los Arcángeles
Del paraíso bajando están?

Ya en torno tuyo revuelan trémulos
Cual mariposas sobre la flor:
Ah! duerme, duerme el sueño angélico
Tranquilo y plácido que dá el candor.

1877

F. A. T.

DIRECCION GENERAL DE B

La Barranca de las pervincas.

[Traducida del francés.]

1^a Estancia.

En lo hondo de la barranca
dó crece la azul pervinca
¿de paja una humilde choza
no vistes, hermana mia,
dó, de la llorosa niebla
en el ramaje extendida,
ocultar suelen sus nidos
medrosas las avecillas?
¡Ay! acaso para siempre
sus puertas cerradas mira;
¿de humo ya el hogar no eleva
su columna blanquecina!
Y, sin embargo, Clemencia,
Clemencia, la hermosa niña,
¿un en el último Estío
hilaba estopa muy fina
con sus manos delicadas,
blancas pequeñas y lindas!
Luego revoloteaba
la sílfide peregrina
en lo hondo de la barranca
dó crece lo azul pervinca.

2^a Estancia.

En lo hondo de la barranca
dó crece la azul pervinca,
errabundo caballero,
con faz siniestra y sombría,
con el rayo en la mirada,

y agudo acero y manilla,
vino una noche, impaciente
soltando al corcel las bridas. . . .

El viento soplaba apenas,
la noche era hermosa y tibia;
las flores lánguidamente
en sus tallos se mecían.

Clemencia, cándida virgen,
en el albor de la vida,
de muerte engañoso tósigo
á grandes sorbos bebía. . . .
¡Guay de tí, pobre Clemencia!
¡Guay de tí, la hermosa niña!
ya no asomará en tus labios
de inocencia la sonrisa
en lo hondo de la barranca
dó crece la azul pervinca.

3ª Estancia.

En lo hondo de la barranca
do crece la azul pervinca,
de Esto pronto pasaron
las horas, los largos días,
y al acercarse el Invierno
con sus nieves ateridas
helando de los torrentes
la rauda corriente limpia,
Clemencia dejó una noche
su choza antes tan querida,
y contra la dura roca
dando con ambas rodillas,
cayó . . . y dirigiendo al cielo
mirada asaz dolorida,
sacándola de su seno
besaba la cruz bendita. . . .
En seguida ¡ah! durmió el sueño

del cual no despertaría.
Decid si es dulce ese sueño
que duerme la pobre niña
en lo hondo de la barranca
dó crece la azul pervinca.

Zacatecas, Agosto de 1901.

F. A. T.

¡ESPERANZA!

Pobre corazón! no llores

Abandónate á la suerte

Resignado;

Vé que muchas de tus flores

Al aliento de la muerte

Se han secado.

Mira, la flor que te queda

De su vívida hermosura

Se despoja;

Porque esa flor no se enreda

Donde un soplo de amargura

La deshoja.

Corazón mio, no riegues

La esperanza de la vida

Con tu llanto;

Con tus lágrimas no riegues

Esa planta en que se anida

Un encanto.

poniéndose cual la grana,
no veo en mí cosa alguna
que pueda llamarse gracia.
—Te equivocas, hija mia,
dijo el dueño de la casa,
tú posees la **modestia**
que es la belleza del alma,
y por tanto el ramo es tuyo;
pues entre todas las gracias
esta virtud en las niñas
es la joya mas preciada.

El Niño goloso,
Fábula.

Un niño goloso
que vió cierto día
en una alacena
una golosina,
burlando á su madre
cogióla y aprisa
empezó á comerla
tragando saliva.
Mas ¡ay! que el cuitado
para su desdicha
no supo que aquella
era muy nociva,
por que fué compuesta
en una botica
para los ratones
que en la casa había

Estuvo muy malo
el niño glotón,

mas por su fortuna
al cabo sanó,
y dicen que dijo
en cierta ocasión:
"Aprended los niños
golosos cual yo,
á no coger nunca
lo que otro guardó."

Los dos Perros.

Érase que se era
un perrillo de aguas,
blanco como espuma,
limpio como el nácar,
juguete del niño
el gozo del ama,
á quien ora lame
la risueña cara,
ora juguetea
saltando en su falda:
despues en sus manos
cien besos estampa,
ó finge que quiere
los dientes clavarla.
¡Oh! que alegres días
el perrito pasa;
pues son recompensa
de sus lindas gracias
bizcochos rellenos,
chuletas asadas,
terrones de azúcar,
collares de plata.
En fin, como á niño
mimado lo tratan,

porque es la delicia
 de calles y salas.
 Este pues un día,
 al mastín de raza
 que junto á la puerta
 amarrado estaba,
 con tropos floridos
 retórico le habla
 así:—¡Oh! que mal premian
 la noble constancia
 con que de ladrones
 á los hombres guardas!
 Perdices y liebres
 en el monte cazas,
 y jamás su carne
 visita tu panza:
 defiendes del lobo
 á la res que bala,
 y yo saboreo
 su mejor pitanza:
 con ladridos crueles
 la pierna amenazas
 del desconocido
 que penetra en casa,
 y por tus proezas
 tal vez, te regalan
 rico garrotazo
 que te descalabra:
 tu mejor bizcocho
 es la negra hogaza,
 y huesos roídos
 la carne que mascas;
 con la luna velas,
 con el sol trabajas,
 y qué ruin salario
 és ¡ay! el que ganas.

Oye mi consejo
 y no seas maula,
 grita si yo grito,
 haz lo que yo haga:
 juega con el niño,
 acaricia á la ama,
 y de vez en cuando
 hasta la criada,
 y verás que al punto
 tu fortuna cambia.
 ¡En fin, acomódate
 á las circunstancias
 y el mejor partido
 de la vida saca!
 El perro de presa
 que la perorata
 aguantar no pudo
 en tranquila calma
 á su compañero
 así contestaba:
 —Sigue, enhorabuena
 con tus ruines trazas,
 adulando al niño
 y alegrando á la ama;
 pues tan poco vales
 para empresas altas,
 justo es que te emplees
 en hacer monadas;
 mas yo que he nacido
 por mi noble casta
 para andar errante
 entre las montañas,
 ó auyentar al lobo
 que al redil espanta,
 no dejaré nunca
 mi vida esforzada,

llena de peligros
 y de honrosa fama,
 por las tonterías
 y lisonjas vanas
 en que se entretiene
 el perrillo de aguas.
 Sé que en este mundo
 la justicia es farsa,
 la lealtad se olvida,
 la bajeza agrada;
 mas si por la senda
 que á mis pasos trazas
 se consigue solo
 ventura colmada,
 desde hoy para siempre
 renuncio á gozarla,
 y no me lamento
 al ver como pagan
 los grandes servicios
 que presto á la casa,
 pues no es caso nuevo
 ni conducta extraña
 que pase lo mismo
 en la gente humana
 donde la corona
 al valor guardada
 viene la lisonja
 y se la arrebatada

Y nunca el mas grande
 mayor premio alcanza:
 ántes son amigos
 mérito y desgracia.

Rayo de Oro.

—¡Esplendente Rayo de Oro,
 Flecha de la luz, que vibras
 En el plácido horizonte,
 Dó asoman lejanas dichas
 Riendo, de tul fugáz
 Al abrirse las cortinas!
 ¿A donde vas? Vagaroso
 Al germinar las espigas;
 Cargado de rica mies
 Cuando llega la vendimia;
 Blondo hermano de los céfiros
 Que hacen undular las linfas:
 ¿Qué vas á hacer?—Yo, á la au
 Despierto á las campesinas
 Inspirando sus cantares
 Y aliviando sus fatigas.
 En el templo, en el alcázar
 Y en la humilde buhardilla,
 Mi dulce beso reparto,
 Que encanta á todos y anima,
 Llevándoles con el pan
 Vino y frutas exquisitas.
 Yo conduzco á las florestas
 A la afanosa abejilla;
 Yo en la sién del desposado
 Coloco la flor más linda,
 Preludiando en las nupciales
 Del cielo las alegrías.
 De cien heroes las victorias,
 De cien naciones la vida,

y agudo acero y manilla,
vino una noche, impaciente
soltando al corcel las bridas. . . .

El viento soplaba apenas,
la noche era hermosa y tibia;
las flores lánguidamente
en sus tallos se mecían.

Clemencia, cándida virgen,
en el albor de la vida,
de muerte engañoso tósigo
á grandes sorbos bebía. . . .
¡Guay de tí, pobre Clemencia!
¡Guay de tí, la hermosa niña!
ya no asomará en tus labios
de inocencia la sonrisa
en lo hondo de la barranca
dó crece la azul pervinca.

3ª Estancia.

En lo hondo de la barranca
do crece la azul pervinca,
de Esto pronto pasaron
las horas, los largos días,
y al acercarse el Invierno
con sus nieves ateridas
helando de los torrentes
la rauda corriente limpia,
Clemencia dejó una noche
su choza antes tan querida,
y contra la dura roca
dando con ambas rodillas,
cayó . . . y dirigiendo al cielo
mirada asaz dolorida,
sacándola de su seno
besaba la cruz bendita. . . .
En seguida ¡ah! durmió el sueño

del cual no despertaría.
Decid si es dulce ese sueño
que duerme la pobre niña
en lo hondo de la barranca
dó crece la azul pervinca.

Zacatecas, Agosto de 1901.

F. A. T.

¡ESPERANZA!

Pobre corazón! no llores

Abandónate á la suerte

Resignado;

Vé que muchas de tus flores

Al aliento de la muerte

Se han secado.

Mira, la flor que te queda

De su vívida hermosura

Se despoja;

Porque esa flor no se enreda

Donde un soplo de amargura

La deshoja.

Corazón mio, no riegues

La esperanza de la vida

Con tu llanto;

Con tus lágrimas no riegues

Esa planta en que se anida

Un encanto.

En fabla.

ENDECHAS.

¡Oh mi plaçida folgança!
 ¿Dó tu semblante se esconde
 Mal mi grado?
 ¿Qué ge fizó mi esperança,
 Donde la encontrar? ¿En donde?
 ¡Desdichado!

De aquellas horas floridas
 Tan dulcemente probadas
 Ya non tengo,
 Sinon memorias perdidas,
 Seyendo en muchas vegadas
 Dolor luengo.

De sosañosos favores
 Que en mi folgura mezquina
 Ví del todo,

He sobejanos temores
 Que me persiguen aina
 De otro modo.

Ove ambicias de riqueza
 Et ove ambicias de gloria
 Et de saber;

Ca es preciada la pobreça;
 Mas non tiene nen memoria,
 Nen valer.

Et ambicié et foí damnado;
 ¿Amicicias? non las hube
 Ca fuyeron!
 De guisa tal aplagado
 Mis memorias como nube
 Se perdieron.

En los claustros bienfamados
 Buscaba mi ánima aflita
 La paz amada;
 Mas follones desbarrados
 Trujeron á mayor cuita
 Al ánima lazrada.

El monesterio endechoso
 Et su humildosa monjia,
 ¿A dó fueron?
 Aquel jardín tan fermoso
 Et la mi pobre alhamia,
 ¿Qué ge ficieron?

La yedra, so cuyas ramas
 Yo tanto me delectava,
 Fenesció.

El laurel, que aquellas flamas
 Ardientes del sol temprava,
 ¡Ay! ge secó.

Non pude seyer guarido
 De que me foese fortuna
 Enojosa.

Et magüer non lo he querido,
 La vida es grant importuna
 Et trabajosa.

Et por ende yo deseo
 Que venga pronto la muerte
 Et me acabe;
 Ca males solo poseo;
 Otro si que la mi suerte
 Non me sabe.

Que non val al afincado
 A quien fuyó bienandança
 La su vida;
 Et non cumple al desesperado
 Alindar toda bonanza
 Infingida.

Ansi yo te quiero, muerte,
 Magüer vengas con tormentos;
 Que bien vienes,
 Que non tener en mi suerte
 Tales desengaños
 Tan perennes.

Octubre de 1903.

Beneficencia y gratitud

Al Illmo. y Rmo. Sr. D. F. J. Guadalupe
 de J. Alva, dignísimo Obispo
 de Zacatecas.

Orillas de una fuente
 De linfa transparente,
 Verde, hojoso, lozano,
 Un sauce secular se alzaba ufano.
 Y cabe el pié robusto
 De su tronco vetusto
 La humilde violeta
 Y la azucena púdica y discreta,
 Sin verse deslustradas
 Del sol, allí olvidadas,
 Pero alegres, vivían.
 Ni las furias del viento resentían.

Y es fama que una tarde
 Al tramontar del sol, cuando las flores,
 Meciéndose en el aura pasajera,
 Con hechicero alarde
 Hablan al corazón, con sus olores,
 La viola exclamó de esta manera.

"Sauce gentil, el de flexibles ramas,
 Que así te abates con rendido afán
 Cual si agobiado de tus regias galas
 A mis piés las quisieras arrojar.

¡Cuanto embeleso causa el ver tus frondas
Desmayadas caer cuando sopló
El aura leve; y ver bajo tu sombra
Vibrar su rayo moribundo el sol!

¡El sol! que hace ya siglos hiere en vano
La esplendidez de tu ramaje airoso;
Porque en la majestad del soberano
Encuentra oposición el poderoso.

Al contemplar tu espléndido follaje
Vuela en redor enamorado el viento.
Levantando hasta el cielo desde el valle
Sus cántigas de amor en dulce plectro.

Inundado de luz y de belleza
Sobre un campo de gualdas resplandeces;
Difúndese en tu torno la existencia
Y en tí se adunan sus fecundos gérmenes.

Las flores su fragancia embriagadora
En honra tuya exhalan, y un presente,
En alas de la brisa bulliciosa,
De gratitud y amor, juntas te ofrecen.

Cual astro me parece que fulguras
De mi alegre humildad en la morada,
Y nunca alcé mi frente á tanta altura
Como cuando á tus piés te contemplara.

Aunque en las nubes tus verdores meces,
No esquivas doblarte de contino
A acariciar mi sien—¿Amor te impele?
¿Es efusión de paternal cariño?

¡Ay! lo ignoro... Mas yo te amo ardorosa
Cual su cenit el sol, el mar la brisa,
La lluvia el campo, y la risueña aurora
Su vívido arrebol, su luz el día.

Como el niño la plácida sonrisa
Que asoma al labio de su tierna madre,
Así te he de querer toda la vida
Oh dulce amigo! ¡Oh protector amable!

¿Acaso por ser tanta tu grandeza
Cuanto mi suerte es mísera y mezquina
No habré de amarte ¡ay Dios! siendo cual bella
Así anhelosa tu undulante cima?

¡El cielo te prospere, árbol querido!
Y ya que en tí me deparó mi estrella
Un bienhechor, atiende á los suspiros
Que exhalo envueltos en mi pura esencia.

Tu contarás los años ciento á ciento:
Mientras el número escaso de mis días
A completarse va: mas un consuelo
Vislumbro allende mi acotada vida.

Cuando sañudo el ábrego viniere
A arrebatarme mis pétalos caídos,
Inclinando tus ramas, como sueles,
En tí hallaré mi postrimer abrigo.

Luego en arista hirsuta, sin aroma,
Se tornará mi tallo con presteza;
Y harás entonces funeraria pompa
Flébil besando mi corola seca.

Y gemebundo, el viento de la tarde
Agitando tu lengua cabellera,
Dulce lamento extenderá en el valle
Lúgubre resonando en las cavernas.

Y al sentarse á tu sombra algún viajero,
Viendo, en la paja deleznable y fofa
De la caduca flor, un monumento
Que eternice tu nombre en tierna historia;

Estas letras en lágrimas bañadas
Acaso grave en tu corteza dura:
*De gratitud y amor aquí descansa
Un raro ejemplo; respetad su tumba!!!...*

La viola así dijo: y dulcemente
Su grato aroma embalsamó el ambiente.

La cándida azucena,
Que atónita miró tan grata escena,
"¡Será mi padre!" dijo conmovida,
Su cáliz inclinando recojida.

Un beso con ternura
Imprime el sauz sobre su frente pura.
Y la tiniebla fría
Vino luego á ofuscar la luz del día.

F. A. C.

Canto á Leon XXX.

en el XXV aniversario de su Pontificado.

Come 'l signor, ch' ascolta quel che piace,
Da indi abbraccia 'l servo, gratulando
Per la novella, tosto ch' ei si tace;
Così benedicendomi cantando
Tre volte cinse me, si com' io tacqui,
L' apostolico lume
Paradiso XXIV, al fine.

Como el Señor que al oír una grata nueva, abraza, á su sier-
vo luego que este la ha referido, congratulándose de ella as-
bendiciéndome y cantando, luego que quedé callado, dió tres
vueltas al rededor de mi la apostólica antorcha
Dante, Paraiso; Canto XXIV, al fin.

I. ¡Quién me diera volar en este instante
Con alas de blánquísima paloma
A la Santa Ciudad, la excelsa Roma,
Y allá, con fé constante,
Contemplar anhelante
Aquellas ruinas, dó el pasado asoma
Y adormecerme de su sacro aroma
Con el olor suavísimo y fragante!
¡Allá, dó el Justo y Venerable Anciano
Y preclaros Pastores

¡Ah! si se nubla tu cielo
 Y la tempestad revienta
 Con furor;
 No te olvides que el consuelo
 En medio de la tormenta
 Es esa flor.
 ¡Oh mi corazón! no llores
 Espera algo de tu suerte.
 Resignado.
 Que aunque marchitas tus flores
 La esperanza de la muerte
 No se ha secado.

México, 1985.

Refrán.

'Nacen unos con estrella
 Y otros estrellados', dijo
 El que escribió los refranes
 En un lenguaje castizo
 ¡Si será!—¡Si no será!
 En mis adentros me digo,
 Sin importármeme un bledo,
 Que la cuestion valga un pito.
 Que la Providencia imparte
 A todos su merecido,
 Eso sí que no lo niega,
 Ni el escéptico más fino,
 Siendo este punto, como es,
 Por todos reconocido.
 Y en prueba de lo que asiento
 Allá vá este cuentecillo.

En un antiguo convento
 No lejos de donde habito,
 Del claustro más solitario
 En el alero sombrío,
 Un gorrión y un reyezuelo
 Labraron cerca sus nidos,
 Haciéndose desde entonces,
 Al fuer de buenos vecinos,
 Constantes, amartelados
 Tiernos y fieles amigos.

En tan venturoso albergue
 Pasaban días tranquilos,
 Cuando en noche pavorosa,
 De tempestad al rugido,
 Desplomose con estruendo
 Aquel sagrado edificio,
 Envolviendo en sus escobros
 También los pequeños nidos.

Espantados y medrosos
 Huyeron los pajarillos
 Y á tierras lejanas fueron
 A buscar un nuevo asilo.
 A las veces separados,
 A las veces reunidos,
 Iban dó quier desafiando
 Los azares del destino.
 Mas quiso feliz estrella,
 [La Providencia, yo digo),
 Que por ignoradas sendas
 El dichoso gorrioncillo
 A un hermoso colotín
 Se topara de improviso
 Tan espléndido, galante,
 Munificentemente benigno,
 Que el ceniciento plumaje
 Cambiándole en purpurino,

Le hizo elevarse á regiones
 De aves de mayor prestigio
 De entónces en jaula de oro
 Encarcelado, — ¡Preciso! —
 De ordinario alimentose
 Con cañamones y mijo;
 De todos siendo admirado
 Pájaro tan peregrino
 Por cantar un ritornelo,
 Correctamente aprendido
 De un blanco cisne de Italia
 Por el cable submarino.
 Entretanto, el reyezuelo,
 Su antiguo y constante amigo
 Sin colorines benéficos,
 Libre como el aire mismo,
 Mas sin poder traspasar
 Los espacios infinitos;
 Saltando de muro en muro,
 Papando arañas y grillos,
 Cantando va á risotadas, [*]
 Sin dejar su viejo estilo,
 Hasta emblanquecer sus plumas
 Con el polvo del olvido.

México, 1899.

[*] EL REYEZUELO en estas regiones, llamado vulgarmente SALTA PAREDÉS, emite en su canto la sucesión diatónica de las siete notas musicales, descendiendo de la más aguda á la más grave, como lo cual semeja una megre carcajada.

Amando á Dios.

De la noche en el silencio,
 Mientras estoy en reposo,
 Me vela un ángel hermoso
 Por encargo del Señor,
 Y al guardar mi dulce sueño,
 Entre mis labios abiertos
 Y con sonidos inciertos
 Escucha el nombre de Dios.

Ese nombre tan bendito
 El ángel santo recibe
 Y en libro eterno lo escribe,
 Y el suspiro que vá en pos,
 Y á Dios le dice en el cielo
 Que de la noche en la calma
 Y cuando sueña mi alma
 Aun entónces amo á Dios.

Expléndida está natura
 Al nacer el nuevo día
 Con la luz que el sol envía
 Y la brisa matinal,
 Y hay perfumes y armonía,
 Y hay colores y belleza,
 Y hay encantos y grandeza
 Y poesía ideal,

Mas también hallo belleza
 En el mar tempestuoso,
 En el viento impetuoso,
 Y en el trueno aterrador;
 Y admirando el universo,
 El gran poder de Dios veo,
 Y entonces más en Dios creo,
 Y más y más amo á Dios.

Hallo belleza en las artes,
 Belleza en los teoremas,
 Y de intrincados problemas
 Buscando la solución;
 Y de la fé con la antorcha
 Y á la luz de la experiencia,
 Belleza encuentro en la ciencia
 Que investiga mi razón.

Y por cálculos llevado
 Al análisis prolijo,
 En la exactitud me fijo
 Que dió á todo el Criador;
 Y en medio de un argumento
 Y en medio de un silogismo,
 Allí conozco á Dios mismo
 Y allí también amo á Dios.

De Dios viene la alegría
 Con la cual goza mi alma,
 Y en los momentos de calma
 Disfruta dulce solaz,
 Y es el premio inmerecido
 El bien que solo dimana
 De su Bondad soberana,
 Que es fuente de dicha y paz.

Y si viene el infortunio,

Si me invade la tristeza,
 De Dios veo la grandeza
 Que me prueba en la aflicción;
 Y á Dios le pido consuelo,
 Su santo nombre bendigo,
 Y mis pesares mitigo
 Más y más amando á Dios.

Amado á Dios tengo Fé,
 Y me anima la Esperanza,
 Pero mi alma no alcanza
 La gloria sin Caridad;
 Y el tierno Padre me enseña
 Que el amor á El empieza
 Socorriendo la pobreza,
 La triste necesidad.

Bien hace el que la recibe
 Y el que la dá gana el cielo,
 Hallando dulce consuelo
 En la limosna los dos;
 Así doile al indigente,
 (Y hermano mio le llamo
 Porque tanto á mi Dios amo),
 Una limosna por Dios.

Luego en arista hirsuta, sin aroma,
Se tornará mi tallo con presteza;
Y harás entonces funeraria pompa
Flébil besando mi corola seca.

Y gemebundo, el viento de la tarde
Agitando tu lengua cabellera,
Dulce lamento extenderá en el valle
Lúgubre resonando en las cavernas.

Y al sentarse á tu sombra algún viajero,
Viendo, en la paja deleznable y fofa
De la caduca flor, un monumento
Que eternice tu nombre en tierna historia;

Estas letras en lágrimas bañadas
Acaso grave en tu corteza dura:
*De gratitud y amor aquí descansa
Un raro ejemplo; respetad su tumba!!!...*

La viola así dijo: y dulcemente
Su grato aroma embalsamó el ambiente.

La cándida azucena,
Que atónita miró tan grata escena,
"¡Será mi padre!" dijo conmovida,
Su cáliz inclinando recojida.

Un beso con ternura
Imprime el sauz sobre su frente pura.
Y la tiniebla fría
Vino luego á ofuscar la luz del día.

F. A. C.

Canto á Leon XXX.

en el XXV aniversario de su Pontificado.

Come 'l signor, ch' ascolta quel che piace,
Da indi abbraccia 'l servo, gratulando
Per la novella, tosto ch' ei si tace;
Cosi benedicendomi cantando
Tre volte cinse me, si com' io tacqui,
L' apostolico lume
Paradiso XXIV, al fine.

Como el Señor que al oír una grata nueva, abraza, á su sier-
vo luego que este la ha referido, congratulándose de ella as-
bendiciéndome y cantando, luego que quedé callado, dió tres
vueltas al rededor de mi la apostólica antorcha
Dante, Paraiso; Canto XXIV, al fin.

I. ¡Quién me diera volar en este instante
Con alas de blánquísima paloma
A la Santa Ciudad, la excelsa Roma,
Y allá, con fé constante,
Contemplar anhelante
Aquellas ruinas, dó el pasado asoma
Y adormecerme de su sacro aroma
Con el olor suavísimo y fragante!
¡Allá, dó el Justo y Venerable Anciano
Y preclaros Pastores

Junto al esposo fiel la esposa amada,
 Y en patético grupo reunidos
 La madre por sus hijos abrazada;
 Todos serenos, sin que el pecho fuerte
 Tiemble cuando el peligro se avecina,
 Ni se doble á los golpes de la suerte,
 Caminando tranquilos á la muerte
 Como legión que al triunfo se encamina.
 ¿Cómo podrás vencer á tu enemigo,
 Agonizante Roma,

Si él desprecia tu premio y tu castigo
 Y ni al halago ni al furor se doma?
 ¡Ah! no batalles más, estás vencida;
 ¿Quién entabla pelea
 Con una religión que, aun perseguida,
 Tales soldados donde arraiga crea?
 Triunfa de tí la sangre del Calvario
 Que de la cruz en lágrimas gotea.
 ¿Cómo vencer jamás á un adversario
 Que, á revolverse, sucumbir prefiere;
 Que postrado de hinojos,
 Besa la misma mano que le hiere,
 Y alzando al cielo los dolientes ojos
 Canta un himno de fé, perdona y muere?

VI. Tu reinado acabó, no hay esperanza;
 Ese turbión de fieras
 Que á tus campiñas fértiles avanza,
 Del Septentrion dejando las riberas,
 No es un nublado que, á merced del viento,
 Vá de truenos preñado,
 Y que al azar estallará violento,
 Es el tremendo rayo destinado
 A cortar tu existencia;
 Y contra tí dirige ese nublado
 De Dios la inexcrutable providencia.
 Humíllate ante el rayo que te mata!

Tu cetro conquistaste por violencia;
 La violencia á su vez te lo arrebató.
 VII. Muere, Imperio deshecho y vacilante,
 Que al morir tu poder, la nueva Roma
 De tus cenizas surgirá triunfante;
 Mas no ya del león con el rugido,
 Sino como tristísima paloma
 Que abrazada de amor, hace su nido.
 Enfrente al derribado Capitolio
 De la Roma pagana,
 De su blando poder alzaré el solio,
 Angel de amor, la religión cristiana,
 Y el redentor madero
 Sus brazos abrirá para el creyente
 Brindando paz al universo entero.

Como los tuvo la pagana gente,
 Tendrá la Cruz artistas á millares,
 Y al poderoso impulso de su mente
 Alzaré Miguel Angel los pilares
 Que del templo la cúpula resisten,
 Y llenará de estatuas los altares
 Que sus muros altísimos revisten;
 Del de Urbino la ardiente fantasía
 Copiará la belleza deslumbrante
 Del dulcísimo rostro de María,
 Y, más que con Marón, la poesía
 Ensanchará sus lindes con el Dante.
 Y Roma, siempre grande y respetada,
 Los odios dominando y los recelos,
 Un LEON XIII mostrará asombrada,
 No que sepa blandir sangrienta espada,
 Sino empuñar las llaves de los cielos.

VIII. ¡Salve, Gran Sacerdote, Rey de reyes,
 Nonagenario augusto, esplendoroso,
 Que al orbe riges con sagradas leyes!
 Hízote el Dios Eterno y Poderoso,
 Como al Profeta Rey, prudente y sabio;

Como al suyo, á tu acento sonoro
 Dióle la unción y el númen de su labio;
 Nuevo Moisés, del Sínai
 Celestial remontándote á la altura,
 Al mundo de Colón le diste un Código
 De esperanza y amor, de fé y ventura:
 Y á Dios le plugo que, ya que en El fias,
 Vieras de Pedro transcurrir los días.

IX. Desde el sublime asiento
 A dó el cielo exaltó tu mansedumbre;
 Dó de saber y de virtud portento
 Te admira la extasiada muchedumbre;
 Tú escucharás el himno cadencioso,
 Sublime agradecido,
 Que eleva á tí la América creyente
 Para ensalzar tu gloria indeficiente
 Con acento dulcísimo y sentido.
 Yo, al canto melodioso
 Que en tu loor se entona
 Y, bondadoso en todo tiempo oíste.
 Uno el acento de mi canto triste.....
 ¡Una hoja seca á tu inmortal corona.....!
 Decepcionada el alma
 Por crueles desengaños,
 Mi corazón rebosa de amargura.
 Han destruido mi plácida ventura
 El dolor y la nieve de los años.
 De la tranquila calma
 Que disfrutara allá en mi adolescencia,
 Solo me restan hondos sinsabores,
 Al contemplar perdidas esas flores
 Del claustro en donde respiré su esencia,
 ¿Qué podrá, pues, mi lira
 Abandonada y rota
 Cantar en tu alabanza, Padre Santo,
 Si, humedecida con amargo llanto,
 Solo le queda del dolor la nota?

¿Si lánguida suspira
 Al gemir de los vientos,
 Resonando sus cuerdas una á una
 Al resbalar el rayo de la luna
 Por entre los cipreses macilentos?
 Pero mi amor ferviente
 A tu persona, Padre Soberano,
 Y el respeto obsecuente
 Al Ilustre Pastor zacatecano
 Me dan ánimo tanto
 Que, desechando los temores vanos,
 La lira tomo en mis indignas manos
 Y dirijo hacia Tí mi humilde canto.
 Y, haciendo renacer fresca y lozana
 La flor de mi alegría,
 Marchita allá en su plácida mañana,
 Mueves el corazón y el alma mia
 Y exaltas mi ardorosa fantasía.
 León XIII a quien respeto;
 León XIII soberano,
 Honra y prez de la fiel Catlamineto,
 Elevado, de Obispo de Espoleto,
 Al rango de Pontífice Romano:
 Acepta el pobre canto
 Que, al XXV aniversario
 De tu elección, en su letal quebranto,
 Un exclaustro entona reverente.
 Puesta en el polvo su abatida frente,
 Y; ay! bendice su empeño temerario!....

Zacatecas, Febrero 20 de 1903.



Del Cónclave Latino—Americano,
 Con la voz de sus sabios y Doctores,
 Hicieron resonar el Vaticano
 Y avivar de la fé los resplandores!

Mas ya que no me es dado
 Cual alígero el viento
 Los montes trasponer y el mar salado
 Vuele mi pensamiento,
 En alas del deseo transportado,
 Y deténgase allá por un momento.
 Mis ojos, desde acá, todo lo miren;
 Mi fé y mi corazón todo lo admiren.

II ¡Salve, Ciudad Eterna, inclita Roma,
 Que aun te alzas magestosa en tus colinas:
 Resistiendo del tiempo á la carcoma!
 ¿Quién no vuelve los ojos con tristeza,
 Al recorrer tus venerandas ruinas,
 A tus pasados siglos de grandeza?
 No será quien conserve en su memoria
 El recuerdo inmortal de tu destino
 ¡Oh señora del mundo y de la historia!
 Ni quien, cual yo, cuando ante tí me inclino,
 Tenga por su mejor ejecutoria
 Poder decir al mundo "¡Soy latino!
 Vengo de aquella raza no igualada
 Que aprendió de Escipión á ser guerrera,
 De Cólatino varonil y honrada;
 Que del viejo Catón oyó el secreto
 De la virtud austera,
 Y la moral de labios de Epicteto;
 Que imponiendo su yugo á las naciones,
 Llevó con Cesar la victoria uncida
 Al carro triunfador de sus legiones;
 Dió con Augusto al universo leyes;
 Vió en Tácito á la historia convertida

En azote de pueblos y de reyes;
 Y grande en artes y en saber y en vida,
 Rompió con sin igual magnificencia
 En robusta oración ó en tierno idilio,
 Con Marco Tulio en olas de elocuencia
 Y en inmortales versos con Virgilio."

III. ¡Cuanta desolación en tí se nota!
 El capitel por tierra derribado,
 La columnata rota,
 El pórtico de marmol destrozado,
 El arco de soberbia arquitectura
 Y el vacilante muro agrieteado
 Que sostiene la artística escultura,
 Todo tu fausto espléndido delata,
 Y tu antigua hermosura
 En los mismos escombros se retrata;
 Escombros seculares
 Donde del tiempo el insaciable estrago
 Cubre estatuas y pórticos y altares
 Con flores de amarillo jaramago.
 Pero yo reconstruyo tu grandeza,
 Levanto tus columnas y pilares,
 De tus circos la altiva fortaleza,
 Y miro alzarse en mi exaltada mente
 Aquí las termas de anchuroso espacio,
 Allá la esbelta fuente
 Y el señorial palacio;
 De acueductos doquier rico tesoro,
 Del César, el alcázar refulgente,
 El rico templo y el extenso Foro
 Que llena muchedumbre clamorosa.
 Y cual te pintan en tu siglo de oro
 Te elevas á mi vista esplendorosa.....

IV. Del Tiber mismo en la risueña orilla,
 Y de Roma en el seno,

Prende del cristianismo la semilla:
 Ya, dejando sus lares,
 No acude el pueblo, de presentes lleno,
 Los templos á adorar y los altares;
 De Jove el rayo sin cesar no amaga;
 Descuida la vestal sin pesadumbre
 El fuego sacrosanto que se apaga;
 El imperio del mar pierde Neptuno;
 Olvídanse los ritos venerados
 De Minerva, de Ceres y de Juno,
 Y ante el amor de un Dios de mansedumbre
 Huye de sus altares olvidados
 De los dioses la falsa muchedumbre.

Del vasto circo en la candente arena
 Ignara turba impía
 Con sus gritos no atruena,
 Al llenar la anchurosa gradería;
 El pueblo, que la lucha ve con pena,
 Busca en la estrecha catacumba abrigo,
 Orando desde allí con fé cristiana
 Para que Dios aparte su castigo
 De quien su enojo á provocar se atreve,
 Al derramar así la sangre humana
 Por divertir los ocios de la plebe.

La matrona de espléndida hermosura,
 Rival en desenfreno y en grandeza
 De la famosa meretríz impura,
 Al lucir en la plaza y en el Foro
 Su incitante belleza,
 Medio desnuda en su litera de oro,
 Cambia sus galas por modesta toca
 Y huye al claustro ignorado,
 Buscando en él, atribulada y loca,
 Olvido y redención á su pasado.

La envidiada doncella,
 Despreciando los goces de la vida

Que en su florido Abril se tiende ante ella,
 Quiere seguir la generosa huella
 De la vírgen cristiana bendecida,
 Y acude allí donde el dolor le ofrece
 Lágrimas que enjugar consoladora;
 Donde el hambre se extiende destructora,
 Ó el enfermo padece
 Ó el infortunio llora;
 Donde se espera con alegre anhelo
 Su limosna bendita
 Y su frase de amor y de consuelo;
 Donde la fé desmaya, y necesita
 Quien levante sus ojos hacia el cielo.

V. En el vivo rencor que la espolea,
 Roma iracunda con furor se lanza
 Contra la nueva secta á la pelea.
 Sangre quiere su anhelo de venganza,
 Y con la suya bríndale el cristiano;
 ¡Fecundo riego de la santa idea
 Que hará crecer el árbol más lozano!
 ¿A quién el riesgo de morir abate?
 Donde uno cae se levantan ciento
 Ansiosos de martirio y de combate.

Puro como el armiño,
 Al bárbaro tormento
 Ofrece el cuello sin temor el niño;
 La vírgen, que así logra la victoria,
 Da ejemplo de valor á aquella plebe
 Que ya no sabe ni aun morir con gloria,
 Y sin que un grito en su dolor profiera,
 Mira su seno, envidia de la nieve,
 Despedazado por hambrienta fiera.
 Sereno va el anciano, que abandona
 Sin temor su existencia fatigada
 Y busca en otra vida su corona;
 La hermana y el hermano confundidos,

INDICE.

En el día de mi exclaustración.....	5
Al que leyere.....	7
Para un carro alegórico.....	10
Al Ilmo. S. Obispo de Linares, Oda.....	11
El Niño y la Mariposa.....	14
El eco de las campanas.....	15
La verdadera belleza.....	17
Amparito la virtuosa.....	18
A la Virgen de mi alcoba.....	19
Germán el cazador.....	20
El ramo de flores.....	21
El Niño goloso.....	22
Los dos perros.....	23
Rayo de Oro.....	27
Ya no existe..... Canción elegiaca tradu- cida del Italiano.....	28
Dormi, dormi.....	29
Duerme! duerme! Traducido del Italiano.....	30
La Barranca de las Pervincas. Traducida del Francés.....	31
¡Esperanza!.....	33
Refrán.....	34
Amando á Dios.....	37
Beneficencia y gratitud. Al Ilmo. y Rmo. S. D. F. Guadalupe de Jesús Alva.....	43
Canto á León XIII, en el XXV aniversario de su Pontificado.....	

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Si algún lector curioso, parando mientes en que algunas de las composiciones poéticas, que constan en este libro, van subscriptas por el autor, y otras ni aún signadas con sus iniciales, preguntare el ¿por qué? responderemos que, nosotros no hemos hecho más que publicarlas tal cual estaban en los originales, sin quitar ni añadir una sola letra.

Los editores.

ALOCUCIONES
Y
DISCURSOS

INDICE.

En el día de mi exclaustración.....	5
Al que leyere.....	7
Para un carro alegórico.....	10
Al Ilmo. S. Obispo de Linares, Oda.....	11
El Niño y la Mariposa.....	14
El eco de las campanas.....	15
La verdadera belleza.....	17
Amparito la virtuosa.....	18
A la Virgen de mi alcoba.....	19
Germán el cazador.....	20
El ramo de flores.....	21
El Niño goloso.....	22
Los dos perros.....	23
Rayo de Oro.....	27
Ya no existe..... Canción elegiaca tradu- cida del Italiano.....	28
Dormi, dormi.....	29
Duerme! duerme! Traducido del Italiano.....	30
La Barranca de las Pervincas. Traducida del Francés.....	31
¡Esperanza!.....	33
Refrán.....	34
Amando á Dios.....	37
Beneficencia y gratitud. Al Ilmo. y Rmo. S. D. F. Guadalupe de Jesús Alva.....	43
Canto á León XIII, en el XXV aniversario de su Pontificado.....	

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Si algún lector curioso, parando mientes en que algunas de las composiciones poéticas, que constan en este libro, van subscriptas por el autor, y otras ni aún signadas con sus iniciales, preguntare el ¿por qué? responderemos que, nosotros no hemos hecho más que publicarlas tal cual estaban en los originales, sin quitar ni añadir una sola letra.

Los editores.

ALOCUCIONES
Y
DISCURSOS

quelli, si dice, furono dei gran geni. E sono i gran geni che superbi delle lor forze, dei loro talenti e rovesciano il mondo, e lo metton sossopra; i soli umili di cuore e della pace amatori e lo rilevano e lo compongono. Due sole parole formarono tuto l' elogio del Redentore, che passava facendo a tutti del bene; *pertransiit benefaciendo*. Tale e la missione del Vescovo sulla terra; tale sarà appunto l' alma missione del nuovo Presule di Tollanzinco, superiore senza dubbio a quei geni, quanto ai distruggitori dell' umana stirpe superiori sono i ristoratori e benefattori degli uomini. Preghiamo dunque quel Dio, che dall' alto de' cieli provido moderatore delle umane sorti degnasi per tratto di ammirabile beneficenza verso di noi suscitare dalla polvere quegli uomini illustri, che a coprire distinto seggio sonno da lui trascelti, e a dilatare tra i popoli la divina sua gloria, viva egli fra il suo ovile perpetuamente glorioso; e la ricordanza dell' Antistite insigne enondimeno benefico si conservi onorata presso i tardi posterì nella sua Greggia.—Ho DETTO.

Fr. Angelo dei Dolori Tiscaregno, O. F. M.

Discurso sobre la educación en el S. Corazón de Jesús, pronunciado en la solemne distribución de premios celebrada el día 2 de Octubre de 1899., entre los alumnos de las Escuelas Guadalupeanas de esta ciudad, delante del Ilmo. Sr. D. Fr. Buenaventura Portillo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

... en las grandes capitales cuando se presen-
... de misioneros o cuando se presen-
... se esfuerzan en hacer que se
... el ánimo de la independencia.
... las primeras en los llamados
... de la doctrina cristiana, era
... la mayor parte de los que
... que presen-
... en el
... no
... en un
... el pueblo.
... se hace
... en el

“Imo. y Rmo. Sr”

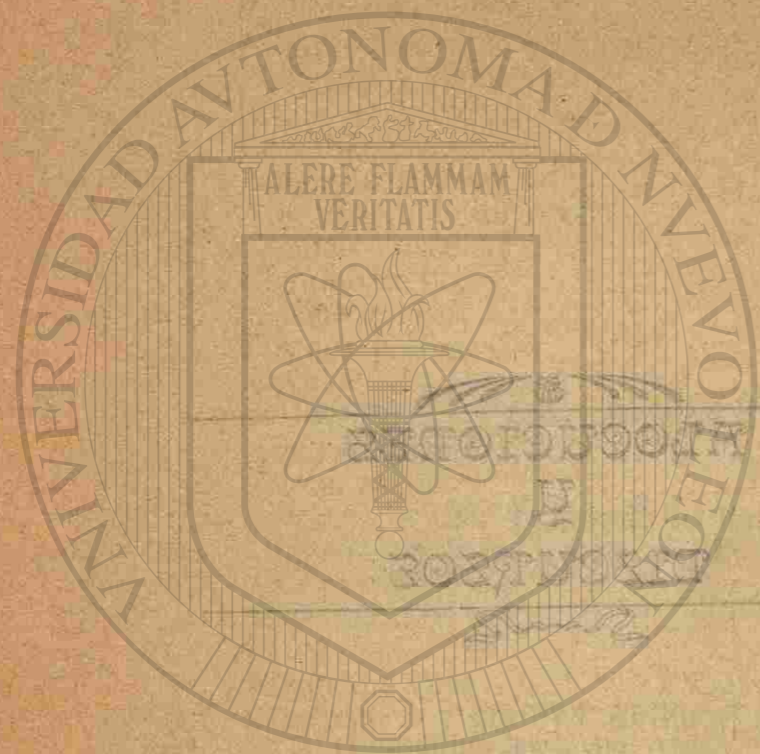
Señores:

Quando el Padre Santo ha querido últimamete manifestar su simpatía por nuestros niños pobres, ha enviado á la junta central de la Sociedad de S. Vicente de Paul de París, como expresión simbólica de los nobles sentimientos que le animan, un cuadro del Sto. Corazón de N. divino Salvador, acompañado de un mensaje afectuoso, en el cual daba á conocer á nuestras conferencias cuanto interés se toma en la salud eterna de esos niños. Y al escoger ese cuadro no ha hecho más que aprobar y confirmar la elección que la Iglesia Católica, á la cual se arregla, ha hecho tiempo ha del mismo emblema sagrado, para representar la caridad de N. S. Jesucristo para con la humanidad entera y de un modo especial hacia esos humildes objetos de su afecto tierno.

Si, señores, la educación de los niños pobres bajo los auspicios del Corazón adorable de Jesús, está en posesión de derechos incontestables á nuestra caridad. Ese magnífico símbolo contiene, en efecto, en sí mismo, todo un programa hasta en sus más menudos detalles, de la educación que deseáramos se les diese.

Quando el Salvador en persona enseñaba, ó mejor dicho, formaba la educación: (pues tenía que transmitir los primeros rudimentos de la ciencia religiosa, á hombres menos empapados en ella que puede estarlo actualmente cualquier niño), debemos suponer que su auditorio era





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



En la recepción del Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Buenaventura Portillo, III Obispo de Zacatecas verificada el día 12 de Agosto de 1891.

Ilmo. y Rmo. SEÑOR:

Cuando del Vicariato Apostólico de la baja California fuisteis trasladado á vuestra Diócesis de Chilapa, creisteis sin duda, como Elías, hallaros ya colocado debajo de aquel frondoso enebro, á cuya sombra deliciosa grato y perennal reposo os esperaba: empero la voz imperiosa de un ángel, el ángel que preside á la Iglesia universal, con frase irresistible os ha dicho: «Levántate, . . . porque todavía te queda que andar un camino muy largo.»

En efecto, hoy venis á la jóven Iglesia de Zacatecas en donde todavía no acaba de verificarse el paso del Señor, precedido de ese viento fuerte é impetuoso de que habla el Profeta, capaz de trastornar los montes y quebrantar las peñas: en donde algunos hijos desnaturalizados han abandonado la alianza del Señor, destruido sus altares, deshonorado su culto y perseguido á sus sacerdotes. Pero nosotros, hijos sumisos de esa Iglesia perseguida, en nombre de las pías asociaciones que representamos, no podemos menos de congratularnos



de vuestro feliz advenimiento, daros la más cumplida enhorabuena y elevar al cielo caluroso ruego por la más prolongada y próspera permanencia vuestra en medio del nuevo rebaño que vais á apacentar.

Una filosofía indócil y altanera pretende dominar en todas partes é imponerse á la Religión: filosofía que se resiste á creer todo lo que no es perceptible por los sentidos: que, enrevesando las ideas de la venerable antigüedad, viene buscando como sustituir á la humildad el orgullo, á la penitencia evangélica la molicie, á la Fe robusta de nuestros padres una criminal tolerancia, una perniciosa indiferencia, que llegará á convertirse en deísmo. Hay quien reclame la pureza de los antiguos cánones, pero despreciando á la vez los mismos cánones y la disciplina y hasta la Fe.: tampoco falta quien niegue la autoridad de los Pastores, pasando de ahí á negar la autoridad del Evangelio, y aun sobra quien diga que cree en la Iglesia, pero sin escuchar á la Iglesia á quien por eso mismo convierten en ludibrio irrisorio, objeto de persecución y vilipendio.

Sabemos ciertamente cuales son los temores que os asaltan y cuales los peligros que os amenazan, pero no se nos ocultan los motivos que al mismo tiempo tenéis para esperar inefables consuelos. Sea el primero la serenidad de vuestra conciencia, que nada os arguye ni reprende tocante á vuestra elección y translación, no siendo vuestro ingreso en este aprisco obra del artificio, de las pasiones ó del esfuerzo humanos, sino ántes bien la obra de Dios, manifestada por el Vicario de Jesucristo en la tierra y aceptada con aplauso por un pueblo católico, que ya anticipadamente os amaba. Poned, pues, vuestra confianza en Dios, cuya providencia sabia tan de antemano os preparó entre los humildes discípulos del Serafin de Asis asilo bienhechor que os pusiese á cubierto de las asechanzas del siglo corruptor, conduciendoos como por la mano desde la vida silenciosa del claustro, hasta la dignidad episcopal: ponedla asimismo en la sabiduría y santa perspicuidad de nuestro gran pontífice León XIII, que tanto interés toma por que se conserve ilesa entre nosotros la Fe de nuestros

padres, cuyo valioso depósito os confía: ponedla también en el celo, la piedad y la doctrina de vuestro nuevo Clero, que estará siempre á vuestro lado para secundar vuestras miras salvadoras, y velará dia y noche sobre los muros de la santa Jerusalén para poner en vergonzosa fuga á los enemigos que la asedian: y descansad finalmente en todos vuestros fieles hijos, que dóciles y amartelados escucharán vuestras enseñanzas, atenta la buena opinión que tienen de Vos formada y de vuestro futuro gobierno, el que se digne Dios nuestro Señor de dilatar por muchos años.

He dicho.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Alocuzione letta dall' autore innanzi agli Illmi.
Vescovi di Zacatecas, di Puebla e di Li-
nares, nella veglia dedita a

Monsignor Giuseppe Maria Armas,

consegro Vescovo di Toluca Messico il 15 agosto 1891.

MONSIGNORI ILLUSTRISIMI; SIGNORI:

Mi fanno pure pietà, se non mi muovono a riso i magnifici elogi che noi leggiamo nelle greche storie e latine di quei gran Capitani che conquistarono il mondo. Si dice di loro, che misuravano le vittorie coi loro passi; che il venire, il vedere, ed il vincere era per essi un sol punto. Dio immortale, che stravolgimento d' idee! Quali furono le lor vittorie, i loro trionfi? Versare fiumi di sangue, passeggiare su monti di uomini uccisi dalle loro barbarie, detronizzare innocenti regnanti per farli servire alla loro ambizione, spogliare le provincie ed i regni per saziar la loro avarizia, percorrere il mondo traendo seco il terrore, il lutto, il pianto, la desolazione, la morte. Furono queste le vittorie, i trionfi degli Alessandri, dei Pompei, dei Cesari, dei Scipioni, che sono anche in oggi al cieco mondo fallace oggetti di ammirazione e d' invidia. Ma ditemi, signori miei riveriti, qual delle due più lodevole e desiderevol cosa vi sembra? percorrere il mondo come nemico, e distruggitore dell' uman genere; oppure percorrere il mondo col far a tutti del bene, riunire gli uomini in fratellivol concordia, e lasciare per ogni luogo l' allegrezza, la calma, la tranquillità e la pace? Ma

muy semejante al que en nuestros días rodea á sus sacerdotes en las grandes capitales cuando se presentan en hábito de misioneros, ó cuando, sin la reputación de elocuentes, se esfuerzan en hacer que la sencillez de su doctrina penetre en el ánimo de la muchedumbre. Las asambleas que fueron las primeras en oír los llamamientos sublimes de la doctrina cristiana, eran, sin duda algunas semejantes á la mayor parte de las que actualmente rodean á Jesucristo, que presente en su tabernáculo, vive y mora en esas iglesias ménos céntricas, en cuyo alrededor no habitan más que los pobres. Describense simplemente en muchas circunstancias por una sola palabra que caracteriza este género de asambleas: "el pueblo." Más de cuarenta veces se hace mención de ellas, ya en el Evangelio de S. Mateo, ya en el de S. Lucas, ya en singular *turba*, la multitud, el gentío, el pueblo, ya en plural, *turbæ*, las muchedumbres, los pueblos. No es de este modo como suele hablarse de los ricos.

No es ciertamente este el nombre que se daría á una reunión escogida que formara el auditorio agrupado á los piés de un orador de moda: se ofenderían las personas por tal expresión designadas. Y sin embargo, de aquel vulgo así congregado es de quien leemos que "los pueblos que le oían no acababan de admirar su doctrina (Matth. VII. 28; XXII, 33) y sus milagros (Matth. IX, 33; XV, 31; Luc. XI, 14); que reconocían su rango elevado, su título de nobleza y exclamaban: "¿Es este acaso el Hijo de David? (Matth. XII, 23); que tendían por el camino sus vestidos cuando hizo su entrada triunfal en Jerusalén (Matth. XXI, 9). Si, ese pueblo, esa plebe, ese populacho, que así se complacían en llamarle los sacerdotes y los fariseos, era á quien aquellos hombres soberbios temían cuando conspiraban contra el Salvador. (Matth. XXI, 26; Luc. XXI, 6). Escrito está, en efecto, que "muchos del pueblo, (*turba*, como se expresa la Vulgata), creyeron en él (Jo. VII, 31), de tal suerte, que los fariseos decían: "¿ha creído en él por ventura alguno de los hombres prominentes de la nación ó de los fariseos? no, sino tan solo esa chusma que ignora la ley; ese pueblo maldito." Palabras amargas, pero muy parecidas á las que se profieren aun en

nuestros días. Los magnates, los fariseos, los hombres que se reputan sabios y lumbreras de la nación, no han reconocido ó seguido públicamente á Jesucristo; el vulgo, el pueblo, los pobres, los que no conocen la Biblia, esos son maldecidos, degradados escarnecidos á causa de su fé. A Nicodemos, que es la sola excepción que se levanta á combatir tan abominable declaración, nos le pintan como "aquel que solo iba de noche á ver al Salvador;" es decir que es un creyente tan en secreto, que hasta sus mismos compañeros llegaron á preguntarle con sorpresa: "¿también tú eres Galileo como él? (Jo. VII, 49-52).

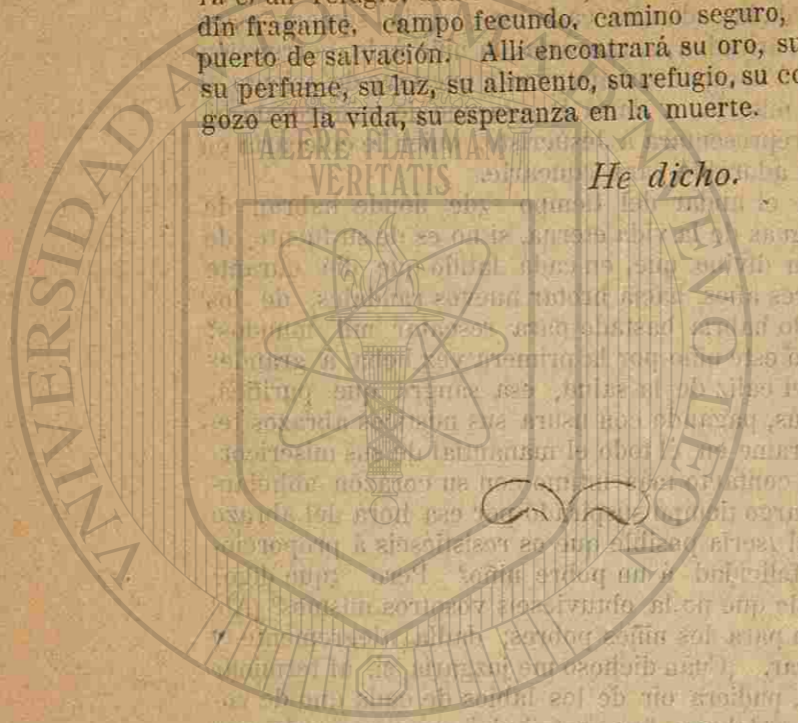
Los hombres del poder suelen á las veces presentarse en la escena, pero es para tentarle, tenderle redes, ó combatir sus palabras (Matth. XVI, 1; XIX, 3; XX, 17); para calumniarle é insultarle cara á cara (Marc. III, 22.) ó para invitarle á ir á sus casas y allí ver con desprecio su humildad y caridad para con los pecadores arrepentidos (Luc. VII, 39); ó para atisbarle capciosamente al desplegar su poder, lleno de amor, en día Sábado (XV, 1); ó para exigirle, por fin, que haga milagros y burlarse de él en seguida de haberles cumplido su deseo.

No es, por cierto, una multitud de personas finas y bien educadas la que durante tres días estuvo con él en el desierto, sin provisiones ni criados que se las procurasen, sentadas en el césped, para ser allí alimentadas como chiquillos ó como quien mendiga de puerta en puerta. El nos ha dicho: "¿qué es lo que habéis salido á ver en el desierto? ¿á algún hombre lujosamente vestido? Los que visten con lujo, habitan en palacios regios" (Matth. XI, 8) y no en los desiertos. Si, la multitud que le rodeaba, era una multitud burda y grosera, que le codeaba, que le oprimía por todos lados, hasta el punto de decir sus discípulos que era imposible saber quien le había tocado (Luc. VIII, 35) que le empujaba casi hasta el mar, obligándole á predicar sobre una barca (V, 4), y que hacía descender á sus enfermos por el tejado de una casa para que pudiesen llegar donde él estaba (V, 19.)

Tales eran los hombres y las mujeres á quienes Jesucristo enseñó el primer catecismo cristiano. En esta misma clase fué donde escogió sus discípulos y apóstoles,

de una vez á ese niño allí donde solo una educación católica puede colocarle, en el corazón adorable de Jesús, y nada habrá que le separe de él completamente, si no es el endurecimiento en el pecado. Ese corazón será para él un refugio, una fortaleza, un hogar, un remedio, jardín fragante, campo fecundo, camino seguro, paraíso y puerto de salvación. Allí encontrará su oro, su lá'samo, su perfume, su luz, su alimento, su refugio, su consuelo, su gozo en la vida, su esperanza en la muerte.

He dicho.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE YUCATÁN
DIRECCIÓN GENERAL DE

Arenga leída por el Rev. P. F. Angel de los D. Tiscareño con motivo de la posesión canónica que, del Obispado de Zacatecas, tomó el Ilmo. y Rmo. Sr. D. F. José Guadalupe de J. Alba el día 8 de Marzo de 1900.

Ilmo. y Rmo. Señor:

Hoy vengo en nombre de la V. Comunidad de Guadalupe y en mi propio nombre á dar á V. S. Ilma. y Rma. los más cumplidos plácemes y la más cordial y afectuosa bienvenida por vuestra exaltación á la Silla episcopal de Zactaecas, á donde por disposición divina y de la Santa Sede, no sin consultar previamente vuestra voluntad, habéis sido trasladado de la antigua y honorable diócesis de Yucatán.

Nadie ignora ciertamente que, en el ejercicio del ministerio eclesiástico, las sillas menores suelen servir como de noviciado para ascender á las mayores. Para mí tengo que ninguna silla hay mayor como no sea la Silla de S. Pedro, midiendo la elevación ó magnitud de las otras en proporción de la soldadura más firme y consisten-



te que las une y en cierto modo las identifica con aquella Cátedra suprema, no menos que de la mayor solicitud que emplear pueden en hacerse el eco fiel de su magisterio.

Yo bien sé, Ilmo. Sr. que por lo que mira á la humana y mundanal grandeza nada os inquieta; ya en el claustro habíais aprendido á menospreciar su quimérica apariencia. Sé así mismo, de toda ciencia y certeza, que no habéis solicitado vuestra translación; lo sé y me complazco de proclamarlo en voz alta. ¡Plegue al cielo conservaros siempre en tan sabia y virtuosa modestia! Empero este mi deseo de vuestra estabilidad personal en el bien no quisiera que tan solo le entendiérais de vuestro interior y espiritual aprovechamiento, sino también del exterior y visible incremento de todo cuanto está en derredor vuestro; puesto que, si el obispo lleva la cruz al pecho es para que, teniéndola siempre á la vista, viva constantemente crucificado, al menos con el deseo, pudiendo decirse de él, lo mismo que del divino Salvador, que ha sido exaltado sobre la tierra para atraerlo todo hácia sí en su potestad sublime.

Sugerio, abad de S. Dionisio y regente de Francia había pedido á S. Bernardo consejos para saber morir. El santo abad del Claraval respondió al de S. Dionisio: *Te nudatum vult Deus.* Dios quiere que viváis despojado de las riquezas, los placeres y las grandezas. Quiere Dios veros desprendido, no solamente de las cosas de este mundo perecedero, sino hasta de vos mismo; de vuestro propio espíritu, y de todo aquello que no sea gracia pura, y solo con tales condiciones os vestirá la estola de la inmortalidad.

No de otro modo el M. I. Sr. Vicario capitular, que hoy ha resignado el gobierno de ésta diócesis en vuestras dignas manos, encargaba á los peregrinos zacatecanos al partir para México en el mes de Septiembre último, que "pidieran á nuestra Reina y abogada, María Sma. de Guadalupe, UN OBISPO QUE NO CAMINARA EN POS DEL ORO Y DE LAS RIQUEZAS:) *Te nudatum vult Deus.* Y aunque la Zacatecana Iglesia puede hoy decir lo que de sí mismo afirmaba el Príncipe de los apóstoles, es á saber, que no posea oro ni plata, puesto que, por voluntad di-

vina, nada posee, como no sea aflicciones, trabajos y dificultades sin cuento, con todo eso; lo que S. Bernardo enseñaba para saber morir, yo juzgo á propósito deciroslo hoy para que sepais vivir.

La humana flaqueza llega á ser tal que aun á las veces debajo de una mitra venerable, quizá tras de una humilde y olvidada cruz, suele alguien buscarse á sí mismo. Ilmo. Señor, yo soy para vos un viejo amigo, por vuestra bondad; vuestra amistad está ligada á los santos recuerdos del claustro: libreme Dios de ser de aquí en adelante otra cosa que no sea el amigo más franco y desinteresado, al mismo tiempo que el más respetuoso y siempre pronto á sacrificarlo todo por vos.

Si no temiera lastimar vuestra modestia, postrado á vuestros piés os pediría que no os contentéis con llevar tan solo en el pecho esa cruz adorable, sin que verdaderamente os crucifiqueis en ella lleno de abnegación, y que como obispo no dilateis tan solo vuestra fé sin dilatar con ella vuestras entrañas de misericordia y compasión para con nuestra nueva diócesis de Zacatecas, que tanto tiempo ha gemido en el desamparo considerándose casi sin pastor.

Ilmo. Sr., ¡sed desde hoy nuestro padre! He dicho mal; ¡sed nuestra madre! Todavía no he expresado lo que quiero: ¡sed nuestro Cristo! ¡Crucifícaos! Solo á este precio seréis un santo obispo, siendo á la vez para todos nosotros, sacerdotes y fieles, inagotable receptáculo de santidad.

He dicho.

Nota.—Imprimiase esta arenga por mandato expreso del Ilmo. Sr. D. Fr. José Guadalupe de Jesús Alba y Franco, IV Obispo de Zacatecas, comunicado hoy, 26 de Junio de 1900.

es decir, entre los pobres, los iliteratos, los débiles y para poco, los humildes y despreciados de todos. A los pobres fué á quien anunció su Evangelio (Matth. XI, 5.)

Una de esas muchedumbres fué de la que se dijo en el Evangelio "que le presentaba unos niños para que los tocara," (Marc. X, 13) y cuando los discípulos reñían á los padres de tales niños ¿qué fué lo que el Salvador les dijo? "dejad que vengan á mi los niños y no se lo estorbéis." Mas no se contentaba con hacer lo que le pedía aquel pobre pueblo. S. Marcos nos dice que fué más lejos, pues que "estrechándoles entre sus brazos, y poniendo sobre ellos las manos, les bendecía. (16) Aún más expresivo fué cuando quiso establecer ante sus apóstoles y discípulos, ante sus pescadores, barqueros y publicanos, un tipo de perfección y una imagen de los que debían entrar en su Iglesia, "llamando á sí á un niño, le colocó en medio de ellos," (Matth. XVIII, 2) ¿Y qué clase de niño? No envió á escogerle, sino que echa mano del que está más cerca, el hijo de un pobre, un hijo del pueblo, un plebeyo rudo y vulgar.

Ya que quería mostrarles á quien debían parecerse los que quisiesen entrar en el reino del cielo, ¿no sería duro y hasta injurioso que colocara en medio á un niño tal, que para ellos fuera tan difícil parecersele como le es al camello pasar por el ojo de una aguja? ¿un niño rosagante y robusto, rebosando salud; fino, delicado y ricamente vestido, tipo, en fin de la prosperidad terrena, de la constante dicha? ¡"Ay! habrían podido responder, nosotros jamás podremos parecernos á ese niño!" Debemos pues figurarnos un chiquillo cogido entre la multitud que seguía y admiraba habitualmente á Jesús, un muchachito pálido demacrado, enfermizo, desaliñado, pobremente vestido, andrajoso quizá, descalzo y sin sombrero; un niño en quien los pobres no advirtiesen cosa que no fuese exteriormente semejante á ellos, nada que pudiera mortificarles ó humillarles, nada que les diferenciase de ellos mismos, si ya no es la inocencia y el candor de la primera edad; solo así comprenderemos la belleza perfecta de este detalle en la vida de nuestro Señor y lo sublime de esta lección.

¿Cómo trata Jesús á este pobrecito niño, recogido en la calle ó en alguna plaza? ¿Conténtase con llamarle, tal vez con imperio y autoridad, y colocarle pintándosele en el semblante ya el terror, ya el descaro, en medio de sus discípulos para hacerle asunto de una lección, cual si fuese un maniquí ó un autómeta? Seguramente no. Escuchemos una vez más á S. Marcos: "y cogiendo á un niño:" *cogiéndole* ¿lo entendeis? sin avergonzarse de estrecharle entre sus brazos y acariciarle, "y cogiendo á un niño, le colocó en medio de ellos, diciendo: cualquiera que acogiere á un pequeño de estos, á mí mismo me acoge" Teniendo, pues, en los brazos á aquel niño pobre y desechado, fué cuando pronunció aquellas palabras de bondad, aquella frase que ha llegado á ser como la divisa de la caridad en nuestros días. Pero no consiste en esto el misterio de aquel acto, porque él encierra todo el plan y el principio de la educación católica.

Jesús abrazó á aquel muchachito, representante suyo en la tierra, es decir, que le estrechó sobre su corazón palpitante, lleno de vida y ardor; sobre aquel corazón en que cada latido envía la salud y la vida eterna al cuerpo de la Iglesia entera; sobre aquel corazón que, á la manera de amorosos dardos, lanza con fuerza irresistible, hasta las extremidades del mundo, el precio de la Redención. Ciertamente que para el anciano Simeón fué una distinción preciosa, merecida por su larga vida, toda llena de esperanza y de oración, la de poder tomar en sus brazos al Salvador cuando niño, y á quien nada podía dar. ¡Qué fortuna, pues, la de aquel pobre niño de verse entre los brazos del Salvador, que podía darle todo! Pero no basta. Aquella pobre y cautiva criatura ha ocupado, primero que S. Juan, el mejor lugar, el de honor y de amor, lugar muy superior sin duda al que la madre de S. Juan había tenido el atrevimiento de solicitar, con aquella presunción propia de las madres, deseando que su hijo tomara asiento á la mano derecha ó á la izquierda de Jesús. Cuando él desoía tal solicitud, reservaba algo más á S. Juan, reservábale la dicha de reclinarse sobre su pecho glorioso, tabernáculo de su corazón que se inmolvaba por los hombres.

Pues el niño pobre ha llegado hasta allí, se ha detenido allí, aun antes que el discípulo amado, y de tan cariñoso y estrecho abrazo, salió enaltecido, cual solo el contacto de aquel adorable corazón puede enaltecer, á la dignidad de ahijado, de hijo según Dios, del buen Jesús. Era esa una consecuencia hasta tal punto necesaria, que en la Iglesia primitiva se creía generalmente que aquel niño escogido sería más tarde el ilustre obispo y mártir S. Ignacio, quien por su amor ferviente se parecía á S. Juan más que los otros santos del primer siglo.

Mas, como acabamos de decir, en este suave incidente de la vida de nuestro Redentor tenemos toda la teoría de la educación católica.

Escuchemos desde luego las palabras de santa enseñanza del Salvador. "Todo aquel que en mi nombre diere acogida favorable á algún niño semejante á éste, es como si me recibiese á mi mismo." ¡Cuán fácil es, pues, recibir á Jesús! ¡Cuán fácil, sobre todo, en esta ciudad de Zacatecas! ¡Venid! no teneis necesidad de tomar dos juntos un solo niño. Nuestro Señor os invita á recibir uno á cada cual, para que gocéis el privilegio de recibirle á él mismo. Tenemos tantos en nuestra asociación que necesitan que los recibáis. ¡Venid en número de mil, de dos mil, de cinco mil, oh ricos, oh poderosos, oh miembros de las altas clases sociales! venid, y no faltarán niños á quienes podáis socorrer. Tenemos uno por lo menos para cada cual de vosotros en las callejuelas de los barrios, en las inmundas alcaicerías donde habitan las familias pobres confusamente amontonadas, y en esas chozas miserables de los últimos arrabales, oprobio de la opulenta Zacatecas. Y ¿cómo recibiréis á esos tiernos embajadores de vuestro Señor, á esas tiernas y delicadas imágenes del Dios encarnado? ¿Seréis severos y duros, altivos y orgullosos para con ellos? ¿Os causan repugnancia por lo grasiento de sus harapos, lo tosco de sus modales ó lo inculto de su inteligencia? ¿O por el contrario ¿seriais bondadosos y benévolos, generosos y amables en vuestra conducta para con ellos? ¿los abrigaréis al calor de vuestro corazón cristiano dejándoles reclinar sobre vuestro pecho? Por

lo menos así les trataba Jesucristo, cuando él les recibía y os pedía á vosotros que les recibieseis.

En vuestro amor hácia el Salvador, preguntareis-me acaso, señores, ¿Cómo podréis vosotros hacer lo que El hacía? Es muy fácil y sencillo. Cada niño á quien asegureis una educación católica, será por vosotros conducido al corazón de Nuestro Señor y educado, por lo mismo, junto á ese divino corazón. Las ciencias y las letras, cuando se inculquen en su entendimiento, podrán sin duda ser como dos palancas poderosas que levanten al niño sobre lo terreno de sus pensamientos rastreros; pero las verdades morales y religiosas ponen el sello de Jesucristo sobre toda otra enseñanza; ese sello es la presión de su corazón sagrado, más duro y reluciente que el diamante sobre el corazón del niño, que parece entonces de blanda cera; por esta santa presión, ambos corazones se estrechan, uniéndose entre sí. Las gracias infinitas del uno se respiran como primer haliento del hombre y despierta aquella joven inteligencia derramando en ella los sentimientos que fluyen de la viva fuente de un amor que redime.

Porque decidme ¿qué hay en el corazón de Jesús que no os contemplarais dichosos de poder transfundirlo en el corazón de un niño, aunque llegara á parecer que era como vaciar en un vaso de tierra lo contenido en un vaso de oro? ¿No enriqueceriais de buena gana aquel corazón tierno con un reflejo de su dulzura, de su bondad, de su paciencia, de su humildad, de su caridad, de su afectuosa ternura, de su pureza, de su inocencia, de su santidad? ¿Y en donde encontraremos todas estas virtudes? El nos ha dicho: "aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón." (Matth. XI, 12) Si en su corazón se encierra el tesoro de su humildad, si su corazón es la escuela donde se enseña la dulzura, allí tambien residen las otras virtudes que quereis infundir en el corazón de los niños, esa es la escuela á donde debéis conducirles; porque "también allí donde está su tesoro, estará su corazón." (Luc. XXI, 34) Ya de tiempo atrás, aquel que proclamaba la sabiduría eterna, había dicho: "aplica tu ánimo al estudio de la prudencia." Si en-

trare la sabiduría en tu corazón, el buen consejo será tu salvaguardia librándote de todo mal camino; podrás entrar en las sendas de los justos y seguir los pasos de los santos" [Prov. II-12] Si, pues, el tesoro de todas las virtudes se encuentra en el corazón de Jesús, allí es necesario apresurarnos á henchir los corazones de los niños. Si, para caminar por esa senda, de la cual ni el joven ni el anciano deben nunca apartarse, se necesita que la sabiduría increada haga oír sus lecciones al corazón del niño, de fijo que la protección de su educación consiste en que, con la mayor estrechura, se le ponga en contacto con el corazón adorable de Jesús, y ved aquí lo que desean nuestras guadalupanas asociaciones, ved aquí los esfuerzos que hacen para lograrlo.

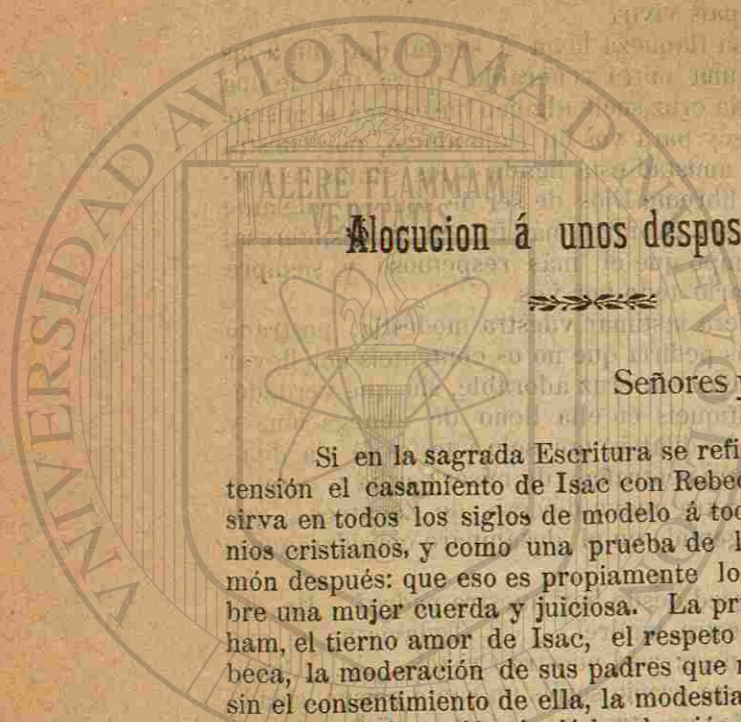
Si, señores, si antes dijimos que no temáis recostar en vuestro corazón á los hijos de los pobres, como Jesucristo os ha enseñado á hacerlo, ahora os decimos algo más excelente, á saber, que debéis guiarles hasta introducirles en su amoroso corazón. En el instruidles, en él dadles vida y calor, en el empapad sus pensamientos, en él esconded sus corazones, y entonces habréis hecho algo más que recibirles en su nombre, puesto que les habéis llevado en vuestros brazos únicamente para colocarles en los suyos; y á más de vuestro abrazo, habréis obtenido para ellos el abrazo del Salvador.

Y ahora, señores, ¿no os parece extraño que os propongamos cambiéis vuestras riquezas por almas inmortales? ¿No os parece que profanamos ese abrazo del Salvador, de que acabamos de hablar, asegurando que puede obtenerse á trueque de materia tan vil? Y sin embargo, así es. Es literalmente un negocio de puro cálculo; se trata de averiguar cuánto basta para dar en Zacatecas á cada niño, espiritualmente desprovisto y moralmente desamparado en este mundo, el privilegio completo de una santa educación. Una suma insignificante, pequeñísima, menor que una parte de lo que cuesta el placer, menor que lo que puede gastarse en una excursión; en un viaje á París ó á los Estados Unidos para ir á admirar torres de viento y exposiciones frívolas; menor que el precio de un aderezo de brillantes y aun menor que el

de un simple brazalete de similar; menor quizá que lo que puede valer un modesto ramo de *no-me-olvides*, de *pensamientos* ó *violetas*, y hasta menor que el precio á que puede subir en una jamaica una simple florecilla ofrecida con coquetismo y aceptada por galantéo. Una cantidad pequeñísima dada cada año, cada mes, cada semana para esta obra caritativa, arrancaría un niño á la corrupción callejera y á la espeluznante pereza que vive de asiento al lado de la miseria, y daría á cada uno de vosotros un niño que os representara á Jesucristo, quien le colocaría en su corazón adorable para educarle.

Con el andar del tiempo ¿de dónde habrán de fluir las aguas de la vida eterna, si no es de su fuente, de ese corazón divino, que, en cada latido que dió durante treinta y tres años, hacía brotar nuevos raudales, de los que uno solo habría bastado para rescatar mil mundos? ¡Oh! cuando este niño por la primera vez beba á grandes sorbos, en el caliz de la salud, esa sangre que purifica; cuando Jesús, pagando con usura sus místicos abrazos terrenos, derrame en él todo el manantial de sus misericordias en un contacto más íntimo con su corazón anhelante, que ha largo tiempo suspirado por esa hora del abrazo sacramental ¿sería posible que os resistieseis á proporcionar tanta felicidad á un pobre niño? Pero ¿qué digo? ¿será posible que no la obtuvieseis vosotros mismos? ¡Ah! dad limosna para los niños pobres; dadla alegremente y sin murmurar. ¡Cuán dichoso me juzgaría si, al terminar mi discurso, pudiera oír de los labios de cada uno de vosotros estas palabras: "yo contribuiré con tanto cada mes para la educación de los niños pobres de vuestras escuelas; yo tomaré á mi cargo un niño pobre por todo este año; aunque me cueste algún sacrificio, yo daré á abrazar á mi Salvador á un niño que sea especialmente mio."

Y si un día este niño llega á extraviarse alejándose del buen pastor ¿cómo le hará volver? ¿cómo le reducirá? Primero sobre su corazón y después sobre sus hombros, puesto que primero se verá perdonado y después sostenido. ¿Y en dónde está la misericordia que perdona, en dónde la bondad que hace cobrar nuevos bríos si no en su corazón amante y omnipotente? Sí, colocad



Alocucion á unos desposados.

Señores y Señoras;

Si en la sagrada Escritura se refiere con tanta extensión el casamiento de Isac con Rebeca, es para que sirva en todos los siglos de modelo á todos los matrimonios cristianos, y como una prueba de lo que dijo Salomón después: que eso es propiamente lo que da al hombre una mujer cuerda y juiciosa. La prudencia de Abraham, el tierno amor de Isac, el respeto profundo de Rebeca, la moderación de sus padres que no hicieron nada sin el consentimiento de ella, la modestia de la novia, que exenta de toda pasión siguió la elección de sus padres, en fin el cuidado que tuvieron todos estos ilustres personajes de consultar la voluntad de Dios y no atender á las riquezas ó á la hermosura, son otras tantas reglas que deben observarse inviolablemente y de que no se puede prescindir sin aventurarse á contraer un matrimonio tan fatal en sus consecuencias como fué tan dichoso el de Isaac y Rebeca.

Jesucristo representa en su Evangelio á las vírgenes prudentes que van con las lámparas encendidas á recibir al esposo, para denotar la fe y la discreción de que tienen necesidad en el matrimonio. S. Juan habla en el Apocalipsis de las bodas del Cordero, para dar á entender que la dulzura, la bondad, el amor cordial y la mo-

destia, deben ser las compañeras inseparables de estas dichosas uniones que deben ser referidas á Dios.

Vosotros, jóvenes desposados, que sois en este día el objeto de todas las atenciones, vosotros estais mejor dispuestos que otros al ejercicio de estas virtudes, por la bondad de vuestro natural; vosotros estáis más inclinados á él por la buena educación que os han dado, y más obligados por la gracia y favores que Dios os ha hecho,

¿Qué resta, pues, sino que toda esta respetable reunión, levantando los ojos y las manos al cielo, pida conmigo al Eterno que confirme vuestro dichoso enlace? Oremos, pues, señores, porque Dios presida este matrimonio por su bondad; le santifique por la infusión de su espíritu y de su amor; encienda en estos dos jóvenes corazones fuegos sagrados que les abracen en santos deseos; que les dé cuanto pueda convenirles del rocío del cielo y de la abundancia de la tierra por una mezcla ventajosa de bendiciones espirituales y temporales, para que después de haber honrado á Dios sobre la tierra, cierren apaciblemente sus ojos los hijos de sus hijos, y pasen á una dichosa eternidad donde les aguardan sus antepasados.

y si bien aquí usamos esa palabra en la acepción de *capital* ó de *riqueza*, hacemos perfectamente la distinción de estas dos cosas. La razón que nos lleva á llamar dinero á toda *riqueza*, es que el dinero es una *riqueza* sin la que no se puede pasar. El dinero es además un valor que circula más fácilmente que todos los demás valores, y que los representa y los mide. El dinero no es toda la *riqueza*, sino la parte móvil, líquida y más circulante de la *riqueza*. La sangre no es toda la vida en el cuerpo, y sin embargo no viviríamos si la sangre no circulara ó si toda la sangre se nos escapase; aunque no es completamente exacta la comparación, porque no hay comparación completamente exacta. Nada hay en el cuerpo que pueda reemplazar á la sangre; pero en la sociedad hay algo que puede reemplazar al dinero, y este algo es el crédito, el cual no crea un átomo más de *riqueza*, pero pone en circulación y presta movilidad y casi ubicuidad á mucha parte de la *riqueza* que está parada ó inerte. La sociedad que no tiene dinero, ó el individuo que no tiene dinero, ya están aviados. Después de largos estudios han deducido, pués, los economistas, que el *dinero es indispensable al hombre desde el momento que el hombre vive en sociedad*; aguda sentencia, cuya verdad, que resplandece más que la luz del mediodía, ha dado origen á la institución de los bancos.

Ahora bien; ninguna alma bien nacida verá con extrañeza que la Religión venga hoy á tomar parte en un acto que mide el grado de ilustración y de progreso de la Zacatecana sociedad ¿y qué hemos de hacer sino pedir al Ser Supremo, en bien de todos los asociados del Banco naciente, la más estrecha unión, la más sincera armonía, entre principios que, lejos de repelerse, se atraerán de consuno, arrastrando en pos de sí cuantos obstáculos les opongan las humanas pasiones?

Y que á partir del Catolicismo puede realizarse ideal tan benéfico, lo prueba el que hasta en los Libros Santos hallemos afianzadas las exigencias todas, razonables y justas, de la civilización, á la vez que condenadas las improcedentes é injustas.

Hoy se invoca la libertad.—Y ¿no dijo nuestro Divino Redentor, iluminándola con su gracia para que en los escollos de la vida no se desvanezca, ni extravié: "Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres?"

Hoy se invoca la igualdad.—¿Y no dijo nuestro Divino Mesias, refiriéndose á la igualdad ante la ley: "A cada uno según sus obras?"

Hoy se invoca la fraternidad.—¿Y no dijo nuestro Divino Salvador: "Amaos los unos á los otros como Yo mismo os amé?"

Hoy se invoca la justicia.—¿Y no manifestó el Apóstol de las gentes: "Nosotros fuimos hechos justicia de Dios en Cristo?"

Hoy se invoca la abolición de la esclavitud.—¿Y no se leen en el *Nuevo Testamento* estas palabras: "En Cristo no hay distinción entre el libre y el siervo?"

Hoy se invoca la paz universal.—¿Y no habló ya el Profeta de aquella edad venturosa, en que las naciones "convertirán sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en azadones, y cada uno se sentará debajo de su higuera?"

¿Se desea hoy enaltecer el trabajo? Pues escrito está en las primeras páginas de la S. Escritura: "Con el sudor de tu rostro comerás el pan," á lo que añade muy gráficamente S. Pablo: "Si alguno no quiere trabajar que no coma." ¿Se desea demostrar su utilidad?—Pues Salomón ya dijo: "El que ama el ocio es muy necio, porque se llenará de necesidad."

¿Se desea que el operario gane lo que es debido?—Pues en el Evangelio se leen estas palabras: "El trabajador es digno de su salario."

¿Se desea que el capitalista no explote al obrero?—Pues el Apóstol Santiago advierte: "Mirad, ricos que el jornal que defraudasteis á los trabajadores, clama; y ese clamor resuena en los oídos del Dios de los ejércitos"

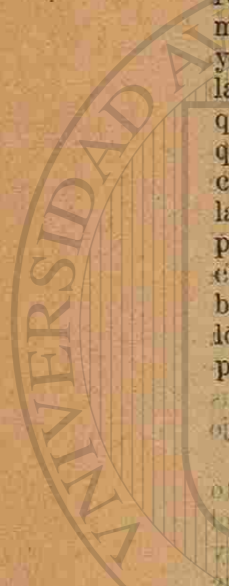
¿Se desea que el principio de la solidaridad alcance del uno al otro polo?—Pues Cristo habló ya de un solo rebaño y un solo pastor.

¿Queréis en fin, ver que las riquezas son un don de Dios?—Leed en el libro del Génesis aquellas palabras:

el Dios de vuestros padres os ha puesto esos tesoros en vuestros sacos.." (XLIII. 23.)

En nombre, pues, de la Iglesia de Zacatecas, en el de su dignísimo Pastor, que preside esta fiesta, y en mi propio nombre, doy los plácemes más cumplidos, á los respetables miembros del Consejo de Administración, comenzando por su digno Presidente, que con tanto acierto y á través de mil obstáculos ha llevado á buen término la instalación del Banco de Zacatecas; Plegue al Cielo que redunde en bien de muchos institución tan benéfica y que en los corazones rectos de todos los que forman la compañía, queden para siempre esculpidas aquellas palabras del Evangelio: "No queráis amontonar tesoros para vosotros en la tierra: donde el orín y la polilla los consumen; y donde los ladrones los desentierren y roban.—Atesorad más bien para vosotros tesoros en el cielo: donde no hay orín ni polilla que los consuma; ni tampoco ladrones que los desentierren y roben."

HE DICHO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ZACATECAS

DIRECCIÓN GENERAL DE...

Ilmo. y Rmo. Sr.

Señores:—Persuádome que en este instante la mayor parte de los respetables concurrentes que están á nuestra vista, tendrá ocupada su atención; aún más que en la novedad del objeto que nos ha congregado, en la desproporción del orador escogido para hablar en su presencia. Quién es este, dirán, que desde el fondo del santuario viene á consagrar su estéril y desaliñada elocuencia á un objeto tan nuevo para él y peregrino.

Y á la verdad, señores, que hay de común entre las sagradas y austeras funciones de un sacerdote y la plácida inauguración de un banco de riquezas comerciales? Mas si S. Pablo hablando á los mercaderes de Corinto les decía: "que los que hacen compras vivan como si nada poseyesen; y los que gozan del mundo y sus riquezas como si no gozasen de él, porque la apariencia de este mundo pasa rápidamente," yo también, dirigiéndome hoy á esta respetable porción del comercio de Zacatecas, puedo hablar de riquezas, en atención á que los favores temporales son así mismo obra del Creador, y en el orden de la sabiduría deben servir de medios para la salvación. Hoy, pues, señores celebramos la fiesta del dinero;





ALOCUCION EN UNA CEREMONIA NUPCIAL.

Sr. Licenciado.—Señorita:

Sabe la religión cristiana imprimir á los actos solemnes de la vida humana un caracter incomparable de grandeza. Bella al dispensar al hombre favorable acogida en su entrada al mundo para transformarle en hijo de Dios, y tierna cuando le invita á sentarse por vez primera á la angélica mesa del convite eucarístico, se muestra admirable sobre toda ponderación cuando conduce al pie de sus altares al hombre y á la mujer que desean fundar una nueva familia.

¿Y qué es lo que por ellos hace en su maternal solicitud? Recibe sus promesas reciprocas para hacerlas inviolables; consagra su enlace para ennoblecerlo, y atrae sobre sus frentes las bendiciones del cielo, prenda segura de verdadera felicidad.

Si el hombre honrado se hace, con solo hablar, esclavo eterno de su palabra, ¿cuánto más obligatoria será la fé solemnemente prometida dentro del recinto sagrado del templo, en presencia de los mismos ángeles, testigos celestiales, y delante del tabernáculo en donde está sentado el Altísimo?

Yo bien sé que vuestras promesas ofrecen una valiosa garantía en el amoroso afecto que las inspira, en la piedad sólida que os anima, en los sentimientos levantados que os honran y en los hábitos tradicionales de lealtad y de cristiana educación que traeis de vuestras familias: mas en el temor que abrigáis de la fragilidad de los humanos sentimientos, queréis dar á vuestra palabra inviolabilidad más santa, jurandoos fidelidad eterna en las mismas manos de la Iglesia, vuestra madre.

Sin duda que el matrimonio ha sido cosa muy grande desde su institución primitiva; de él nos hablan las sagradas Letras en terminos tan sublimes que nos infunden hácia él un respeto profundo, siendo Dios mismo quien lo instituyó para coronar la obra de la creación. Muéstranoslo la Fé como un reflejo de la eterna unión entre las tres divinas personas en el cielo y como fiel imagen del celeste desposorio de Cristo con la Iglesia. El Redentor lo ha elevado á la dignidad de sacramento; privilegio que no fué concedido á las místicas bodas de las esposas del Cordero, imprimiéndole el doble sello de la unidad y de la indisolubilidad; carga, por desgracia, asáz pesada para la inconstancia y volubilidad de los corazones de estos tiempos.

Jamás el paganismo comprendió la nobleza del matrimonio y por eso ultrajó la santidad de ese estado. También la moderna sociedad, á su vez, ambiciosa de libertad, hace burla de sus sagrados deberes.

La religión, Señores, nos ha traído aquí para orar.

Dos elementos constituyen la verdadera felicidad: las virtudes personales y la protección del Supremo Hacedor.

La oración, elevándose al cielo, cual mensajera angelical, nos trae de allá mil tesoros de gracias y favores sin cuento. Y así como el trabajo del labrador fecundiza los campos, del mismo modo la oración fecundiza los corazones, haciendo brotar en ellos la virtud, fuente de felicidad.

Vos, Sr. Licenciado, seréis el primero en elevar vuestra oración, porque el hombre es el pontifice de la familia. Aquellas tiernísimas plegarias con las cuales

vuestra piadosa madre adormecía en la cuna vuestra infancia, fácilmente subirán del fondo de vuestro corazón á vuestros labios conmovidos.

También vos, hija mía, oraréis con fervor; porque la oración que humildemente se eleva del corazón de una virgen cristiana es el incienso más suave que perfuma el trono del Señor.

Con vosotros orarán vuestras dos madres queridas, cuyas tiernas miradas no se apartan de vosotros; y aun diría mejor si dijese que cuatro amorosísimas madres os contemplan, contando con la Virgen María y con la Santa Iglesia.

Todos estos numerosos amigos que os rodean están de pié para ser testigos del juramento que vais á pronunciar; pero ya caerán de rodillas para ofrecer al Señor ardientes y sinceros votos por vuestra felicidad.

Muy pronto el ministro del sacrificio, interrumpiendo la magestad de los misterios sagrados, única excepción en la inflexible liturgia, implorará, para el uno las bendiciones del Dios de Abraham; para la otra la fidelidad de Sara y los atractivos encantos de Raquel; para entrambos la larga vida de los patriarcas en medio de la paz del corazón.

En cuanto á mí, no obstante los años ya numerosos de mi sacerdocio, raras veces tengo la honra de bendecir los desposorios cristianos, y por lo mismo mi crédito junto al Rey de los reyes no está muy gastado; quisiera, pues, en estos momentos emplearlo todo en favor vuestro.

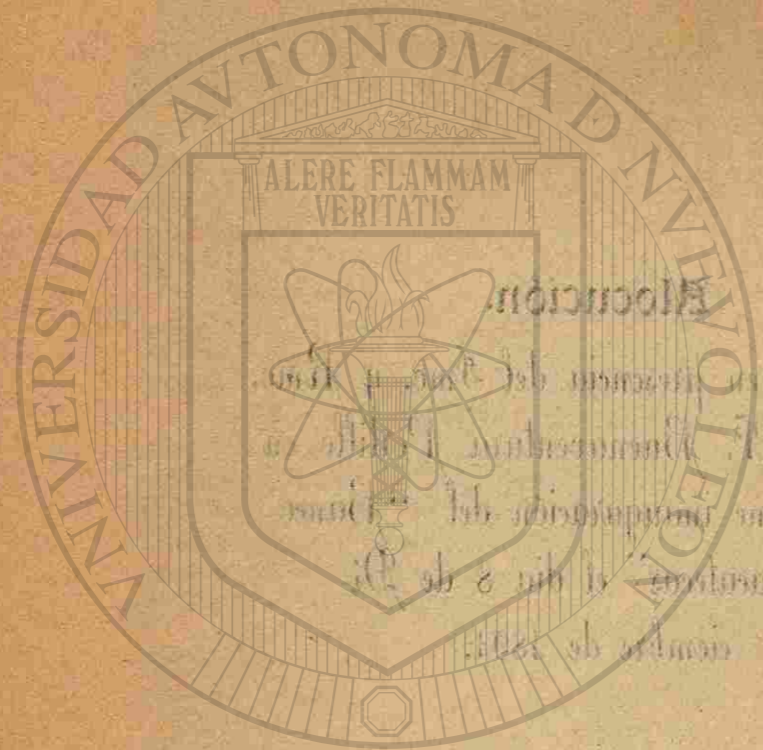
La Religión va á tomar á su cuidado vuestras promesas y á consagrar y bendecir vuestra unión con el fin de que por siempre sea irrevocable, santamente ennoblecida, feliz en la tierra y merecedera del cielo.

Alocución.

Pronunciada en presencia del Imo. y Rmo.
Sr. D. F. Buenaventura Portillo en
la solemne inauguración del "Banco
de Zacatecas" el día 8 de Diciembre de 1894.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Alocución

Pronunciada por el Pbro. F. Angel Tiscareño, Comisario del "BANCO DE ZACATECAS," en la solemne apertura de la Sucursal de Aguascalientes, el día 1º de Septiembre de 1897.

C. GOBERNADOR:
SEÑORES:

A manera de como las aves de emigración parece que se esfuerzan en dar mayor dulzura y novedad a su canto al volver de tiempo en tiempo a visitar sus antiguos nidos, así quisiera yo, al saludar en esta vez el suelo que me ha visto nacer, esforzar mi voz de modo que su acento fuera grato al oído de mis conciudadanos. Y del modo con que esas aves afortunadas, cuando han llegado a envejecer, suelen llevar afanasas el nuevo gluten con que calafatear esos mismos nidos para obrar una restauración en ellos, ó para preservarlos de los estragos del tiempo, no de otro modo quisiera yo traer algo de grande interés y novedad que presentaros hoy, en mi afán por infundir á esta bendita tierra un vigor desusado con gérmenes de vida que la enalteciesen, poniéndola, cuando menos, á la altura de las primeras poblaciones del globo por sus adelantos visibles de todo género y por la cultura de sus habitantes.

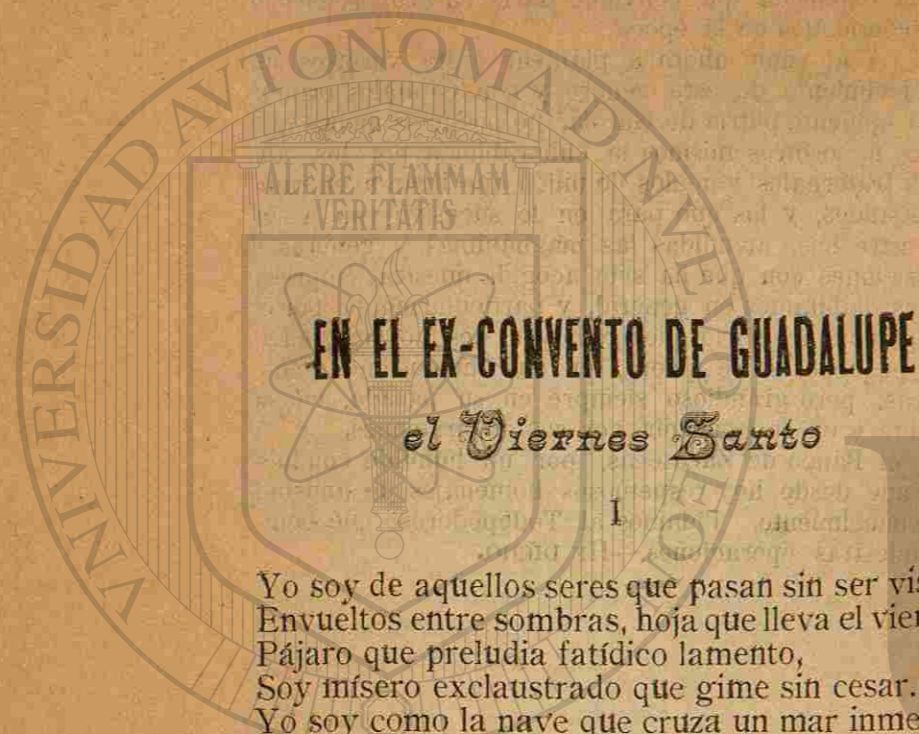
Grato me es contemplar cómo las fuentes de la riqueza pública del que sin lisonja y con toda propiedad debiera llamarse el floreciente Estado de Aguascalientes, se ven impulsadas por la mano vigorosa de una política loablemente conciliadora de todos los humanos intereses. Su minería, que hace poco tiempo que podía considerarse apenas como un meteoro fugitivo, que burlaba en los periodos de su aparición incierta los esfuerzos y las esperanzas de cuantos lo perseguían, cuenta hoy con la constancia de una compañía metalúrgica, que conducirá á buen término la marcha de su explotación progresiva. Su industria, tan enfermiza y mezquina después de las épocas de los Nieto y de los Pimentel, acaricia en perspectiva muy halagüeñas esperanzas con la moderna fábrica de San Ignacio, no menos que con los talleres para las construcciones del Ferrocarril Central, que van á quedar establecidos dentro de poco tiempo en esta hermosa capital. Mil y mil empresas pugnan en los cerebros por salir á luz en la era bonancible por la cual atraviesa este suelo privilegiado. ¿Qué falta, pues, para el *desideratum* de la pública felicidad sino una institución de crédito que sea, no sólo base y fundamento de su comercio, pábulo y alimento de su agricultura, sino, lo que es más, para que sea, al mismo tiempo, el apoyo más firme de su Gobierno y el firmamento más sólido de otras modernas y beneficiosas instituciones?

Mas he aquí que, por una permisión del Cielo, un respetable establecimiento de crédito, que radica en el opulento Estado vecino, pone hoy en mis manos una ocasión bellísima y preciosa por más de un título, y yo, con la lealtad que cumple á un buen hijo, en la sucursal del Banco de Zacatecas, presento á esta tierra querida, que es mi madre, una flor de gran valía, que encierra en su cáliz alguna simiente de prosperidad, como que es el crédito en la actualidad un principio, ó como si dijéramos, un elemento indispensable para la vida de las sociedades, lo que mi débil voz procurará haceros comprender, ya que siendo uno de los fenómenos económicos más notables por

su estrecha relación con el orden moral, no podrá menos que llamar seriamente la atención de los ilustrados hijos de Aguascalientes, especialmente de aquellos que por su posición social, están llamados á confirmar con su autoridad, robustecer con sus caudales, ó vigilar y dirigir con sus consejos el establecimiento de crédito, que hoy nos hemos reunido á instalar aquí, pudiendo decirse que con él, el crédito del Estado queda sólidamente establecido, por ser aquel la expresión de una confianza, que tiene por fundamento la opinión general, siendo ésta el resultado de la educación, de las ideas y de las costumbres contemporáneas. Dignaos, pues, señores, prestar atento oído á mis breves razonamientos.

Alguien ha dicho que el crédito es la confianza que una persona tiene en otra, á quien le presta dinero, ó cuando le vende mercancías, sin exigirle inmediatamente su pago. Si el capital es medio material, es decir, la materia primera, el crédito es el medio moral, que coloca al capital, sin tocarlo, en manos del trabajador. Muchas veces, si no hubiera crédito, no habría trabajo, y por consiguiente no habría producción; y aun en todo caso, sin el crédito, ¿qué sería del capital, reducido á sus propios recursos, y sin capacidad de extenderse y desarrollarse?

Según la definición que hemos dado, el crédito se produce de dos modos: por el préstamo del capital, ó por la venta de las mercancías á plazo. Antes de la época fijada para el reembolso de la suma debida, el acreedor puede necesitarla, y entonces, ó dá un pagaré ú otro instrumento, que señala el día del pago, ó acepta una letra de cambio que gira contra él su acreedor. Con éstos documentos, descontados á una tercera persona, el acreedor se reintegra. Por medio de esta operación, el crédito se transporta á otra persona, la cual puede repetir la operación, de modo que el efecto negociable pase de mano en mano hasta el día del cumplimiento. Es claro, pues, que la multiplicación de la suma prestada está en razón del número de personas que se pasan unas á otras el papel. Si éste representa mil



EN EL EX-CONVENTO DE GUADALUPE

el Viernes Santo

I

Yo soy de aquellos seres que pasan sin ser vistos,
Envueltos entre sombras, hoja que lleva el viento,
Pájaro que preludia fatídico lamento,
Soy mísero exclaustrado que gime sin cesar.
Yo soy como la nave que cruza un mar inmenso,
Perdida en el espacio, sin rumbo, sin estrella;
Y así como la nave apenas una huella
Tras de mis pasos deja mi vida de pesar.

Soy hombre!... Las pasiones devoran despiadadas
Mi seno dó se encienden volcánicos ardores;
Soy un ser de miserias, de penas, de dolores,
Sin nada más que un puro, sensible corazón.
Dó quier que miro el llanto mis ojos también (llo-
Lo grande me conmueve, lo bello me extasía: (ran:
A todo lo que es noble responde el alma mía
Y todo lo que es santo le arranca adoración.

101

II

Es Viernes Santo. El ara desierta y solitaria
Ofrécese á la vista con gravedad severa:
Del templo en el espacio se escucha lastimera
La queja que alza al cielo la abandonada Sión.
¡Ay! dice que sus hijos perecen á millares,
Que están sus campos secos, sus templos demoli-
Sus sacerdotes tristes, que es suelo de gemidos (dos,
Que todo allí es tremenda, fatal desolación.

Es Viernes Santo. Alumbran los fúnebres blando-
El tétrico santuario con claridad sombría: (nes
La música resuena fingiendo la agonía,
Las últimas congojas del Hijo del Señor.
Doliente como el grito del hombre que se abisma
Triste como las luces que brillan en la tumba,
Terrible como el vuelo del ábrego que zumba.
Llega por fin *la hora postrera del dolor!*

Las naves enlutadas del templo se oscurecen
Y rásgase en pedazos el velo del santuario:
Solo el acento se oye doliente y funerario
Del grave sacerdote que entona una oración,
¿Quién tiene ¡ay Dios! entónces tranquilo el pen-
(samiento?)

¿Por qué frente no pasan mil nubes de tristura?
¡Ay! ¿quien no bebe entonces del caliz de amar-
Una gota de acibar que baja al corazón?..... (gura

III

Perdido yo del mundo en el camino
A tí convierto, ¡oh Dios! el alma mía;
A tí vuelve un sediento peregrino
A beber en la fuente que solía.

Tú, la más pura adoración, consuelo

Del ser que pasa en rápida carrera
 Por los desiertos páramos del suelo
 Para elevarse á la sublime esfera.

Tú, cuyo nombre el párvulo inocente
 Antes que otro á pronunciar alcanza;
 Luz que brilla en la noche de la mente;
 Bella y postrer visión de la esperanza.

Tú, Señor Dios, que amante en sacrificio
 Te ofreces por el hombre que es tu hechura;
 Padre de la virtud, censor del vicio,
 Oye la voz de humilde criatura.

Te invoco en el momento en que bajaste
 A habitar el asilo de la muerte;
 Cuando cadáver yerto te encontraste,
 Tú, el Hombre Dios, omnipotente y fuerte!

Da á la campiña mies, jugo á las flores,
 Pan á los niños que de hambre lloran;
 Da á nuestro cielo vívidos colores,
 Gozo á los seres que el pesar devoran.

Concede al padre anciano en sus fatigas
 El reposo, Señor; no más sombrío
 ¡Ay! le dejes gemir; no le maldigas,
 Pues que también te ruego por el mio.

En las madres ¡oh Dios! el sentimiento
 Conserva de bondad y de ternura;
 En sus rostros, Señor, brille el contento
 Y sus ojos nos miren con dulzura.

Si aquel tu amor teándrico, infinito
 Perdón prodiga á tus perseguidores,

Las lágrimas imploren del proscrito
 Hoy el perdón para sus proscriptores.

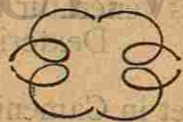
En la hora del dolor arrodillado
 De esta iglesia en el duro pavimento,
 Te ruego por el mísero exclaustro
 Que peregrino vaga sin aliento.

Por el indio infeliz que no reposa,
 Por el negro que sufre la amargura
 De larga esclavitud, y por la hermosa
 Virgen que pisa nuestra tierra impura.

Por el que surca los revueltos mares
 Con terror contemplando la tormenta;
 Por el pobre cargado de pesares;
 Por el que avaro sus millones cuenta.

También ruego, Señor, por los que mueren
 Léjos del suelo que miró su infancia;
 Por los que el mundo y sus placeres quieren,
 Por los que tienen en el mal constancia.

¡Inmenso Dios! en cuanto á mí te pido
 La sombra de una palma en mi desierto;
 Que acojas tú mi postrimer gemido
 Y para amarte un corazón abierto.



duros, y ha pasado por tres endosos, ha hecho el mismo efecto que habrían hecho tres mil duros en metálico, más los mil del crédito primitivo; y si suponemos que cada una de aquellas personas han ganado cien duros en los negocios, que ha hecho por medio del papel, tendremos un aumento de riqueza pública de trescientos duros, más cien del acreedor original, sin haber habido más desembolso que de mil. Si no hubiera habido crédito, habría sido preciso desembolsar cuatro mil. La letra de cambio ó el pagaré son, pues, instrumentos activos de crédito, y por una sucesión de actos de la misma especie el crédito se propaga entre los individuos, entre las ciudades y entre las naciones. La mayor parte de los negocios mercantiles en los países bien organizados, se hacen hoy por medio del crédito. Sin él no puede concebirse el comercio, ó cuando más un comercio mezquino, aletargado y reducido al estrecho círculo del dinero circulante. De nada sirven entonces los productos del trabajo, de nada las facilidades de la venta, de nada las necesidades de los mercados, de nada las previsiones del cálculo. Todas estas aptitudes á la ganancia y á la circulación se esterilizan, todas las fuerzas productivas del país se evaporan.

Además del pagaré y de la letra de cambio, el crédito ha inventado otros recursos que producen más en grande los mismos efectos. Entre ellos merece particular atención el billete de banco, por cuyo medio un establecimiento altamente respetable, y que ha dado á la ley todas las garantías posibles, se sustituye al individuo particular que le ha pedido dinero prestado, teniendo perpetuamente abiertas sus cajas para cambiar á la vista su papel al portador, el cual de este modo desempeña las mismas funciones que el dinero efectivo. "La ventaja real del papel de comercio, dice Mac-Culloch, consiste en sustituir á la moneda un medio de cambio sencillo y barato, y en las facilidades que este medio suministra al giro y á la circulación." Es innegable que el papel no tiene el efecto de producir inmediatamente la riqueza; pero lo mismo puede decirse del dinero acuñado,

porque con él solo no salen las espigas de la tierra, ni paño del telar. Todo es obra del trabajo del hombre; pero si este gran agente no puede ponerse en movimiento sin capital, ¿no estamos autorizados á decir que el capital es el verdadero móvil, aunque indirecto, de toda clase de producción? Y admitido este principio, ¿no es indiferente la forma que tome el capital, con tal que remunere al trabajador? Supongamos el caso del fundador de una manufactura que emprende la fabricación con las sumas que el Banco le ha facilitado; al cabo del año, la manufactura habrá puesto en movimiento una cierta masa de productos. ¿Existían éstos antes que se hubiera abierto el crédito? ¿Habrían existido si no hubiera habido crédito?

Hasta ahora no hemos hablado más que del crédito privado. El crédito público es la confianza que los capitalistas y los particulares conceden al Gobierno cuando toma dinero prestado para satisfacer sus compromisos. El crédito público es un recurso poderoso, cuando las rentas del Estado no bastan á satisfacer las expensas públicas, ocasionadas por circunstancias extraordinarias é imprevistas. El Gobierno usa de su crédito para apoderarse de los valores que se le confían, dando, en cambio del dinero que recibe, un papel que asegura el pago periódico de su renta. Esta renta se fija en un interés sobre el capital nominal de 100. Así el Gobierno emite rentas al 5, al 3 ó al 4 por 100; es decir, que dá un título de 5, ó 3, ó 4 pesos de renta, reconociéndose deudor de 100 pesos. Al crédito de que el Gobierno goza, se arregla la diferencia que media entre la suma del dinero recibido y los cien pesos que el papel representa. Esta escala varía entre sumas muy diferentes. Claro es que, en circunstancias críticas y en momentos de desconfianza, el papel debe representar un valor muy superior al valor recibido; por consiguiente, mientras más se acerca á 100 la cantidad que el Gobierno recibe, mejor es su condición y más afianzado está su crédito. Antes que se inventara este medio de suplir el déficit del Erario, los gobiernos recurrían á ciertos, a-

maños tan precarios como inmorales; porque basta tener un ligero conocimiento de la historia para saber que en ningún siglo, bajo ningún régimen político, en ningún pueblo civilizado han podido vivir los Estados sin gastos superiores á sus ingresos naturales y periódicos, y en estos apuros se ha echado mano, ó de la baja de la moneda, ó de los empréstitos forzosos, ó de otras medidas violentas, que no han dejado de contribuir eficazmente á la relajación de los vínculos entre los que mandan y los que obedecen.

No podía el crédito tener entre los antiguos, ni la misma extensión, ni por decontado la misma importancia que entre los modernos, como tampoco podía adquirir en una sociedad política donde el trabajo, particularmente el de las manufacturas, pertenecía sólo á los esclavos, el mismo carácter que en medio de una sociedad que odia la esclavitud, sin que pueda prosperar más que por el desarrollo de la libre industria. No hay, pues, que admirarnos de que los pueblos de la antigüedad no hayan conocido las letras de cambio ni los establecimientos de crédito, puesto que no los necesitaban y que, por la fuerza misma de las cosas, han debido introducirse entre nosotros, desenvolverse gradualmente y multiplicarse, siguiendo los adelantos de nuestra civilización. El crédito, tal como hoy lo entendemos, no pudo existir en la cuna de las naciones de la Europa moderna, cuando todo en ellas era confusión y desorden; y aquellos empréstitos, aquellas expensas, aquellos abastecimientos forzosos que los señores feudales imponían á sus pecheros, impropriamente se han llamado *créditos*. Sabemos hasta donde fueron más tarde las aberraciones de los gobiernos: alteróse como hemos dicho, el valor de la moneda; se otorgó la recepción de los impuestos á asentistas sin entrañas, que hacían víctimas de sus exacciones igualmente á los príncipes que á los pueblos; se vendían los cargos y empleos del Estado; se engañaba al pueblo con abusivas loterías; hubiérase dicho

que sólo se trataba de ahogar el crédito al nacer, resultando de todo esto, como era natural, una gran revolución.

Teniendo á la vista los males que han producido en el mundo, y particularmente en nuestra patria, estos arbitrios, que solamente han sabido llevarse adelante por medio de la fuerza y de la opresión, se vendrá en conocimiento del inmenso beneficio que resulta del crédito entre el Tesoro y los individuos que componen la nación. Por medio de la sencilla operación de la emisión de un papel al tanto por ciento, el Estado adquiere un capital de que carecía, y el particular se asegura una renta permanente, sin necesidad de correr los riesgos ni emplear los trabajos que requieren el tráfico y la especulación. De este modo se identifican los intereses públicos con los individuales; la salud del Estado es la salud de los súbditos que lo componen. Tan íntima es la unión, y tales las ventajas mutuas de un crédito público bien asentado, que si en la actualidad la nación inglesa se hallara en aptitud de pagar de un golpe la deuda pública, no habría un gobierno que se atreviera á realizarlo, porque sería lo mismo que dejar improductivo un capital que representa sumas enormes, con cuyos productos viven innumerables familias.

Las acepciones diversas de la palabra *crédito*, ofrecen de consuno un sentido análogo en todo al de su etimología; refiriéndose siempre á un pensamiento, á un juicio, á un acto, á una operación, que tiene por base la confianza, la creencia, la fé que se tiene en alguno. Una posición social garantida por las leyes; una convicción adquirida por una conducta franca y leal; el dominio que ejerce la superioridad del talento; una simpatía natural y hasta una ciega prevención, pueden convertirse en fuentes de crédito. Así, cuando se quiere expresar el ascendiente ó valimiento que se tiene con una persona, dícese que se está acreditado cerca de ella, como un ministro plenipotenciario acreditado cerca de un Gobierno extran-

jero. Prestamos nuestro crédito cuando nos constituimos fiadores de alguno que solicita un empréstito; un banquero da una carta de crédito cuando manda á un corresponsal suyo que entregue al portador la suma que expresa.

Si reflexionamos acerca de la naturaleza del crédito, vemos surgir una multitud de dificultades que arrancan todas, á no dudarlo, de los grandes principios de la economía política, pero que no por eso dejan de ser otras tantas cuestiones eminentemente nacionales, pudiendo ser diversamente resueltas en circunstancias dadas, y según la posición de cada país. Hay, no obstante, una señal que es importante conocer, y es que, en materia de crédito, á medida que las relaciones de un pueblo á otro se extienden y multiplican, resulta de ahí una especie de mancomunidad universal; porque el crédito en general no puede sufrir un revés en una comarca sin resentir el golpe en los demás Estados; recordemos, si no los funestos efectos producidos hace algunos años por la crisis del comercio americano sobre los mercados de Europa, y lo que pasa actualmente en el mundo con la depreciación de la plata y alza progresiva del cambio. Circunstancias imprevistas obligaron al Banco de Francia á elevar sus tipos; el Banco de Inglaterra siguió pronto su ejemplo, siendo de esperar de parte de éste, cada día una nueva alza: y debiendo hacer lo mismo cada vez el Banco de Francia, no sería posible calcular á donde irá á parar esta perturbación, llegando quizá á rayar en lo inmoral y en lo inverosímil, si, por la naturaleza misma de las cosas no llegamos á tocar en una nueva serie de acontecimientos favorables, que, provocando una crisis, hagan el efecto de restablecer el equilibrio.

He aquí, señores, algunas nociones que, en materia de crédito, hemos juzgado oportuno siquiera en concreto y á grandes rasgos presentar á vuestra consideración, hoy que, como nunca, importa que los gobiernos y los hombres más notables por sus conocimientos, por su experiencia, ó por su posición social sean

llamados á ilustrar á los pueblos y fijar la opinión pública sobre los verdaderos principios del crédito y sobre la extensión que conviene darle en proporción con las necesidades de la época.

Y al venir ahora á plantear entre vosotros un establecimiento de este género y con capitales traídos de la opulenta patria de García, no podemos menos que darnos á nosotros mismos la enhorabuena por los antiguos fraternales vínculos de unión que ligan á entrambos Estados, y los que para en lo sucesivo van á ser más estrechos, atendidas las magnánimas y generosas disposiciones con que ha sido acogida nuestra empresa por los habitantes en general, y particularmente por el distinguido funcionario que dirige hoy los destinos de este Estado, pequeño, si se quiere, en sus dimensiones geográficas, pero grandioso siempre en su pasado, en su presente y en su porvenir por sus aspiraciones, y á quien el Banco de Zacatecas, por mi humilde conducto, rinde desde hoy respetuosos homenajes de amistad y reconocimiento. Pidamos al Todopoderoso que bendiga nuestras operaciones.—HE DICHO.



Leoni XIII

Restitutori Veteris Sapientiae
Neolatino Vati Miridico.

DITHYRAMBUS.

Musa dictorum caput optimorum,
Herbidam fingens hederis coronam,
Quam per exsectos numeres poetas
Necte capillos.

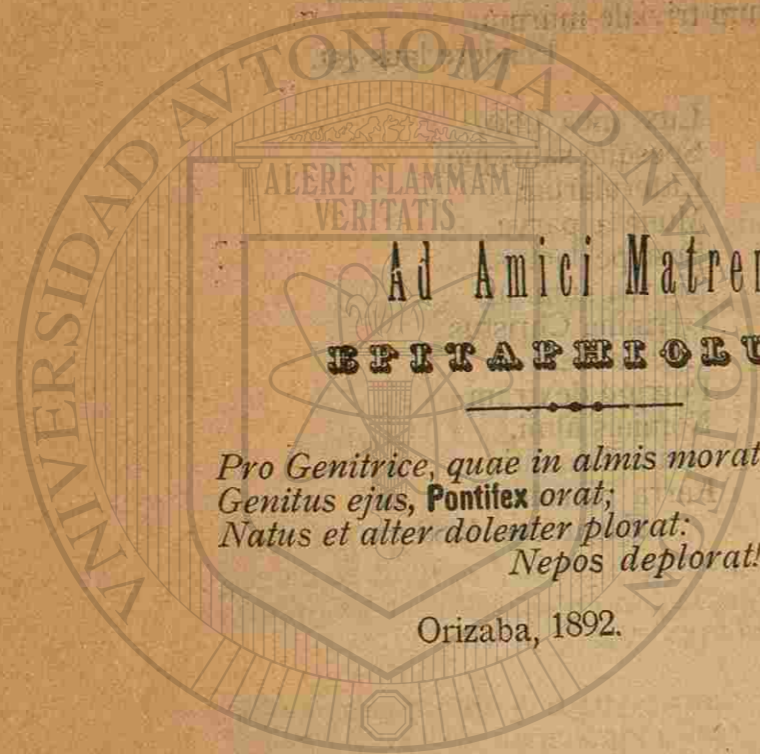
Sulcat immensum pelagus carina
Nescit ad clavum manus apta ferri,
Quo vocat dextrum regimen per undas
Artis amicus.

Pergis ad Leonem trutinam loquelaе,
Ora qui vastum valet ut profundum
Luce quem mundus veneratur ipsa
Dexterio rem.

Aurium libram tenet in Camenis,
Illius ferrum secat omne vulnus,
Quod quod internis latet in medullis
Carminis aegri.

Si meos vellet modicos thyrambos
Mente qua cunctum moderatur orbem,
Inter infantum triviale murmur
Pendere laus est.

Lux mea LEO,
Spesque salusque,
Litterularum
Munera parva
Suscipe laetus.
Sic tua summus
Germina Christus
Lucida servet.
Porrige dextram
Nominis almi,
Grata Tonanti
Farra piorum.
Zacatecas, 1888.



Ad Amici Matrem,
EPITAPHIOLUM.

*Pro Genitrice, quae in almis morat,
Genitus ejus, Pontifex orat;
Natus et alter dolenter plorat:
Nepos deplorat!*

Orizaba, 1892.

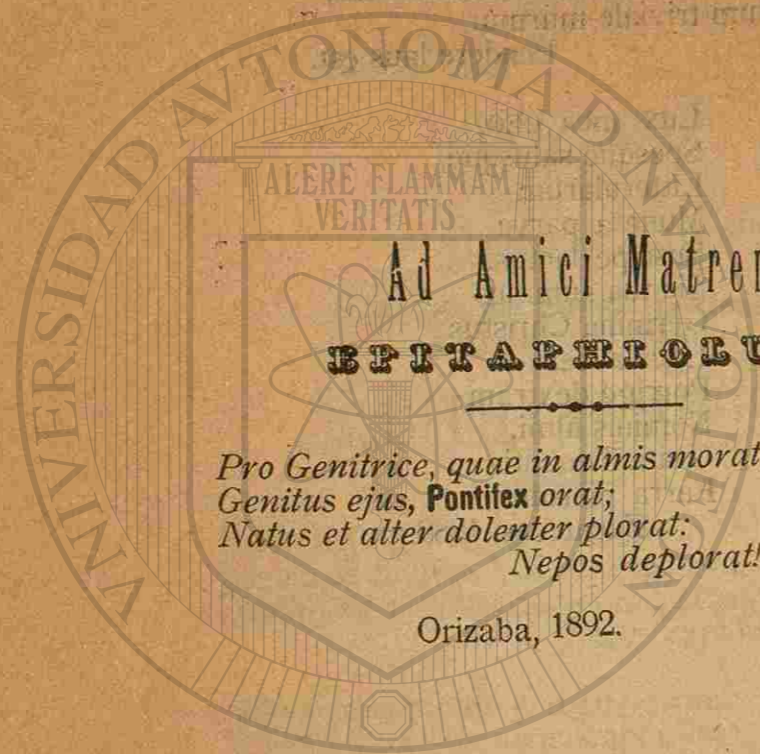
INDICE.

En la recepción del Illmo. S. Portillo, III Obispo de Zacatecas.....	59
En la consagración del Illmo. Sr. Armas, Obispo de Tulancingo.....	63
Discurso sobre la educación en el Corazón de Jesús.....	67
Arenga en la recepción del Illmo. Sr. Alba, IV Obispo de Zacatecas.....	77
Alocución á unos desposados.....	80
" en una ceremonia nupcial.....	82
" en la solemne inauguración del Banco de Zacatecas.....	87
" en la solemne apertura de la Sucursal del Banco de Zacatecas en Aguascalientes.....	93
En el Ex-Convento de Guadalupe el Viernes Santo.....	100
Leoni XIII, dithirambus.....	104
Ad Amici Matrem, epitaphiolium.....	106
Indice.....	107

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Ad Amici Matrem,

EPITAPHIOLUM.

*Pro Genitrice, quae in almis morat,
Genitus ejus, Pontifex orat;
Natus et alter dolenter plorat.
Nepos deplorat!*

Orizaba, 1892.

INDICE.

En la recepción del Illmo. S. Portillo, III Obispo de Zacatecas.....	59
En la consagración del Illmo. Sr. Armas, Obispo de Tulancingo.....	63
Discurso sobre la educación en el Corazón de Jesús.....	67
Arenga en la recepción del Illmo. Sr. Alba, IV Obispo de Zacatecas.....	77
Alocución á unos desposados.....	80
" en una ceremonia nupcial.....	82
" en la solemne inauguración del Banco de Zacatecas.....	87
" en la solemne apertura de la Sucursal del Banco de Zacatecas en Aguascalientes.....	93
En el Ex-Convento de Guadalupe el Viernes Santo.....	100
Leoni XIII, dithirambus.....	104
Ad Amici Matrem, epitaphiolum.....	106
Indice.....	107

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

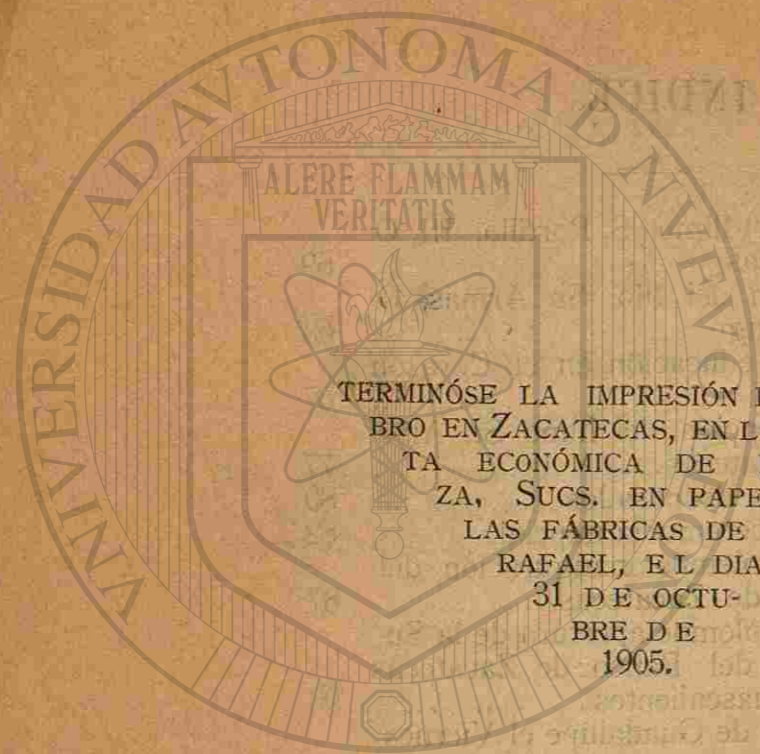
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANA

SIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO
CCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA





TERMINÓSE LA IMPRESIÓN DE ESTE LI-
BRO EN ZACATECAS, EN LA IMPREN-
TA ECONÓMICA DE ESPAR-
ZA, SUCS. EN PAPEL DE
LAS FÁBRICAS DE S.
RAFAEL, EL DÍA
31 DE OCTU-
BRE DE
1905.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

